
F. MECHIN
A TORTOLA
FUNES & UN
IMPRESORES

LA MUERTE DE LA TORTOLA

O

MALANDANZAS DE UN CORRESPONSAL

Narración novelesca de costumbres salvadoreñas

por

JOSE M. PERALTA

(T. P. MECHIN)

Correspondiente de la Academia Española de la Lengua



San Salvador





DEDICATORIA

A los periodistas, viejos y jóvenes, que hayan sabido conservar el decoro. Con todas las simpatías de

EL AUTOR.



"NO REGALES TUS LIBROS"

(De una carta de Rubén Darío para Vicente Acosta)



PAGINA DE HONOR

...nada es como debiera ser...

Por lo demás, escribir libros es un triste consuelo de quien no se adaptó a la vida. Pensar es la más intensa, la más fecunda función de vivir; pero bajar del pensamiento, a la tarea dudosa de escribirlo, mengua el orgullo y denota insuficiencia espiritual; desconfianza de que la idea viva si no se le apunta: un poco también de vanidad y algo de solicitud fraternal de caminante que, para beneficio de los futuros viajeros, marca lugares donde se ha encontrado el agua ideal que es indispensable para proseguir la ruta. Pero un libro, como un viaje, se comienza con inquietud y se termina con melancolía.

Si se pudiese ser hondo y optimista, nunca se escribirían libros. Si existiesen hombres plenos de energía, libres y fecundos, tales hombres no se dedicarían a remedar con letra muerta el son inefable, el remoce perenne de una vida que absorbería todos sus impulsos. Un libro noble siempre es fruto de desilusión y signo de protesta. No hay quién no prefiera vivir pasiones y heroísmos, más que cantarlos, por más que sepa hacerlo en tupidas y bravas páginas. **Escriben el que no puede obrar o el que no se satisface con la obra. Cada libro dice expresamente o entre líneas: "nada es como debiera ser".**

José VASCONCELOS





UN POCO DE HISTORIA

A fines de septiembre del año 22 caminaba para esta hacienda—no me atrevo hoy a llamarla mía,—cuando al pasar por Guazapa tropecé con un grupo de gente joven, alegre y optimista. Celebrábase la feria de San Miguel; estaban muy contentos y hube de quedarme un rato trincando con ellos. Al llegar aquí garrapateé para Arturo Reyes, que a la sazón dirigía El Imparcial, la croniquilla fechada el 26, hecha en estilo telegráfico y sin otro móvil que el de jugar una broma a aquellos simpáticos muchachos.

Firmé "Corresponsal ambulante", y así me vino la idea de seguir enviando durante mi ausencia otras crónicas sobre sucesos reales o fingidos; y como en aquellos días nos alarmara la aparición de una mancha de chapulín allá por San Vicente, decidí trasladarme con la imaginación a aquellos lugares para mí de gratísimos recuerdos.



Cinco años escasos tendría yo cuando emprendimos un viaje—el primero, según dijeron, que se hacía en diligencia—a la venerable ciudad que fuera cuna de tantos hombres ilustres y de gente buena.

Allá se estableció mi abuelo D. Miguel Lagos después de la trágica muerte del General Morazán, a cuyo lado militó como todos los suyos, y pasados unos años contraía nupcias con Doña Bibiana Marín, de distinguida familia.

Primogénita de ese matrimonio vino al mundo mi santa madre el 4 de octubre del año 49, y días después, apadrinada por el caballero migueleño D. José Silva, recibía en la pila bautismal el nombre de Rosa.

Aprendió los primeros rudimentos con la señora de Bogen, mas con gran pesar se separó de ella a causa del traslado de la familia a la Capital, en marzo del 63.

Pasada la guerra y el sitio famoso de San Salvador, fué enviada a Guatemala a continuar su educación en el reputado Colegio de Belén, dirigido por religiosas francesas, donde permaneció varios años teniendo por condiscípulas salvadoreñas, entre otras que dejaron este mundo en busca de otro mejor, a las honorables matronas Doña Anita Bustamante de Avila y Doña Virginia Medina de Lemus, cuya vida guarde Dios muchos años.

Casada con mi padre, D. Antonio Peralta Lara, en septiembre del 72, no había vuelto a San Vicente; mas como deseaba con vehemencia ir a respirar de nuevo los aires de su pueblo, que en aquellas calendas era mejor ciudad que San Salvador, y abrazar a sus muchos parientes y amigas de la infancia, antes de que la impedimenta de los hijos



aumentara—éramos entonces sólo cuatro—nos pusimos en camino acompañados de los abuelos y demás familiares para ver y admirar allá una de sus rumbosas Semanas Santas.

¡Ha pasado más de medio siglo, y, sin embargo, tengo tan presentes los sucesos y personas como si todo ello hubiera ocurrido ayer...!

El hotelito de Cojutepeque, donde los pijijes de don Gabriel, el propietario, nos declararon a los chicos feroz guerra, alborotando más que nosotros.

El panorama sin par del valle de Jiboa que divisé por vez primera desde los altos del Botadero, y luego la vieja ciudad llena de misterioso encanto, como aquella rarísima iglesia del Pilar con su cripta pavorosa, y el Santuario con sus esqueletos de santos... importados; las casonas solemnes de los parientes y familias amigas, en las que de seguro espantaban; los innúmeros paseos o excursiones a fincas y lugares poéticos, en obsequio de mis padres y abuelos; el desfile constante de familiares, entre los que eran asiduos D. Doroteo Vasconcelos y su primo y coetáneo el tío Cesáreo, hermano del General D. Escolástico Marín; los amigos viejos y la antigua servidumbre, a quienes se recibía con los brazos abiertos, y hasta aquel bendito bobo de Cunca, hermano de la Mayaya, china de mi madre, que decía lacalácala por decir Calvario, y al candelero le llamaba tenguelénguele.

Y José Angel, un diablillo que estaba acabando con el poco juicio de sus venerables tíos los Chejes; y la chácara de la negra Vital, antigua criada de casa y madre de una

manada de simpáticas muchachas, en cuyo patio espacioso lucía medio a medio un soberbio jilo cundido de flores, con las que jugábamos al regreso del baño diario en el río Acahuapa; y el tití de D. Lázaro López, vestido de rojo y mostrándonos los dientes mientras se columpiaba furioso en su minúsculo trapecio; y los macho-ratones del sábado de Gloria; los sabrosísimos camotes; y tantas cosas más sin importancia, pero que provocan dulces añoranzas en los viejos.

El añil moría, víctima de la química, y las ferias decaían, es cierto; mas quedaba todavía dinero; había honradez y bienestar...: se podía vivir.

¡Eran, sin duda, tiempos mejores...!

¡Dichosos, nuestros abuelos, que murieron sin sospechar nuestra próxima ruina; la depravación y miseria actuales!

Yo debí nacer hace cien años, o mejor antes. No habría sufrido la humillación de no ser nunca ciudadano; la vergüenza de sentirme paria en una patria que debió ser digna, justa, fuerte y noble, para corresponder siquiera al sacrificio de los próceres que soñaron algo muy distinto; que nunca pudieron desear esto.

¡Pobre Doctor Delgado! ¡Desdichado General Arce...!

Años después, asuntos profesionales me llevaron al valle de Verapaz; luego estuve en San Sebastián, Catarina y Apastepeque; trajiné en seguida por el camino del Caballito admirando paisajes incomparables y observando tipos, costumbres y pintorescos modos de hablar.

Revivían aquellos recuerdos gratos a medida que escribía a vuela pluma crónicas



fantásticas, sin plan ninguno y a lo que saliera...

Poco antes había estado preso en la Penitenciaría por conspirador y desafecto, delito este último que no se halla en los códigos, pero que en estos andurriales fué y sigue siendo crimen imperdonable—el oponerse al monstruoso negocio del empréstito no era patriotismo sino desafección—y como guardaba frescas las impresiones de la cárcel y el recuerdo de aquella celda inmunda, las entremezclé en las imaginarias aventuras del joven periodista andariego, hijos de mi fantasía éste y aquéllas.

La naturaleza del asunto y las simpatías que como dilettante sentí siempre por los "chicos de la prensa", esa juventud sana, soñadora y candorosa que por temporadas cree en la Siguanaba, me inspiraron la idea de dedicarles este libro, compilación de páginas de seguro ya olvidadas por los pocos que hace diez años las leyeran.

No quise cambiar nada y sólo he añadido algunas notas por exigirlo así el tiempo transcurrido y adelantarme a los deseos del lector curioso.

¡Jóvenes y viejos periodistas! Recordad que si los maestros son los forjadores de almas y corazones, a vosotros corresponde su orientación y pulimento.

La vida es hoy durísima, y vuestro oficio cada día se torna más ingrato y peligroso en estos rincones que debieran ser libres y risueños.

No he de pediros que seáis de piedra ni de acero, mas como el mejor escudo del decoro es la inteligencia, y vosotros la tenéis, sólo os pido que lo conservéis, y que si un día vuestros merecimientos o la suerte os depa-



ran un sitio confortable y sustancioso en la Administración, procuréis guardarlo cumpliendo vuestro deber sin abdicaciones, que nada hay tan triste como el ver a los austeros rebeldes de ayer, encorvados hoy y enseñar los dientes, convertidos en perros de presa, a sus hermanos de la víspera, por ser gratos a sus amos o en defensa de un hueso que nadie les disputa ni les envidia...

Y a tí, lector, te ruego excusar la pesadez de este larguísimo exordio.

T. P. MECHIN

El Trapichito, noviembre 22 de 1932.



La mancha brava en Guazapa

GUAZAPA, septiembre 26.—Las fiestas del ilustre Patrono San Miguel celebraránse con inusitada pompa en los días 28 y 29.

Mayordomo es el ex-teniente de la Guardia, ex-politécnico don Manuel Ayala, acaudalado comerciante de la plaza, quien despliega actividad asombrosa.

Habrá corridas de caballos y carreras de toros. Consiguióse uno muy bravo de El Coyolito, probado ya en Chalatenango, y muy noble, pues no golpeó a nadie. Los *toreadores* pueden estar tranquilos. También habrá una o dos vacas lecheras a la disposición.

Jueces carreras son conocidos *esportemanes* D. Chico Orellana y D. Gustavo Huinó, que gozan simpatías población y bello sexo.

Habrá suntuosos bailes y solemne función religiosa, para lo cual *cheléase* iglesia, y vendrá magnífica orquesta dirigida Chico López.



Háblase también llegada de la "Mancha Brava de la Capital".

Noticia ha conmovido profundamente jóvenes corazones femeniles, quienes por mi medio ruegan no falten Don Paco y el señor de Prusia.

Metalizada Compañía Eléctrica suprimió alumbrado público, pero suplíránlo ventajosamente los ardientes ojos de nuestras bellas.

Autoridades ofrecen *garantías absolutas*, a menos que de arriba no dispongan otra cosa.

El camino está bastante bueno, pudiendo llegarse en automóvil hasta la salida de Aculhuaca...

No hay que perder esta ocasión de divertirse sin gastar.

No habrá juegos prohibidos ni permitidos, por falta de pisto.

Estancos suprimiránse imitación Apopa, Nejapa, Tonacatepeque y Soyapango, donde si no reina aún el *estado seco* es a causa del invierno tan copioso (1).

La moral no corre riesgo.

¡A Guazapa, pues! ¡Eh! ¡A los toros o... a las vacas!—*Corresponsal ambulante.*

---

(1)—Hace diez años también hubo crisis guarera, y se cerraron varios estancos. La historia se repite.—(Nota de 1932.)



Lo de la langosta

MICHAPA, septiembre 27.—No hay que alarmarse. ¿Para cuándo dejamos la manoseada teoría de los "hechos consumados"?

¿Que viene el chapulín? Bueno.

¿Que no es el pequeño acridio sino el enorme individuo del género *locusta?* Mejor, muchísimo mejor.

El primero despunta los cañaverales, deja a la mitad las matas de maíz y arrasa los frijolares, por los cuales se pirra.

El segundo no le hace asco a las yucas y devora hasta los guachipilines. Magnífico. Quiere decir que "hace bien las cosas".

Deja los terrenos limpios, sólo los tetuntes, y eso economiza los chapodos y otros trabajos.

El asunto es sacar el mayor partido posible. ¿Qué hacer? Comer ortópteros. Eso es lo que hacen en el norte de Africa, y nosotros no somos menos que los africanos.



La langosta del aire, como plato exquisito, fué descubierto por los judíos en su huída de Egipto: está probado que el maná famoso no era otra cosa. Y aquello que nos cuenta la Biblia de que cada cual le sentía el sabor que más le cuadraba, no significa sino que puede condimentarse de mil maneras (La Biblia es una charada).

Los árabes se comen las chicharras en miel. Pues bien, una langosta de 14 centímetros puede comerse también con mayonesa. Cocidas son puros *chacalines*.

Los indios de Panchimalco hacen pupusas con *cuétanos* tostados. El chapulín tostado es riquísimo, y se conserva mucho tiempo. No hay que apurarse: comamos locusta. Y no teman, que nada tiene que ver este animalito con la famosa envenenadora de ese nombre que floreció en Roma en tiempo del dulcísimo Nerón y su digna madre Doña Agripina, a quienes sirvió devotamente.

Yo estaré esta tarde en los dominios de D. Patro, a quien pediré permiso para comerme unos cuantos saltones.

Avisaré resultado.

Creo que la Providencia no nos abandona, y que la langosta no es una plaga, sino una ganga, dada la carestía de los comestibles.

En mi humilde opinión, la merecemos por... humildes (La ganga; no la carestía).—*Corresponsal ambulante.*



El Comandante rijoso

IXTEPEQUE, Septiembre 28.—"El hombre propone y Dios dispone".

Logré penetrar al Departamento de San Vicente, tierra clásica del *matagusano,* de los camotes, de los *macho-ratones* y de muchos hombres ilustres, Ezeta inclusive; pero no he llegado aún a la famosa Lorenzana, ni he visto todavía el chapulín gigante, objeto de mi viaje.

Supe en el tren que declarado "sospechoso", me seguían dos *cuilios* del género *detective*—que son los peores—y prudentemente me apeé en el túnel, a riesgo de romperme el bautismo. Milagrosamente resulté ileso.

En Molineros, mientras admiraba el portentoso paisaje de su bellísimo valle, y veía fumar al *infiernillo,* me quité, es decir, me quitaron los cuatro pelos que conservaba debajo de la nariz, y dejé también la melena. Mientras me afeitaban, entró a la barbería una muchacha muy simpática,



pintadita y perfumada, que a la legua denunciaba su condición.

Tomó asiento al par que daba los buenos días a todos con voz muy agradable...

Puso sobre sus rodillas un paquete de ropa envuelta en un pañuelo a cuadros.

Me miró sonriente...

El corazón me dió un vuelco, pero no por lo que usted se imagina...: es que tuve una inspiración.

Cuando terminaron conmigo se sentó a su vez en el que para mí fué potro—me dejé allí buena parte de la epidermis—y me senté también, dándome aire con el sombrero, mientras examinaba con interés el contenido del *tanate* que ella dejó sobre la silla...

Sí...: eran prendas femeniles de vestir...

Cuando el Fígaro terminó con ella y sacudía el peinador, pagué los dos servicios... Ella me dirigió una mirada de reconocimiento con un "gracias" muy amable, y salimos juntos, cual si fuéramos viejos amigos o amantes, llevando yo el lío bajo el brazo...

La chica, en verdad, despertaba el apetito, pero aquello era secundario para mí...

—¡Buena suerte!—nos dijo con sorna el peluquero...

Sin muchos regateos, por cinco pesos adquirí un traje completo de mujer, con todo y rebozo,



y me despedí de la muchacha con un dulce apretón...

Dirigióme una mirada lánguida, sonrió tristemente y... "tú irás por un camino y yo por otro"...

Disfrazado de meretriz—¡qué vergüenza!—continué mi camino ratitos a pie y a ratos andando...

¡Lo que puede el miedo a la cárcel o el amor a la libertad...!

Oscurecía...

Varios pucuyos cruzaban el espacio.

En Tepetitán me vió un Comandante local de los alrededores, y desgraciadamente lo fleché (Inconvenientes de tener buen cutis).

El hombre, más feo que un pecado mortal, no me deja a sol ni a sombra.

Le he jurado que estoy enfermo, es decir, *enferma*, mostrándole al efecto mi cabeza rapada, pero él dice "que no le hace".

¡No le hace, ña cangreja! ¡Menudo compromiso...! ¿Estará enfermo el maldito?

Hemos llegado juntos a Ixtepeque, y tengo fraguado un plan para darle aquí el esquinazo, pero *mi hombre* se lo ha olido. Si me hubiera olido bien a mí no se mostrara tan obsequioso, mas yo lo habría pasado mal (Afortunadamente ya no hay *trozo*, gracias al nobilísimo presidente General Figueroa, Q.D.D.G.). Del mal el menos...

Espero la noche lleno de ansiedad. Se conoce que el *melitar* está más ansioso que yo, tal vez



"adelantando dichas en su mente". ¡Mal rayo lo parta!

Con el deseo de alejarlo dígole que quiero chupar caña (En la huerta de enfrente he visto unas macollas).

El hombre desenvaina el corvo, abre un portillo—¡la propiedad es sagrada!—corta media docena de cañas, pela una con todo primor y me la ofrece galante. Mientras *me la chupo*—así quisiera chuparle la sangre—contemplo las ruinas de la factoría de tabaco que aquí tuvieron los españoles, y miro el corvo de soslayo.

Escribo estas líneas asegurándole que son para un hermano mío que está preso en el soterráneo de San Vicente, y le juro que para él es la ropa —la mía—que acaba de descubrir en mi *tanate*. Afortunadamente este animal no sabe leer, ¡así anda ello! y se traga el embuste.

El muy sinvergüenza me ofrece la libertad de mi hermano a cambio de ciertos favores. ¿Habrá se visto? ¡Y no poder romperle la crisma! ¡Y tener que decir "de veras, Chon", cada cinco minutos...!

¿Pero quién me metió a naturalista? ¡Dios mío! ¿Tendré que cometer esta noche un comandanticidio?

Jamás se vió mi pudor en trance tan comprometido...



Se me ponen los pelos de punta cuando pienso que en vez de comer langosta aérea pudiera... ir a la cárcel.

¿Habrá gente que crea todavía que es lo *más chiche* el oficio de corresponsal, *ad honoris* por contera?

¡Ay, don Arturo! si no fuera porque somos libre-pensadores, le pediría que le enviara una candela a San Expedito, o mejor a San Cucufate...

Mañana le comunicaré si han de enterrarme con palma y con corona, o no.—*Corresponsal ambulante.*





LOS INFIERNILLOS, septiembre 29. — Me hallo impoluto, ileso, cuasi tranquilo, y me parece un sueño. ¡Qué nochecita! Más me valiera haber permanecido en Guazapa, donde lo habría pasado tan guapamente... ¡Malditos sean el amor a la ciencia y al oficio!

Entrada la noche, *mi hombre* me condujo *manu militari* a una mísera casucha, la última en el camino del volcán. Habló unas palabras con el dueño, y éste se retiró.

—*¡Proxeneta!*—exclamé despreciativamente.

El desenlace se acercaba: concentré mis energías y apelé a toda mi audacia.

—*Tomá*, desconfiada—me dijo el Comandante, entregándome una *bamba* que a una legua proclamaba su falsedad.

No la quise coger, y entonces él me la echó dentro de la camisa. Sentí grandísima indignación y un escalofrío en la barriga.



En eso regrésó el dueño de la casa; puso sobre la mesa un envoltorio y unos centavos, y se largó por donde había venido.

—He mandado *trer conqué*—me dijo el otro animal—porque *debés* de tener hambre. Voy a encender el fuego, y mientras, *mirá* lo que ha traído mi compadre—dijo, y atrancó bien la puerta.

Yo salí al patio con un pretexto muy natural, y vi un *palo* de pito.

—Dios me ayuda—pensé, y corté unas cuantas hojas.

Y me dispuse a aderezar el condumio.

Enjuagué un *batidor* (1), le puse agua, metí dentro las hojas de pito y lo arrimé al fuego.

El hombre quería manosearme, pero lo rechacé brusco y pudoroso.

—*¡Embustera...!*—murmuró.

—Yo no aguanto el humo—le dije endulzando la voz.—Venga usted y haga la comida.

El hombre obedeció, pero sin quitarme el ojo (Tampoco soltaba el machete).

Ví sobre la mesa un periódico; lo tomé y me acerqué al candil: era un número de *La Palabra* (2).

El hombre vino a sentarse junto a mí...

(1)—Subrayo **batidor** porque esos españoles han dado en llamar así a los **peines escarmenadores**... ¡Qué bárbaros!

(2)—Diario católico de aquellos tiempos.



—Si se está en juicio—le advertí,—le voy a leer esto, que es muy interesante.

Sumiso se dispuso a escucharme, mirándome embobado. ¿Me amaría de veras?

Yo comencé a leer con sonsonete de misa cantada, y ví que mi hombre tomaba un aire de beatitud...

Exageré el sonsonete; leí tres veces seguidas unos versos muy malos, y... ¡qué veo! La fiera, con la barba pegada al pecho, roncaba levemente...

¡Bendita sea *La Palabra!* ¡Qué pitos, ni qué morfina, ni qué veronilia!

Cogí mi tanate, quité la tranca con toda suavidad, apagué el candil, y pies para qué os quiero...

La calle era una avenida del volcán llena de piedras, y me dí media docena de porrazos... Más adelante tuve que emprenderla a coces con los perros, que me tomaban sin duda por la Siguanába.

Antes de entrar en la carretera me vestí de hombre, y ála, a San Vicente.

Llegué a medianoche. Escondí mi lío de ropas entre las piedras y las escobillas que hay detrás del Calvario, y me lancé al centro a probar fortuna.

Topé lo menos con seis policías, y todos me preguntaron mi nombre, de dónde venía, para dónde iba y otra multitud de cosas que yo ignoraba por completo y por lo visto ellos también. ¿Qué sería



de nosotros si no fuera por los desvelos de la autoridad?

Llegué al hotel y llamé. Como iba a pie y no llevaba equipaje ni criado, hubo cuchicheos y a la postre me dijeron que no había cuarto.

Mostré un billete de diez colones y entonces el dueño se acordó de que *il sieti estaba desocupato.*

Entré en mi cuarto y cerré la puerta, pero los cuchicheos continuaban en el corredor... Sonó el teléfono... ¡Hum!

Saqué la recomendación que llevaba para el Gobernador, y observé el sobre cuidadosamente.

Tuve una corazonada.

Como fuí empleado del Correo en tiempos de don Floro, la abrí en un periquete con toda facilidad y la leí... ¡Quedé consternado!

Mi recomendante—gran protector mío—le decía a aquel funcionario que yo era un peje muy peligroso, y que seguramente iba a entenderme con los enemigos del Gobierno, que por lo visto tiene muchos. ¡Oh! ¡El traidor! (Me permitirá usted que no le diga su execrable nombre.) En eso escuché discretos golpecitos en la puerta interior.

—¡Voy!—dije, levantándome para ir a abrir.

Pero la puerta que abrí fué la de la calle, y salí como alma que lleva el diablo...

Sonaron los pitos... Afortunadamente, la noche era oscurísima...

Pronto estuve en el escobillal del Calvario, hallé mis trapos, bajé a la quebrada; en el rincón



más oscuro me transformé de nuevo en meretriz, y como quien no ha roto un plato, me senté sobre una piedrona a la vera del camino a esperar el día...

No hubo necesidad de tanto.

Poco antes de amanecer detuvo su mula junto a mí un señor de alguna edad.

—Buenos días—le dije con voz de sirena.

—Buenos días, mi alma. ¿Qué haces aquí?—Al mismo tiempo encendía un fósforo y me examinaba...

Yo lancé un hondo suspiro y bajé los ojos...

—¿Te querés venir conmigo?—me dijo el buen señor, muy acaramelado y quizás satisfecho de la inspección.

—Sí, señor...

Monté a la grupa de la briosa *coyota*.

Y aquí estoy a las órdenes de usted en una finca, a dos pasos de Los Infiernillos, esperando que llegue la noche para librarme también de mi nuevo protector, cuyas verdaderas intenciones desconozco (Estoy muy escamado).

He empezado con *buen pie*: por ser útil en algo acabo de quebrar el porrón...

(Esta se la mando con un negociante en tuncos, caballero a carta cabal, pues parece que la caballerosidad se ha refugiado en las clases humildes... "La famosa inversión de los valores", don Arturo. Cuídese.)—*Corresponsal ambulante.*



La Boleta número 15873

LOS INFIERNILLOS, septiembre 30.—A la señora Engracia, especie de ama de llaves de esta finca, no le ha hecho ninguna gracia mi llegada. ¡Y eso que no sabe que el patrón me trajo a las ancas! ¿O será maña vieja que ella ya conoce?

Ha rezongado de lo lindo por lo del porrón.

Bailando los ojos y los escapularios me ha señalado con el dedo tembloroso la puerta de un cuarto, diciéndome displicente:

—Allí puede poner sus trapos y descansar...

Luego que le dí mi carta anterior al *tunquero*, metíme en el cuarto, que por cierto apestaba a queso, y me tumbé sobre una cama que se parece a las guitarras en que sólo tiene seis cuerdas. Cinco minutos después roncaba como un cerdo y me rascaba automática y desesperadamente.

Hallábase el sol bien alto cuando la señora Engracia me despertó dulcemente tirándome del pelo, y me dijo en tono desabrido que don Fulano



quería hablarme. Quise arreglarme un poco, pero aquella arpía no me dió tiempo... "¡A priesa...! ¡Ya te van a dar monerías!"—mascullaba la tal.

Me acerco a don Fulano (Mi protector está recostado en la hamaca). Hago esfuerzos inauditos para ruborizarme y toso a fin de que se me atiple la voz.

El se incorpora y me mira fijamente: yo bajo los ojos (Busco en vano los bolsillos del pantalón para meter en ellos las manos, que en aquel momento me hacen un estorbo horroroso).

Larga y angustiosa pausa (Sin duda por eso los alemanes llaman *pause* a los entreactos).

—¡Lo sé todo!—exclama por fin don Fulano, ahuecando la voz.

Alzo los ojos y veo con sorpresa que me alarga un papel. Lo cojo y paso la vista por él rápidamente. Es una boleta de la profilaxis de esa capital. Tiene el número... 15873, y está extendida a nombre de la menor Inocente Tórtola, de 18 años de edad.

Filiación: Cara, regular. Boca, regular. Nariz, regular. Pelo negro, cortado. Etc., etc.

Atravesado hay un letrero morado que dice: "Enferma".

Yo me echo a reír.

Don Fulano me mira indignado por encima de los anteojos...

La señora Engracia, que durante mi sueño había extraído del bolsillo de *mi nagua* aquel pape-



lito, presenciaba la escena desde lejos, gozando de su triunfo: estaba radiante.

Yo le dediqué una sonrisa. Ella escupió y me volvió la espalda.

—Don Fulano—le dije muy serio y con mi voz natural,—necesito hablar a solas con usted.

El buen señor me miró receloso (El letrerito morado, ¡ay!, me lo había cambiado por completo)...

—Yo no soy esa Inocente Tórtola—proseguí.—Todo es una mixtificación: ¡yo soy un hombre!

Y sin ningún pudor me alcé las faldas y le mostré mis calzoncillos.

El hombre abrió tamaños ojos.

La señora Engracia, al ver mi impudicia, se llevó ambas manos a la cabeza y se metió corriendo a la cocina.

Don Fulano me invitó a entrar en su cuarto. Vi allí cierto retrato y comprendí que estaba salvado. La explicación fué breve.

Entre otras cosas resultó que don Fulano había estado con mi padre en la Escuela Politécnica.

Una hora después almorzábamos juntos, vistiendo yo mi trajecito de palm-beach, el que por cierto todavía no le he pagado a Próspero.

La señora Engracia nos sirve muy estirada, y no corresponde a ninguna de mis sonrisas. Alcanzo a oír que le dice a la molendera:

—De buena te escapaste, Inés. Por poquito *dormís* con ese hombre...



La maritornes se encoge de hombros y se limpia el sudor de la nariz con el dorso de la mano. Y le da con más furia a la piedra...

¿Estará escrito que sea yo el Don Juan de aquesta Inés?—*Corresponsal ambulante.*

P.S.—Es más que probable que me quede aquí por unos días. Esta se la mando con el que va a esa a traer *bebestibles* para el santo del patrón, porque en San Vicente, con motivo de las fiestas en honor del Ministro de X..., sólo ha quedado una botella de Zarzaparrilla de Bristol en una botica. Parece que tendremos parranda. Ya le contaré.—Vale.

Otro sí.—No le diga a Próspero dónde estoy, porque es capaz de mandar al cobrador, no digo a este Infiernillo sino al mismísimo infierno.

Vale también.

Pippermint Nacional

LOS INFIERNILLOS, octubre 1º—Si no estoy en casa del Duque, le falta muy poco.

Don Fulano—mi duque—no quiere autorizarme para que descubra su nombre, no sé si por exceso de modestia y pocos deseos de pasar a la posteridad, o porque no le gusta que se sepa su afición a proteger doncellas trashumantes, más o menos menesterosas. La verdad es que su última aventura—y mía también—ha resultado ridícula, y el buen señor está un poquitín corrido... No hay más que ver su timidez ante la señora Engracia.

El se ha empeñado en que permanezca yo aquí una larga temporada, y me he visto obligado a aceptar, pero he puesto un plazo:

—Hasta que me crezca el bigote—le he dicho,—porque así como estoy parezco un seminarista desaseado.



Don Fulano me trata a cuerpo de rey. Ha elaborado un extenso programa de entretenimientos, en el cual ocupan lugar preferente las excursiones. Quiere que conozca la comarca—yo ya la admiro—y al efecto me ha destinado un penco macizo—Rocinante—y también me ha provisto de escudero. Este es Chico, su ahijado, hijo del mandador de la finca "de arriba", simpático muchacho, imponedor, que en estos días está "haciendo de la boca" un machito *dos pelos*, mero pícaro y que entiende por *Conejo*.

En los ratos de ocio me dedico a la lectura, que por dicha algunos libros encontré en un armario. Están allí todo Pérez Escrich, la colección del Boletín de Agricultura y un sinnúmero de folletos conteniendo cuanto se ha impreso y publicado por aquí de treinta años a esta parte, con títulos parecidos a *Mi Martirio, Por mi honra, La partición de la hacienda Chingulingo, El General León y sus detractores, La verdad en su lugar*—¿sabrá alguien dónde está escondida esa señora?,—*Litigio Pérez-Gómez- López, El escándalo de la Cooperativa Pureza y Honradez*, un *Album del Centenario, El Libro Azul* y *San Salvador al vuelo*, el mamotreto que más caro nos cuesta—10,000 dólares cobró el sinvergüenza del autor—y... en fin, todo lo que puede adquirirse en la materia sin soltar la mosca, item más los treinta mensajes presidenciales correspondientes a dichos seis lustros, y las ciento cuarenta y tantas Memorias

ministeriales—tristísimas por cierto—que no son sino repetición de aquellos mentirosos mensajes. Todo ello lleno de polvo, apolillado.

Ya me disponía a apencar con el *Cura de Aldea*, cuando allá en el último rincón descubrí cuatro tomos en octavo, con pasta de cuero y gorditos... *El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, edición de 181... (El comején no respetó la última cifra).

Se me figura que es éste el primer libro que llegó a playas salvadoreñas...

Con perdón del autor de *El manuscrito de una madre*, me decido por la vida y hechos del ilustre héroe manchego.

Por fuerza me hago un paralelo con el sin par caballero, aunque en ello resulte una antinomia (Desde luego es una atrocidad).

Tengo rocín y escudero, y estoy sin blanca o poco menos. Dulcinea vive en esa... Maritornes está allí no más, cabe la piedra. Me hallo en el palacio del Duque... No hay duquesa ni Altisidora, pero ronda por ahí Doña Rodríguez...

Hay sus diferencias, ya que no he perdido ninguna muela todavía, ni recibido estacazos de yangüeses, y justamente, de librarme de ellos se trata...

Al pobre Don Alonso el Bueno le jugaron bromas pesadísimas, como aquélla de los gatos, y a mí no.

En cambio, en la mesa del Duque Don Quijote bebía vinos exquisitos, que él, más delicado aún, apenas cataba, y yo bebo agua pura, fresca y cristalina, eso sí.

Mas no crean ustedes que el régimen seco es absoluto; no. Tomamos nuestro aperitivo: *chaparro* con cáscaras de no sé qué, muy sabroso.

Lo único que me desconsuela es el Pippermint...: escupo de sólo recordarlo.

El primer día, después de los plátanos fritos, pusieron sobre la mesa una botella de las de coñac que contenía un líquido verde-oscuro-opaco. Recordé en el acto el "Bálsamo tranquilo" y tras de él se vino a mi memoria el "Extracto etéreo de helecho macho", droga infame que he ingerido multitud de veces.

En ese momento lamenté que en aquel "castillo" no hubiera *vomitorium*.

Don Fulano pidió vasitos y le llevaron dos de los "dobles". Los llenó de aquel bálsamo.

Alzó su vaso y sonriendo me dijo:

—¡Salud!

Faltando a las reglas de la buena educación acerqué el mío a mi nariz, y permanecí indeciso... El sonreía.

—¿Qué es esto?—me atreví a preguntarle.

—Es *pepermín* hecho en casa. Tómelo sin miedo que es muy sano. Hace doce años que yo no he tenido un dolor de estómago...

Probé y escupí.

—¡Si es guarito con azúcar y hierbabuena...!— añadió en tono persuasivo.

Cerré los ojos y *¡chucús!* Contuve cinco minutos la respiración, y no hablé en un cuarto de hora, logrando así que el pippermint *nacional* no ascendiera por donde había bajado...

Y todos los días, a la misma hora, sufro el mismo martirio (Me hago la cuenta de que estoy tomando un seguro por veinte años contra el dolor de tripas).

No soy rencoroso.

Mi única venganza consiste en acusarle cada noche las cuarenta a mi querido huésped, y ponerle *panza sobre panza*. Tiene ya treinta y tres.

Hoy, hace un rato, lo he dejado "zapatero".— *Corresponsal ambulante.*





—¡Si es guarito con azúcar y hierbabuena...!— añadió en tono persuasivo.

Cerré los ojos y *¡chucús!* Contuve cinco minutos la respiración, y no hablé en un cuarto de hora, logrando así que el pippermint *nacional* no ascendiera por donde había bajado...

Y todos los días, a la misma hora, sufro el mismo martirio (Me hago la cuenta de que estoy tomando un seguro por veinte años contra el dolor de tripas).

No soy rencoroso.

Mi única venganza consiste en acusarle cada noche las cuarenta a mi querido huésped, y ponerle *panza sobre panza*. Tiene ya treinta y tres.

Hoy, hace un rato, lo he dejado "zapatero".— *Corresponsal ambulante.*

En el umbral del Infierno

LOS INFIERNILLOS, octubre 2.—No soy Aníbal, ni cosa parecida; pero esto es Capua, o le anda muy cerca. ¿Correré algún peligro por *il dolce farniente* en que mi vida se desliza?

Ya sabe la señora Engracia quién es este cura, y está cambiadísima. Se muestra conmigo amable y hasta compasiva. Resulta que fué *pelona*—hija de casa, dice ella—de una de mis abuelas, y me refiere muchas anécdotas, las que he apuntado y reservo para el uso de mis biógrafos.

Entre otras cosas me cuenta ruborosa que mis tíos eran "muy atrevidos". Yo me escandalizo y le declaro que al contrario, son "mero tímido".

Ella arregla mi cuarto, y he notado que también *arregla* su persona (Los escapularios los lleva ahora al lado de adentro). Pone flores con cierto arte en un pichel desportillado que coloca sobre mi mesa.

—Si se le ofrece algo—me dice por la noche al retirarse,—no tiene más que llamarme...



Cavilo un momento, y atranco bien mi puerta.

Esta mañana, después del café, he comenzado mis excursiones, habiéndome acompañado don Fulano. Yo insistía en que no se molestara, pero como se trataba de visitar los *infiernillos*, acepté gustoso su grata compañía.

El, montando la "coyota" cuyas ancas trabaron conocimiento con mis posaderas en la madrugada de marras, y yo, oprimiendo los robustos lomos de Rocinante, salimos juntos por la puerta de la corralada que da al campo. A pocos pasos se divisa ya la movible nube de vapor. Un poco más y escucho el ruido del formidable escape... Mis sensaciones son extrañas...

Los resoplidos aumentan de intensidad (Así deben de oírse los escapes de los monstruosos motores de Krupp y del Creussot). Las bestias enderezan las orejas, e inquietas resoplan fuertemente a su vez con las narices.

Pasado un recodo, se presenta ante mis ojos el espectáculo grandioso... Enormes chorros de vapor de agua escápanse del suelo con ruido ensordecedor, que se condensan en el acto en una nube de minúsculas gotitas... Por la tarde, cuando hay sol, deben de formarse bellísimos arco-iris...

No parece sino que están *soplando* una caldera de tres mil caballos... El terreno, en una extensión de una manzana escasa, está calcinado y lleno de charcos formados por extrañas aguas.

Se siente olor a fábrica de productos químicos...



De multitud de agujeros que parecen cuevas de conejo o de *cusuco,* salen columnitas de humo, pero no con la fuerza del chorro principal que surge del más grande. En sus bordes vense cristales numerosos, cuales de color amarillo de limón—se me figura que es azufre—y cuales blancos como la nieve, formando haces de agujas... ¿Cloruro de amonio? ¿Sulfato doble de...? Tente, pluma: vale más no desbarrar.

En un charco de agua obscura hierve el líquido.

—Esa es la poza de la cernada—me dice Don Fulano.—Allí pelan los *cuches*...—Y como para confirmar sus palabras, en aquel momento llegan tres hombres llevando en una palanca un marrano recién degollado. Lo meten en el charco durante unos segundos, y lo afeitan en seguida con toda facilidad...

Son vecinos del caserío El Agua Agria, cuyos techos humean a corta distancia.

El agua de condensación y las que brotan de las calcinadas peñas corren por distintos cauces hacia la próxima quebrada, donde mezclan sus diversos componentes. Porque esas aguas son distintas. Dicen que unas son agrias, terriblemente ácidas, y otras astringentes. ¿Será ácido clorhídrico libre, o...?

—Cállate, que vas a disparatar—me dice mi otro yo; y, dócil, obedezco.

Lo que sí me atrevo a asegurar es que el agua está a cien grados, puesto que hierve (¿Una fru-



ta, verdecita por fuera y con pepitas de sandía dentro?)...

Cerca hay, sin embargo, aguas muy frescas y las hay también termales, puras y soportables. Dicen que para bañarse hay que ir más abajo, donde este arroyo se ha juntado con otros, y que puede elegirse la temperatura al gusto.

Por mi parte pienso hacer una cura preventiva contra el reuma, bañándome con agua a 60 grados (De este modo tendré dos aseguros; uno contra el artritismo y otro contra el dolor de barriga).

Dicen que gritando o disparando un tiro los infiernillos se alborotan. Yo no grito ni disparo: no tengo revólver. Además, estoy emocionado.

—Aquí hay inagotables fuentes de energía—le digo a Don Fulano.—¿No ha venido el Gobernador a ver ésto?

—No, que yo sepa.

—Me extraña, porque si no recuerdo mal, él escribió desde Italia contándonos las maravillas de Volterra, en donde los ingenieros han logrado sacar de un sitio parecido a éste, muchos miles de toneladas de ácido bórico, y aprovechan también algo así como doce mil caballos de fuerza.

Esto es una riqueza inmensa, Don Fulano.

Mi huésped sonríe de un modo extraño...: lo duda. ¡En cambio, cree a ojos cerrados en el Purgatorio...!



¿Y qué tiene de extraño cuando San Agustín no creía en los antípodas, y conocía en cambio al dedillo la organización política, fiscal, militar, postal, consular y penal del Cielo y del Infierno, y aun pretendió explicar el misterio de la Santísima Trinidad, que debe ser lo más *triángulo* de la Teología, sin conocer a fondo la Trigonometría, y sin tablas de logaritmos, pues consta que no las tenía ningún librero de Hipona?

Yo disculpo a Don Fulano: haga usted lo mismo, Don Arturo.—*Corresponsal ambulante.*

Nota.—Ahí vea usted si cambia lo de ambulante por "sedentario", porque la verdad, en estos días no tengo nada de *wanderer* (Ni ganas)...



En la finca "De Arriba"

LOS INFIERNILLOS, octubre 3.—Esta mañana, caballero en Tetunte—que este es el verdadero nombre de Rocinante—y acompañado de Chico, mi escudero, que a su vez cabalgaba en su *educando* Conejo, emprendimos la ascensión al esbeltísimo Chichontepec.

Caminamos un buen trecho por tierras labrantías de ligera pendiente.

Las dobladas matas de maíz soportan no sólo la pesadumbre de las maduras mazorcas, sino también la tupida red de enredaderas que antes de un mes regalarán la vista con sus alegres manchas de campanillas de colores lila, azul o rosa.

Cruzamos en seguida un extenso frijolar que entreabre ya sus flores a las caricias del sol y de la brisa.

—Si no llueve pronto y sigue la seca—dice Chico—esto se va a amolar como hora tres años, que no se sacó ni la siembra...



Penetramos luego a una cañada oscura y cubierta de arboleda. En las laderas abundan los pepetos, a cuya sombra prosperan en santo amor y compañía el café borbón, y el cacao que, como dijo el poeta:

"...cuaja en urnas de púrpura su almendra..."

Chico quita las trancas de una puerta.

—Aquí ya no es del patrón—me dice.—Faltan como veinte cuadras *pa llegar* a la finca de arriba, que cuida mi *papa*.

El camino no es de coches ni mucho menos. Algo pedregoso y a trechos liso, se ve que las cabalgaduras se lo saben de memoria y marchan confiadas.

Ladran unos perros.

—Ya llegamos—dice Chico.

Abre una puerta, atravesamos una pequeña huerta, y ya estamos en el limpio patio de la casa.

El señor Cleto regaña a los perros y sale a recibirnos...

Me apeo.

Chico se quita el sombrero, se acerca, saluda al autor de sus días, y le entrega un atado de puros...

Me dedico a admirar el paisaje. A mis pies el valle sin igual, con los tres pueblos y numerosos caseríos. Semeja el valle un tablero de ajedrez de policromas casillas... Del sepia claro al chocolate oscuro de la tierra que *se rompe;* del verde tierno



de los nacientes tunalmiles al más profundo del arroz en flor, no falta un solo matiz...

Enfrente las lomas de Jiboa... Un punto blanco brilla allá en el filo: es la iglesia de Santo Domingo, que presenció la capitulación de Talavera.

Más allá el Cuyutepec, hoy pretensioso "Cerro de las Pavas". Detrás, vistiendo de morado, el majestuoso Quezaltepec, que semeja un león echado, sin cabeza, y que el abate Brasseur comparó a una ballena, con mucho acierto en verdad, pero mirándolo del Norte. En el fondo, envueltos en azules gasas, los volcanes de la sierra de Apaneca y el soberbio Lamatepec o Cerro Padre. Más a la derecha el Chingo célebre, testigo de tantas luchas fratricidas, y cerrando el horizonte hacia ese rumbo, el Brujo enorme, *esquinero* de los tres Estados, con su pico de Mira-mundo entre las nieblas.

—Arriba—me dice Chico, señalándome los enhiestos picos que están a nuestra espalda—le va a gustar más...

Miro y se me encoge el ombligo...: no nací para alpinista. Declino la invitación.

—Otro día que vengamos preparados—le digo.

—Si no fuera por el tiempo yo lo animaría—me dice el señor Cleto.—El último que ha subido, y quizá ya va pa diez años, fué un *chelito* que llegó perdido por aquí una noche, en medio de una tormenta de las buenas.

—A ver, cuénteme eso—le dije yo, ya interesado.

—Pues esa noche, cuando arreciaba el agua hasta dar miedo—vivía todavía mi difunta, la madre de éste—oímos unos gritos... Pusimos cuidado y no nos quedó duda: un cristiano pedía socorro.

Me levanté, encendí el farol, cogí la escopeta, y seguido de los perros bajé por el camino, no por el que ustedes treparon, sino por este de la derecha que va *pa la ciudá*. En eso oí los gritos más cerca: grité yo también. Bajé otro poco y *vide* un bulto que me hacía señas con una *lucita*.

Me encomendé a las ánimas, y con la escopeta preparada, me acerqué.

El bulto señalaba al barranco y me decía: "mula, allí".

Era un chelito extranjero, joven, pero templado. Entre los dos logramos sacar la mula. La montura y unas arganillas grandes estaban llenas de lodo.

A pie subimos, casi a gatas, y llegamos aquí.

El gringuito no quiso comer nada y se metió en ese cuarto. Sacó de la arganilla un *matatillo* que resultó que era una hamaca, y después una *chiva* con flecos. En un momento lo arreglamos y se acostó.

Cuando me levanté ya estaba él en el patio arreglando y limpiando sus *telengues*. Había armado un pie de gallo y encima atornilló un anteojo.



Luego miraba unos relojes que llevaba dentro de unas *chuspas* de cuero, y lo iba apuntando todo en un cuaderno.

Entró a la cocina, vido hervir el café y metió adentro un tubito de vidrio; después se lo arrimó a la nariz, y apuntó también.

¡Digo yo que estos cheles son el mismo diantre!

. . . .

(Suspendo aquí la relación porque se ha hecho larga y me caigo de sueño. Son las doce de la noche. Sucede que Don Fulano ha querido desquitarse, y se ha quedado con la sexagésima panza. No busque nunca el desquite, Don Arturo. Es lo único en que estuvieron de acuerdo los siete sabios de Grecia.)—*Corresponsal ambulante.*



Humboldt imberbe

LOS INFIERNILLOS, octubre 4. — Despierto asustado por terribles *zambombazos*. En el primer momento pienso en los zeppelines, que hora cinco años me "echaron" de Londres, pero en seguida recuerdo que es el santo del patrón. ¡Sea por Dios!

No es que se llame Francisco: hoy cumple años (Unos cincuenta, según dicen)...

Tomaré el hilo donde lo dejé ayer.

El señor Cleto continuó su historia del gringo geógrafo y geólogo (1).

—¡Yo no he visto hombre más conforme que aquel joven! La Cleofes, apenada, porque aquí no teníamos más que frijoles, queso, café, dulce y

---

(1)—Esta es una historia verdadera, don Arturo. No se asuste si le cuento que en 1914 salieron de las Escuelas Técnicas alemanas siete mil y pico entre químicos, ingenieros, geólogos, astrónomos, economistas, etc., y no se vaya a caer de espaldas... ¿Sabe cuántos salieron el año pasado? ¡Cerca de diez y ocho mil!



guineos majonchos, y él ¡como que con eso se hubiera criado!

Así que comió me señaló los picos y me dijo: "¡Op! ¡Arripa!"

La verdad, yo tenía que hacer, pero el señor me dió un billete de a cinco, y comprendí que era mi deber acompañarlo...

Ensillé y montamos. El hombre dejó las arganillas y sólo llevamos el pie de gallo y varias *chuspas*. Pronto tuvimos que apearnos y subir a pie. *Juimos* primero al pico que mira a la ciudad. ¡Qué panorama, señor! ¡Ese día estaba la mañana bien clarita!

El chelito preparó los *estrumentos* y me dijo que encendiera fuego.

En seguida empezó a divisar uno por uno todos los volcanes. Yo *ispié* en un descuido, y ¡qué cerquita se miraban! El Momotombo, el Cosigüina, el Conchagua, el San Miguel, el de Tecapa, el Taburete; todos los miró y los fué apuntando. Aluego dió una vuelta al revés y empezó por el de Cacaguatique, el de Sociedad, las montañas de Opatoro, y saltó a los Sesismiles, y la peña de Cayaguanca hasta dar al Brujo; y de allí se vino más acá con el cerro de Guazapa, Tecomatepe, Macanse y los de Apopa y Nejapa. En ese oficio se pasó toda la mañana... ¡Y qué hombrecito para preguntar! Pueblos, esteros, ríos; todo lo apuntaba.

En seguida puso al fuego un *tiliche* que quizás tenía agua, y a saber que vió. Después tomó muchas vistas...

Así que acabó, a punto del mediodía, me preguntó por señas si podíamos ir al otro pico. Yo le dije: "¡mañana!"; pero el me dijo: "hoy".

Yo le hice señas de irnos a comer, y entonces él se *puso a rir* y me dijo: "mañana".

Le digo a usté que si no fuera por los cinco pesos, lo dejo allí...

Fuimos al otro pico—¡mire que se necesita ser gringo y estar loco!—Tardamos más de una hora.

Allí repitió las mismas musarañas.

Aluego se sentó mirando al mar, y se quedó como lelo...

Yo le hice señas de que nos fuéramos a comer, y de que venía el agua, y él sólo me decía: "ya, ya".

Al fin logré que bajáramos, y llegamos aquí ya oscuro, en la mera punta del agua.

El chelito sacó unos botes y le echó al caldo una cosa como jalea, y sacó también galletas, y unos choricitos, cheles también.

Nunca he visto un hombre de tan poco comer.

Otro día temprano me hizo señas de que se iba: yo lo fui a dejar hasta Tepetitán.

Como ya ve que uno tiene su curiosidad, le pregunté que para qué era todo aquello, y él me dijo —no se me olvidan nunca—estas palabras: "Mapa - Yustus - Pertes - Gota".



Yo creo que se burlaba de mí, pero como me dió otros cinco pesos, no me importó.

Lo acompañé hasta el *desaparte* de los caminos, y le enseñé el del Botadero, porque me dijo que iba *pa* Cojutepeque.

—Pues señor Cleto, muy agradecido—le interrumpí,—pero yo no soy como ese alemancito de su cuento, y quiero estar abajo a la hora del almuerzo.

Montamos y nos despedimos. En vez de cinco pesos, le dí los cinco... de la mano.

En el camino oigo distraído a Chico que me cuenta no sé qué historias de la Inés; que si Casimiro la cela conmigo, y que la ha amenazado; que es muy hombre—*ya se ha despachado a dos*—y que mañana, como es día de borrachera, debo tener cuidado (Casimiro desempeña las funciones de corralero y zacapín)... Y de matón por lo visto.

Llegamos.

No hay más novedad sino que Chomón, el que fue a traer los *bebestibles* no parece por ninguna parte (Chico recibe orden de ir a averiguar a la estación y al pueblo en cuanto almuerce).

Al pasar por la cocina, la señora Engracia me muestra el cordero y los dos *chumpes* que están en capilla.

Dos mujeres envuelven tamales.

La Inés llora: tiene un ojo como una berenjena.—*Corresponsal ambulante.*

Barruntos de tempestad

LOS INFIERNILLOS, octubre 5.—Ayer cuatro, día marcado con tres cruces en el calendario franciscano—y también en el de esta Hacienda y sus aledaños—ocurrieron cosas dignas de escribirse. Se lo voy a referir todo en dos o tres crónicas, pues creo que me queda tiempo: mi bigote no está presentable todavía.

El desayuno fué pantagruélico; como para reventar.

Muy temprano, y a tiempo de tomarlo con nosotros, llegaron dos compadres de Verapaz. Son marido y mujer. Vienen a pasar el día aquí. El señor ayudará al patrón a hacer los honores de la casa, y la comadre a la señora Engracia en la faena extraordinaria. Parece buena gente.

Don Fulano está molesto. Chico no ha regresado todavía y Casimiro ha ido en su busca.

Llegan nuevos personajes: son dos caballeros, sin duda amigos íntimos de Don Fulano. El uno



es de San Esteban y el otro de San Sebastián; parecen parientes.

Se abrazan todos afectuosamente y después me los presentan.

En seguida llegan las autoridades del vecindario: los comisionados y comandantes locales—¡guarda, Pablo!—vienen a felicitar al patrón, y a otra cosa.

Yo le ayudo a obsequiarles y los tomo por mi cuenta, haciendo derroche de pipermín nacional, con la secreta esperanza de agotar la existencia...

La señora Engracia me entrega una botella cada cuarto de hora. ¿Dónde estará la mina, para volarla?

Aquellos animales se relamen de gusto. Luego se limpian los hocicos con las mangas de la camisa, que se tiñen de verde.

Llegan a su vez los colonos, ¡y allá te va pipermín del *páis!* Le doy una buena vasada a cada uno.

La señora Engracia saca nuevas botellas... (Estoy por creer que este licor brota de alguna de las fuentes de los Infiernillos...)

En la cocina nótase inusitado movimiento. Ha tomado la dirección en jefe la comadre de Verapaz.

Oyese extraño rumor... ¡*Los bebestibles!* ¡Por fin...!

Al trote largo entran al patio dos mulas cargadas: vienen bañadas en sudor. Chico y Casi-

miro asoman detrás cubiertos de lodo (Chomón no viene con ellos).

Lo importante eran los licores...

Sin embargo, sale Don Fulano a averiguar, y Chico le cuenta en voz baja que Chomón está preso; que unos *detectives* se lo llevaron para San Vicente, porque le encontraron un pañuelo de una muchacha que asesinaron hace días allá por el Beneficio de Acahuapa—una tal Inocente Tórtola—que había venido a Molineros de San Salvador, "con permiso", y que el pobre Chomón lo único que pudo decir fué que el pañuelo lo había hallado por aquí, cerca de la casa de la Hacienda...

Don Fulano me mira y yo lo miro a él.

La noticia no es para ponerme alegre: estoy preocupadísimo.

El pañuelo recuerdo muy bien que lo boté ya para llegar a la casa, porque apestaba a perfume barato.

Me quedo pensativo...

Un empellón de Casimiro, que lleva a cuestas una caja de coñac, me vuelve a la realidad.

El muy bruto pasa cerca de mí a su regreso y me mira hosco y *altanero*. Me parece que ya está "a media rienda": escupe provocativo... ¡Bestia!

Acabada la operación de descargar los víveres sólidos y líquidos, remitidos por Balette, Chico sigue contando. Dice que está detenido también el Comandante de Cutenampa, porque lo vieron

en Ixtepeque con *la muerta* el día 28 al oscurecer (!!!).

La verdad, no me siento a gusto. *Debiera* estar tranquilo, pero no lo estoy.

¡Pobre muchacha! ¡Tan contenta que cogió los cinco pesos que le dí por el vestido viejo y el rebozo! ¡Y pensar que la Inés lo *anda estrenando* ahora!

Usted sabe bien, Don Arturo, que yo soy inocente y que nada tengo que ver con la muerte de la Tórtola, pero en estos momentos no recuerdo si es la Fe o la Justicia a la que pintan con los ojos vendados, y tengo miedo. Sí, *miedo*: así como suena.

¡Qué cosas!

"Cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando..."

La estoy viendo, a la pobrecita... Tenía ojos bonitos, y una cara muy graciosa: recuerdo que le acaricié la barbilla...

Siempre me inspiraron lástima profunda y tierna compasión esas desgraciadas.

Me acerco a Don Fulano, y con disimulo le pregunto "qué piensa hacer".

—Mañana lo pensaré—me contesta.—Chomón *está bien* en la cárcel—agrega:—*no puede sucederle nada malo.*

¡Vaya una filosofía! ¡Pues es consoladora de verdad! ¿Pero qué gente es ésta?

Yo veo a Don Fulano muy huraño.

Hay que tomar una decisión, y la tomo: me echo al coleto dos *dobles* de coñac, para *entonarme.*

A pesar de eso—no lo puedo remediar—siento gran desasosiego.

—¡Yo soy muy hombre, hijos de tal...! ¡Y lo sostengo...! ¡El que sea guapo, que salga... ¡Ea... papo!

Quien así grita es Casimiro, que lleva las bestias a la caballeriza. Antes de amarrarlas, clava con furia el corvo en un horcón.

La *autoridades* celebran aquello con grandes risotadas...

Creo que nos vamos a *divertir.*

¡Dios proteja a la Inés!

(Suspendo ésta porque estoy muy nervioso.)—*Corresponsal ambulante.*



El Doctor Patrocinio Guzmán T. y nuestro Corresponsal Ambulante

SAN VICENTE, octubre 8.—Señor don Arturo Reyes, Director propietario de *El Imparcial*. San Salvador.—Mi muy estimado amigo:

En una carta del *Corresponsal ambulante* de tu importante Diario, publicada con el título: *En el umbral del Infierno*, en el número 226, correspondiente al 6 del que corre, refiriéndose al respiradero volcánico que existe en jurisdicción de este departamento, en las faldas del Chichontepeque, y que se conoce con el nombre de El Infiernillo, aquel simpático escritor dice: que a su pregunta, "¿No ha venido el Gobernador a ver ésto?", su interlocutor le contestó: "No, que yo sepa".

Si fuera verdad que yo, como Gobernador de este departamento, me hubiese descuidado de conocer ese curiosísimo y, bajo todos puntos de vista, interesante lugar, no cabe duda que merecería un severo reproche; tanto más cuanto que, como recuerda el amable Corresponsal, cuando estuve

en Europa escribí sobre la industrialización de los ausoles, precisamente pensando en esta clase de fenómenos que tanto abundan en nuestro territorio, y entre los que, acaso sea el más interesante, este llamado El Infiernillo; pero es el caso que, no sólo procuré conocerlo, sino que me he preocupado mucho por ver si fuera posible sacar de él algún positivo provecho de significación para San Vicente y el país, no como fuente productora de energía eléctrica, porque eso sería un sueño irrealizable entre nosotros por ahora, pero sí como fuente de salud para el tratamiento de algunas enfermedades, para las cuales se me ha asegurado que las aguas de El Infiernillo tienen admirables virtudes curativas.

En el estudio correspondiente, he tratado de interesar a algunos médicos amigos, de prestigio científico y también he hablado con algunas personas adineradas, interesándolas en organizar una sociedad con el fin de establecer un sanatorio y un hotel en las inmediaciones del respiradero, poniendo a disposición de quienes quisieran visitarle, un medio fácil de transporte, en el corto trayecto que lo separa de la estación ferrocarrilera de Molineros. Mis iniciativas sobre el particular, desgraciadamente, no han encontrado ningún eco hasta hoy, porque aun no hay ambiente entre nosotros para esta clase de empresas que no son de asegurado rendimiento inmediato; pero me felicito de que el *Corresponsal ambulan-*

te me haya dado ocasión de escribir la presente, y ojalá que logremos llamar la atención sobre esta riqueza inexplotada.

No sólo he conocido El Infiernillo, y me ha interesado como dejo dicho, sino que, como primera autoridad civil del departamento, habiendo permanecido algún tiempo, hace poco, aquel respiradero, en casi completa inactividad, inquirí de algunos vecinos el motivo; y habiéndoseme asegurado que éste era, la obstrucción de la boca principal, causada por unos pedruzcos, suponiendo que tal obstrucción podría dar lugar a fenómenos sísmicos peligrosos, mandé a limpiarlo para que volviera a su acostumbrada actividad.

Te ruego dar cabida a estos renglones en tu acreditado Diario, si para ello no tienes inconveniente, con mis súplicas para el estimable Corresponsal ambulante, de hacerme cuantas indicaciones le sugiera lo que vea y oiga, en su jira por éstos, que graciosamente llama "mis dominios"; en la seguridad de que, en cuanto de mí dependa, si son dirigidas al progreso, buen nombre y prosperidad de estos pueblos, las atenderé, en la medida de mis posibilidades.

Con anticipados y muy sinceros agradecimientos por tu deferencia, quedo como siempre, tu Afmo. amigo y S.S.—*P. Guzmán Trigueros.*



Política, ciencia y otros excesos

LOS INFIERNILLOS, octubre 5.—Estoy aplanado, mal, delicadísimo. Me han ocurrido mil cosas desagradables, pero como también tienen su lado cómico, trataré de referírselas. ¡A ver si así distraigo mi preocupación y engaño la murria!

En cuanto escribí mi anterior—poco antes del almuerzo—salí de mi cuarto y continué anegando con el inagotable bálsamo las tripas de las autoridades locales y colonos, que por cierto de todo hablan menos de irse.

La señora Engracia está muy atareada y no trae más botellas de la "bebida verde". ¿Se habrá acabado ya? ¡Dios lo quiera!

Creo de mi deber hacer acto de presencia en el cuarto del festejado, y allá me dirijo.

La atmósfera está muy caldeada: se respira humo infecto.

Me presentan a otros dos señores que llegaron hace un rato: el uno es de Apastepeque y el otro de la Cabecera. Ambos son tinterillos.

Aquellos señores llevaban como a la mitad la primera caja de licores, y tenían las lenguas muy sueltas (Alguna... estropajosa ya).

La mesa que antes ocupara el camarín del Santo estaba llena de botellas vacías y a medio vaciar (Se me había olvidado contarle que antier, último día del novenario, se improvisó un altar en uno de los extremos del corredor—donde hace esquina—y se trasladó allí la imagen del Seráfico patrono).

Cuando yo entré hablabán todos a un tiempo, echaban más humo que los infiernillos y escupían como una embarazada de dos meses (O como seis).

Callaron al verme: me pareció que hablaban de política.

Uno de ellos—el de Apastepeque, que se las echa de vivo y de chistoso—dijo por disimular:

—¡Pues sí, señores! Niego que el chapulín que ahora nos visita sea el Shistocerca *cacarico;* pero quisiera conocer la opinión de este joven ilustrado...

—Yo no sé una palabra de Ginecología—le respondí devolviéndole la pelota:—la Obstetricia siempre me dió náuseas... Sin embargo, si el señor se empeña en conocer mi opinión, diré que me inclino a creer que el *tatarica* es primo hermano del *chacuatete* y tío segundo de la *esperanza,* conocida madrastra de los grillos.

Los dos más *alegritos* tuvieron la amabilidad de celebrarme la ocurrencia.

—Estamos de acuerdo—asintió el chistoso—y opino que esta comunidad de pareceres, harto rara en dos diputados, merece un trago.

Se levantó y llenó de coñac siete copas dobles.

—¡A la salud del simpático corresponsal de El Imparcial!—dijo, y bebimos todos.

—Gracias, señores—dije yo,—pero el señor se ha equivocado: yo no soy diputado.

—¡Pero lo será en cuanto tenga la edad! Aquí todos somos diputados, aunque sólo uno en *actividad*—un servidor,—con grave pesar de los otros cinco. Nos comprometemos todos a conseguirle una curul...

—Te equivocas si crees que estoy pesaroso—replicó el de Catarina.—Estoy, al contrario, muy contento...

—¡Eso dices tú! Anda y cuéntaselo a tu abuela... Le habilitaremos la edad si es preciso—continuó dirigiéndose a mí.

—Y usted llegará muy alto—agregó otro.

—O muy bajo—decía yo para mis adentros, pensando en el subterráneo de San Vicente.

Afortunadamente en aquel momento llegó la comadre de Verapaz anunciando que el almuerzo estaba listo.

Se le hizo una ovación; llenáronse de nuevo las copas—para ella también—y se bebió a la salud de la simpática señora...



Pasamos al comedor. Me quedo atrás con Don Fulano y veo que a pesar de las repetidas libaciones el señor continúa preocupado. ¿Tendrá el *guaro triste?* Me contagio y tomo asiento, algo *achorcholado*, en un extremo de la mesa.

No le daré detalles del suculento almuerzo porque no estaba mi ánimo para nimiedades. Sin embargo—la pícara costumbre—observo cómo devoran y beben aquellos caballeros. El de Apastepeque se sirve ocho o diez pepinillos en vinagre (*cornichons*) y se los come sin arrugar la cara...

Muy pronto blanquea la osamenta de los pavos... Crujen en seguida las costillas del carnero (Siento deseos de llamarles *antropófagos*)...

Llega el arroz en leche rebalsando de una fuente enorme.

Aquellos señores, antes tan alegres, se han quedado tristes...

La señora Engracia—¡horror!—pone sobre la mesa una botella de pippermint... Todos alargan sus vasos... "para que no les haga daño el hartazgo", dicen.

No recuerdo cuál de ellos, después de eructar, dice algunas picardías del Gobierno.

Uno le hace guiños, y me señala a mí...

El del regüeldo me pregunta a boca de jarro:

—¿Es usted del... Casino?

—Sí, señor. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Po... por nada (Da dos cabezazos y se rasca una oreja).

—Le advierto a usted que en el Casino hay personas muy decentes...

—Sí... cómo no... Yo... conozco dos o tres...

Yo tenía una *barbaridad* en la punta de la lengua y la botella de bálsamo en la mano, cuando Don Fulano se interpuso. Se levantó y todos lo imitamos... Y si no, ¡guay de ese bruto!

La amabilísima comadre terció también muy oportunamente; ofreció mandarnos el café al corredor, y yo me escabullí y me metí en mi cuarto...

—¿Espía yo? ¿Yo, *oreja?* Así recapacitaba apretando los puños... ¡Sólo eso me faltaba!

Le mando estas impresiones fresquitas.

(Pueda que les sienta olor a *bolo.*)

Dicen que esta mañana, el que barría el patio, exclamó al ver nó sé qué ensaladas: "*¡A güen!* ¿De cuándo acá se han vuelto verdes los zopilotes...?"—*Corresponsal ambulante.*



LOS INFIERNILLOS, octubre 6.—Cuéntase que los romanos dividían los días del año en faustos e infaustos o nefastos. Creo que Pero Grullo hacía lo mismo, mas yo—y no es por afán de distinguirme—los clasifico en malos y peores, o si le gusta a usted más, en peores y pésimos.

¡Oh! ¡Ese cuatro de octubre...! ¡Y pensar que así se titula uno de los mejores "cuadros" de Pereda!

El patrón se fue ayer para San Vicente. Díjome que iba a averiguar lo de Chomón, y me prometió estar hoy de vuelta, pero ya es tarde y no parece. Probablemente continuaré en esta ansiedad hasta el lunes, pues se dice que habrá grandes peleas de gallos el domingo, y eso no se lo pierde mi huésped así se hunda el universo.

Fiel a mi obligación y a mi promesa, continuaré la crónica de aquel día infausto: lea pésimo.

Luego que los invitados durmieron la mona, la



diligente comadre se dedicó a la ingrata tarea de despabilarlos, distribuyendo al efecto dos o tres litros de refrescos por barba.

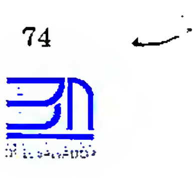
A eso de las seis montamos todos a caballo, para trasladarnos a Verapaz y asistir al baile protocolar que desde tiempo inmemorial le obsequian en este día sus compadres a Don Fulano.

En el camino charlé un rato con la buena señora. Me mostré encantado de estos lugares y más que todo de la nobleza de sus moradores... (Lo decía de buena fe porque hasta la fecha no he encontrado sino dos excepciones: el Comandante y Casimiro.)

La señora se hizo lenguas de su compadre. Dice que es un hombre excelente, honrado, servicial y trabajador, aunque un poco... enamorado... ¡Ji, ji...!

—Usted se habrá fijado bien en esa finca—me dijo.—Es una riqueza. Allí hay de todo: aquello es un verdadero *monopolio* (Supongo que la amable señora quiso decir miscelánea, acaso *emporio*, o cosa parecida).

El diputado "en actividad" buscó una ocasión y me echó pesca. El pobre señor—que según las malas lenguas suda tinta para escribir una carta,—siente profunda admiración por los periodistas. Me cuenta que "nosotros"—supongo que se referirá a "ellos", los diputados—estaban animados de las mejores intenciones y que acariciaban proyectos colosales, "pero...—aquí baja la voz—



en este país no se puede hacer nada. Los que mandan se *infátuan*, y han hecho de la Augusta Representación... lo que han querido".

—*No nos dejan* discutir ni las cosas más importantes. No me refiero al empréstito, porque la verdad, entre nosotros no hay quien entienda de eso, sino a un artículo del Pn—un inciso nada más—que yo quería que se reformara... ¡Pum! ¡Carpetazo! Y sin discusión... ¿Qué es eso, señor? Yo quisiera que usted dijera algo.

Yo digo que este gobierno hubiera sido mejor a no ser por esos pícaros de la oposición, ¡los eternos ambiciosos!, que le distraen su atención de cosas más importantes, perjudicando al *páis*. Y es que aquí ya no se castiga a nadie...

Y *nosotros sacrificándonos*. ¡Nueve meses de lucha! Yo creo que vamos a empalmar este año con el otro... Aseguran que *lo han ofrecido*...

—Después de nueve meses..., lo menos que puede hacerse es... parir o reventar—le digo yo.

—¡Pues claro!—añade él, muy serio.

Afortunadamente, hemos llegado. Nos apeamos en uno de los soportales de la plaza. Sale a recibirnos una muchacha gentil, aunque esmirriada y desteñida. Dicha señorita es la ahijada de Don Fulano.

Poco después me la presentan advirtiéndome que es una gran poetisa...

—¡Oh, no...! Mi lira es muda...—protesta ruborosa.

Figura retórica no más, pues apenas hemos entrado a la tienda, la poetisa le endilga un soneto "dadaísta" a su padrino (Aplaudimos rabiosamente)...

Me presentan a varias señoritas y caballeros.

Tomo asiento cerca de una señora ya machucha, y al compás de una mazurca que toca una pareja de aserradores—al menos eso me parece a mí—me habla del asunto del día: del "horrible crimen del Beneficio de Acahuapa".

—¡No sé qué ola de crimen nos invade! Vea que yo ya he visto mucho, aunque no cuento más que treinta años; pero asesinatos como éste la horrorizan a una... Figúrese que a la pobre mujer —*una de esas*...—la hicieron pedazos y después la quemaron...

Francamente, el cuatro ha sido un día amargo para mí.

La orquesta comienza el asesinato de un foxtrot, y con permiso de mi compañera—que no puede bailar porque está de siete meses—voy y saco a una larguirucha *jiluda* que desde ha rato me lanza miradas ardientes.

—Le *alvierto* que yo no *puedo bien* el *fostró* ni *el guanesté*—me dice.—Y ustedes los de la mancha brava bailan divinamente todo eso.

—¡Oh...! Esas son... exageraciones que andan por ahí (Me doy tono haciéndome pasar por *mancha brava*)...

—Si le parece le pediré a mi papá que toquen una polka.

—¿Su papá?

—Sí; es el director de la orquesta, aquel que toca el clarinete...

—¡Como usted guste! Parece que estos lugares encantadores son muy tranquilos y viven ustedes muy contentos, ¿eh?

—¡Cállese...! Antes no digo que no, pero ahora con el tren, ¡ay!, esto se está poniendo perdido... ¡Figúrese que vienen hasta limpiadores de zapatos! Y... ¿no ha oído hablar usted del espantoso crimen del Beneficio de Acahuapa?

Siento deseos de huír...

Busco con los ojos a mis compañeros y los veo felices, en el *buffet*, junto al mostrador, el que han sacado al corredor y está lleno de botellas que ellos vacían concienzudamente.

Bailada la polka invito a la poetisa—era un deber ineludible—y la zarandeo al compás de un one-step. Me declara que su sueño dorado es volar, y yo le digo que con un poco de régimen no es difícil... Luego me confiesa que ha mandado unos versos a *Espiral*, y me suplica que me interese para que se los publiquen, lo que le prometo y cumplo gustosísimo.

Después me recita *sotto voce* una composición suya a la Libertad. Yo creí que se trataba del puerto, pero resultó que era de la *otra*, de nuestra "bella desconocida". Sólo recuerdo que empie-

za así: “Libertad! Libertad! Tú eres la llama...” Tengo idea, sin embargo, de haber oído eso en una distribución de premios.

Me escabullo como puedo. Encuentro una hamaca, me acomodo en ella, y de allí me sacan para montar y regresar a esta finca...

(Por no alargar ésta demasiado, no le cuento la horrible pesadilla que he tenido.)—*Corresponsal ambulante.*

El mayor monstruo

LOS INFIERNILLOS, octubre 7.—Continúo sin noticias de Don Fulano: ya puede usted imaginarse cómo estaré. Las espero esta tarde. ¡Qué cierto es que "el que espera desespera"!

Cada vez que se abre la puerta se me figura que es Chomón, el "mesías" que yo aguardo lleno de ansiedad.

Anteayer hubo un escándalo mayúsculo. Casimiro se *agenció* una botella de no sé qué, y en cuanto el patrón se largó, se puso la gran papaina.

(Parece que la botella se la llevaba uno de los diputados cesantes, y que él se la extrajo de las alforjas, sin duda con el piadoso fin de obtener cien días de perdón.)

El caso es que cuando menos lo pensábamos, Casimiro entró en la cocina, cogió a la Inés por las trenzas, y se dispuso a barrer con ella el patio.

Afortunadamente estábamos ño Chon y yo—ño Chon es un viejo criado jubilado que hace las ve-



ces de mayordomo—y pudimos evitar una catástrofe.

Él pretendía arrancarle su víctima a Casimiro por las buenas, pero yo fuí de opuesto parecer. Cogí una tranca y del primer estacazo lo dejé tendido. Creí que lo había matado, mas por desgracia no fué así: le echaron encima unos cuantos baldes de agua llovida y volvió en sí.

La Inés, maltrecha y rota, se metió llorando en su cuarto.

La señora Engracia, muy seria por cierto, pretende explicar lo ocurrido echándome a mí la culpa. ¡Bonita está la cosa! Todo el cuento es porque yo le regalé la ropa de *la muerta* a la infeliz molendera. ¿Pero qué iba a hacer yo? Me daba pena verla tan sucia, casi desnuda, y sin intención pecaminosa le obsequié aquellos trapos—que para ella eran una necesidad y hasta un lujo—y para mí un estorbo. Nunca me imaginé las consecuencias.

El ama de llaves menea la cabeza con desconfianza: no está convencida. Dice que en todo caso debí consultar con ella...

¿Pero cómo se pudo imaginar ese animal de Casimiro—casi bruto o bruto entero—que tengo amores con la Inés?

Cierto es que soy muy *democrático*—aunque no pertenezco al P. N. D. (1)—y demócrata de ver-

(1)—P. N. D.: Partido Nacional Democrático o Liga Roja, de infelicísima memoria.



dad, sin ir gritándolo por ahí, pero... no es para tanto.

Pienso como aquella duquesa que nunca iba a misa, y que un día que su capellán la reprendía, le dijo: "Dios no me puede exigir que me llene de piojos".

También tengo presentes las palabras del héroe de Zorrilla:

"Yo a las cabañas bajé,
Yo a los palacios subí,
Yo los claustros escalé,
Y en todas partes dejé
Memoria amarga de mí..."

Y es más; estoy de acuerdo con Tenorio y con Mañara; pero en el caso presente veo la cuestión desde el punto de vista estomacal, primero, y segundo, que no quiero ser "tercero", ni en discordia ni en... nada, porque han de saber ustedes que el sinvergüenza de Casimiro comparte con otro los favores de la Inés.

Señor corralero y zacapín: está usted en un error. Su Maritornes no es repulsiva, tiene ojos bonitos, no está del todo ajada, pero... no tiene dientes; se me figura que le apesta el aliento, y aunque yo haya hecho mi cura de pippermint, no respondo hasta ese grado de la resistencia de mi estómago.

¡Pues estoy divertido!



Para colmo, noto que la señora Engracia, transformada en Argos, me vigila con disimulo... ¿Habráse visto? ¡Maldito sea el *eterno femenino!*

Ayer, como quien dice, un Comandante me pone en grave aprieto. Después tócale el turno a una vieja envidiosa—iba a decir celosa—y ahora es la vez del corralero, del tal Casimiro, quien halla natural que su dama favorezca a otros patanes como él, y se enfurece porque la pobre me sonríe en pago de unas faldas viejas...

¿Y qué pensabas tú, pedazo de bárbaro? ¿Crees que yo no tengo derecho al amor?

Pues para que lo sepas, allá, al occidente, a orillas del turbio y murmurador Acelhuate, no digo una "Flor de Té" sino varias, suspiran por mí a pesar de la legendaria *exhaustez* de mi bolsillo, dicho sea en honor de ellas...

Y una señora copetona, de esas que van al teatro cubiertas de brillantes, me mira con ojos tiernos y prometedores...

Yo no soy ningún José. Tampoco me he encontrado nunca con *Madame* Putifar, pero tengo mis ideas y hasta el día he logrado que triunfe mi razón.

Ahora—esto se lo digo confidencialmente,—si continúo comiendo así, no respondo...

La señora Engracia no sospecha que con sus platitos sustanciosos se pone en grave peligro. O... ¿lo sabe demasiado, la muy taimada? ¡Averígüelo Vargas!



Lo que sea... sonará.—*Corresponsal ambulante.*

Nota.—Bauticé esta crónica titulándola "El Mayor Monstruo", pero no crea usted que aludo sólo al de D. Pedro Calderón de la Barca—"los celos",—no. He querido señalar también el flagelo nacional: el *guaro.*—Vale.



La noche del sábado

LOS INFIERNILLOS, domingo 8 de octubre.— Continúo en la oscuridad más absoluta a pesar de que el sol brilla magnífico sorbiendo sediento las gotas de rocío que cual fúlgidos diamantes tiemblan púdicas prendidas en los pétalos de modestas florecillas...

Perdone la abundancia de esdrújulos y lo forzado del estilo, pero acabo de leer la guasa aquella de *"Apenas avía el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos..."*; y además, me siento poeta a pesar de mis preocupaciones y de la nochecita que he pasado.

¡Cosas de la edad, don Arturo! Usted sabe que no he cumplido aún los veintitrés, aunque en estos momentos, a causa de mi barba de once días, tenga cierto parecido con el padre Ciriaco, aquel varón insigne que distinguía en la *virgüela* los períodos *febrífugo*, *eructivo* y el de la *choquera*. Discúlpeme, pues.



Yo a usted lo considero como a un padre—entiéndase *papá*—y no le ocultaré nada aunque se me caiga la pluma de vergüenza.

Casimiro, con la cabeza vendada y la camisa manchada de verde—creo que lo curan con pippermint—continuaba ayer con sus amenazas, las que hacía de un modo embozado, canturreando tonadas sanguinarias y *alusivas*, de esas en las que "por una infame mujer uno se pierde", y en las cuales no falta aquello del presidio y de cadenas que suenan lúgubremente.

Sin que aquel bruto se percate—ño Chon es la prudencia personificada—me entrega éste una escopeta vieja con honores de trabuco, que por cierto se va del seguro.

La señora Engracia, muy conmovida, declara que no quiere que ocurra una tragedia—¡Ave María Purísima!—y me suplica que cambie de cuarto, al menos esa noche. Ella teme un atentado. Me ofrece apagar temprano las luces—así llama al farol del corredor—y venir en mi busca para llevarme a un escondite seguro.

Yo no tengo voluntad y la dejo hacer...

Me encierro pronto, pero escucho alerta. Oigo a ño Chon que sermonea a Casimiro. Este animal le responde que no sabe qué respetos o escrúpulos me salvaron la vida—yo sí sé que se llaman "tranca"—y jura que se las he de pagar todas juntas. "¡Vaya, hombre! Dejaría de ser quien

soy si no me atraco un día con *los hígados* de ese tal...!" Así dice.

La verdad, no es agradable oír hablar de uno en términos tan despectivos, ni que se expresén de nuestras vísceras con tanto menosprecio o *apetito*. ¿Habrá caníbal?

Vislumbro un farolito errante allá por la caballeriza: sin duda están *zacateando*.

Luego escucho un "buenas noches" seguido de un bostezo... Oigo una puerta que se cierra...

Chilla una lechuza y después, nada... Es decir, casi nada, porque un grillo, quizás muy joven o tal vez muy viejo, rasca aburrido la única cuerda de su *stradivarius*.

Apago mi luz. Tres, cuatro o veinte murciélagos retozan en mi cuarto.

¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Media hora? ¿Una hora? No lo sé...

Golpean a mi puerta suavemente: yo no chisto. Repítense los golpes, más discretos...

—¿Quién?—pregunto desconfiado y en voz baja...

—Soy yo...—me responden dulcemente (Es la señora Engracia).

—¿Qué hay, señora?

—Vengo a sacarlo, como *se convino*...

¿Qué pasó por mí? ¿Fué miedo? ¿Curiosidad insana? ¿Exceso de...?

No lo sé ni lo comprendo todavía... Usted no me comprenderá tampoco.

¿Quién pudiera comprenderme? ¡Ah! ¡Sólo cierto amigo malogrado, que por desdicha mora ya entre los muertos!

¡Sí, don Arturo! Cuando yo me dí cuenta estaba en el cuarto del ama de llaves, quien cogió precavida la más grande, la metió en la cerradura y le dió dos o tres vueltas.

Y... allí amanecí.

He dormido poco y mal. La pobre mujer tenía más miedo que yo y me despertaba a cada rato.

Por Dios, no vaya usted á pensar nada malo...

"Yo no digo que siempre que estén juntos,
Un mozo y una joven en un lecho,
Se ocupen sólo en discutir asuntos
De historia, de moral o de derecho..."

De seguro que esta cita le habrá venido a las mientes, mas... no viene a pelo en mi caso, porque la señora Engracia no es ninguna joven, ni... tan vieja como yo creía (Cuarenta nada más: me lo ha jurado).

Y me he convencido también de que no debemos juzgar por las apariencias: créame que hay personas *engañosas*...

La pobre mujer me ha jurado que sólo el peligro gravísimo que yo corría pudo decidirla a ese acto de abnegación sin precedente... Me ha jurado que jamás hombre alguno pisó el umbral de aquel santuario (En lo del *santuario* no miente, porque

yo conté hasta treinta y siete estampas surtidas de diversos santucos, sin incluir los de bulto)...

Y me juró también que fuí el primero... ¿A qué seguir?

Cuando cantaron los gallitos a las cuatro a. m. "creímos prudente separarnos", y regresé a mi cuarto (La Inés, bostezando y desgreñada, entraba a la cocina)...

Esta mañana, mientras me servía el desayuno, la... Engracia me llamó de *tú*: por eso le suprimo el tratamiento.

Siento una cosa inexplicable; algo así como *ixtacayotes* en la cara.

Pero estoy decidido. Si esta tarde no recibo noticias, malas o buenas, al no más ponerse el sol me pondré en marcha. ¡Sí! *La noche del sábado* habrá sido la última que pase en este encantado castillo...

Me ruboriza y me encocora, ¡voto a sanes!, que Don Quixote resistiera a Doña Rodríguez y yo no...

Me voy de Capua, don Arturo.

Mas... hálleme donde me hallare, usted tendrá siempre noticias de su fiel y asendereado.—*Corresponsal ambulante.*



Consuelos y Consejos

Adiós a Capua

LOS INFIERNILLOS, octubre 9.—Estoy de nuevo a sus órdenes en la finca de "arriba".

No crea usted que pienso lanzarme al alpinismo; no. Le contaré.

Mi decisión de marcharme era irrevocable *de verdad*—no como ciertas renuncias—y así se lo manifesté a la señora Engracia, a quien no sólo le devuelvo el tratamiento sino también su buena fama, pues hay mucho de exageración en lo que escribí en mi anterior (La lectura del gran libro de Cervantes me tiene un tanto desequilibrado, así es que le ruego rebajar la mitad y un poquito más).

Ayer me convencí de que el cariño que la señora me ha tomado es completamente desinteresado y casi maternal. Lloró como una Magdalena al conocer mi determinación, pero estuvo a punto de expirar cuando la enteré de lo que me comunicaba el patrón. Porque al fin llegaron las sus-



piradas noticias, y demasiado pronto—¡ay!—pues que son malas.

Con letra clara, muy igual y pocas faltas de ortografía, Don Fulano me dice lo siguiente:

"Estimado amigo: por mis muchas ocupaciones no le he dado antes noticias mías y con ellas otras que han de interesarle más. Allá van, aunque no son todo lo buenas que habría yo deseado.

Un peso falso que usted dejó olvidado sobre la mesa del cuarto del Hotel ha puesto a la Policía sobre una nueva pista, sin que ello signifique que el Comandante de Cutenampa esté ahora en mejor postura. Sucede que la tía de la muerta declaró que la infeliz muchacha no llevaba sobre ella más que un duro falso; que la vieron hablando con usted en la barbería del valle; que poco después regresó la interfecta, sacó unas prendas y dijo a la declarante que volvería en seguida, pero que ya no la vieron más.

Claro que no aseguran que sea usted ese sujeto, ni conocen su nombre; pero desgraciadamente las señas que dió el barbero concuerdan—color de la ropa, zapatos, sombrero, corbata, etc.—con las que dan en el Hotel de "el joven del duro falso", que así le llaman a usted en los papeles, como verá por los que le mando. El detalle de la bamba y la precipitada huida de usted han despertado las sospechas de la Policía.

Sé que mañana lunes se dará la orden de captura *en regla*, y aunque usted sea inocente de tan



horrendo crimen, como la pérdida de la libertad es muy dura, por corta que sea, y un proceso es siempre largo, molesto y caro, creo que lo mejor es que usted se ponga en seguridad inmediatamente.

Falta aún lo peor. Uno de los amigos que estuvieron con nosotros el día de mi cumpleaños—el que le preguntó si era usted socio del Casino—se ha disgustado mucho por una broma de usted, que él califica de pesada. Le acusa de haberle extraído de las alforjas, ya para venirnos, un *zope* de Ginebra, *medicina* que él toma como diurético; ha hablado un poco más de la cuenta en el Hotel y en los gallos—entre paréntesis, las peleas resultaron magníficas—y como aquí abundan los *orejas*, sin que de ello se preocupe la Dirección de Agricultura, temo que sospechen ya que anda usted por allí, a lo que habrán contribuido las declaraciones de Chomón, quien jura y perjura que el pañuelo de la difunta lo halló cerca de la casa de la Hacienda, lo que por desdicha es cierto. Chomón saldrá mañana bajo fianza: yo la daré.

Según informes, los detectives se pondrán en camino esta noche, si no llueve, o mañana al amanecer; así es que yo opino que usted debe ponerse en salvo sin pérdida de tiempo.

En Bellavista, la finca de "arriba", tendrá usted menos comodidades, pero estará más seguro. Cuente desde luego con la discreción más absoluta. y el buen trato de Cleto. Puede llevar libros, una

hamaca, ropa de cama; todo lo que guste. Por lo que *potis contingere* le ruego aceptar esos treinta colones, pues me imagino que no andará muy sobrado de recursos (1).

Yo llegaré por allí el martes, porque el lunes hay peleas extraordinarias y pienso desquitarme: me comunicaré con usted en cuanto llegue.

Tenga paciencia y sobre todo mucha prudencia.

Aquí dejaré a algunos amigos el encargo de tenernos al corriente de las cosas.

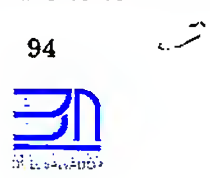
No pierda la moral, que es lo peor que puede acontecer en estos casos. Para su tranquilidad le hago saber, "*que con la ley en la mano no le pueden aplicar a usted la pena de muerte: todo lo más, cadena perpetua*".

Reciba un atento saludo de su afectísimo amigo q. e. s. m.

Postdata.—Si por desgracia llegara a caer usted en manos de la justicia—lo que no permita Dios—le ruego no decir de qué manera lo encontré y lo llevé a esa Hacienda. Cuente usted que llegó por su pie, *vestidito de hombre*, con una recomendación de... (Aquí un nombre que no me creo con derecho a hacer público).

Otra.—(Detalle muy gracioso.)—El peso falso no pareció hasta que los periódicos contaron lo

(1)—Cavilando en el oportuno auxilio de los 30 colones, caigo en la cuenta de que Don Fulano ha valuado en 50 centavos cada una de sus **panzas**, puesto que tenía 60 cabales. Bien podría haberse corrido hasta el peso...



declarado por la tía de la Inocente, pero no pareció él solo, sino con familia. Se ha repetido el milagro de las muelas de Santa Polonia. Dicen que la Policía ha recogido ya más de treinta, y ninguno de plata. Sucedió que el criado que encontró el famosísimo duro, en cuanto vió que era falso, lo presentó a la autoridad, y parece que el Gobernador tuvo la generosidad de darle en cambio uno bueno.

Ciertamente, es un deber del poder público estimular la honradez, que se va haciendo muy rara en estos tiempos.—*Vale.*"

¿Qué tal? ¿Qué le parece a usted mi situación? Divertida, ¿eh?

El ama de llaves reaccionó en el acto. Al principio me aconsejaba llena de ternura que pasara allí la noche, pero poco después se multiplicaba la pobre apresurando los preparativos de mi marcha. Pronto quedó arreglada una *maleta* con la ropa de cama y algo más que puso dentro la cariñosa mujer, pues mi equipaje personal se reduce a lo encapillado.

Atiborró las alforjas de multitud de pequeñeces, ninguna supérflua por cierto, cuyo valor únicamente conocen las madres cariñosas y los hombres *veteranos*...

Después de una despedida tierna y al tenor de las circunstancias—le aseguro que nada tuvo de cómica—guiado por Chico y alumbrado por el lucero Venus, que en esta época no es *nixtamale-*

ro, tomamos el camino de estas alturas, dando un rodeo para mayor seguridad.

Ahora envidio a los que creen en *algo*.

Yo no creo más que en la imbecilidad humana y en aquello de Hobbes: "El hombre es el lobo del hombre..."—*Corresponsal ambulante*.

Pero lo del flemón es miel sobre hojuelas comparado con lo que he leído en los papeles que me mandó Don Fulano.

Al coger el primer número de La Prensa tuve cierta satisfacción al leer que el Gobernador General de las Islas Filipinas hace la propaganda en favor del consumo de la locusta aérea, y da varias recetas o fórmulas para prepararla (Ya ve usted que yo no andaba muy descaminado en mi crónica enviada desde Michapa, y que le hablaba en serio, lo mismo que ahora).

Ojalá que el Gobernador del Infiernillo y sus regiones haya tomado nota y obligue a sus súbditos—al menos a los del cantón Guancín—a comer ortópteros. Pienso que una vez que le tomemos el gusto al chapulín, seguiremos con el chacuatete, y acabaremos por último con esos enemigos jurados del sueño: los grillos. Esto sería entonces una especie de Síbaris...

Mas... ¡qué sabio fué el que dijo: "después de un gustazo, un trancazo"!

Estoy horrorizado con los pormenores que he leído del "horrible crimen del beneficio de Acahuapa". ¿Pero es verdad todo eso, don Arturo? ¿No serán exageraciones de esa prensa que vive del escándalo y de la inicua explotación de un pueblo estúpido? Porque yo no puedo creer que llegue a tanto la maldad humana. Robarle a una infeliz un duro falso, y para ocultar la falta cometer uno de los asesinatos más horrendos que

recuerda la historia... ¡No! No puedo creerlo. ¿Qué clase de fieras se hacen pasar por hombres? Descuartizar a una muchacha, y luego quemarla como si se tratara de una novilla *accidentada*... ¡Eso es espantoso!

En lo que sí tiene razón la prensa es en pedir un castigo ejemplar para el monstruo autor del asesinato. La pena de muerte está indicada, aunque es poco.

"Incendio seguido de muerte", creo que dice la ley. El caso de ahora es la recíproca: "muerte seguida de incendio". Viene a ser lo mismo por aquello de que "el orden de los factores no altera el producto".

¿Será el hechor el Comandante que intentó seducirme en Ixtepeque? Siento escalofríos al pensar en el peligro que he corrido... ¡Dios me iluminó cuando se me ocurrió leerle al asesino aquel número viejo de La Palabra (Le suplico darle las gracias en mi nombre al Director).

Maldigo, sin embargo, de la ligereza con que a veces proceden los periodistas, la que además de entorpecer la acción de la justicia, como en el caso presente, echa sombras sobre una reputación inmaculada—hablo de la mía—y lo pone a uno al borde del presidio (Digo, a la puerta). ¡Eso es intolerable y protesto con todas mis fuerzas! Usted que está en el secreto de estos sucesos, ¿dígame si mi llegada al Hotel y mi huída de los polizontes justificará nunca la pirámide de ab-

surdos que sobre un hecho tan insignificante se ha levantado?

¡Que me digan en dónde está el guapo que se deja coger gustoso en las redes policíacas! El que sabe cómo las gastan esos señores, ¡claro que se pone en cobro a tiempo!

El encuentro del famoso duro falso no sólo no oscurece el asunto, sino que lo aclara hasta la evidencia. La difunta llevaba *uno* y a mí me da *uno* el Comandante. La difunta estaba enferma según reza la boleta, y por consiguiente "conforme a la ley" ella no podía acceder a la solicitud del Comandante... Naturalmente, este funcionario, libidinoso, encalabrinado ya, pensó desquitarse conmigo, y el muy... sátiro y muy sádico me ofreció en pago el producto de su crimen. ¡Qué horror!

El es; no me cabe duda. Yo podría confundirlo; mi declaración le anonadaría, pero... ¿quién me garantiza que no voy a soplarme unos cuantos meses de cárcel?

Además, *nuestras* ideas a ese respecto—hablo de las de la raza,—difieren mucho de las de los sajones, por ejemplo. Aquí jamás será bien visto que se ayude a condenar o castigar a un hombre —fuera de la política se entiende—por grande que sea su crimen, a menos que lo haga la parte ofendida. Pero éste no es mi caso. El delito que el militar quiso cometer en mi persona se frustró, y cae por desgracia dentro de lo que hemos dado



Historia vieja y triste, o viceversa

LOS INFIERNILLOS, octubre 13.—El patrón llegó anoche a la Hacienda y esta mañana ha venido Chico con una carta suya y varias encomiendas de la señora Engracia.

Don Fulano me cuenta que ha logrado despistar a los detectives que rondaban por allí, haciéndoles creer que me fui para Zacatecoluca hace algunos días, por el camino de El Caballito. "A estas horas deben de estar en Verapaz *telegrafiando*"—añade irónico. Dios se lo pague...

Me cuenta también que el Juzgado ha remitido a la capital, para su *análisis* en el "Conservatorio de Química del Museo de Historia Natural y Arqueología de la Dirección General de Agricultura y Patología Vegetal", los vestigios del crimen encontrados a orillas del Acahuapa, *consistentes* en un pedazo de cráneo con adherencias de masa encefálica; tres costillas, una tibia y un peroné; una taba; el tacón a medio chamuscar y la punta charolada de un zapato de mujer, y una cuenta

de vidrio que "bien pudiera" haber formado parte de una *soguilla* o de unas arracadas turcas, es decir, de las que venden los turcos (Se conoce que esos señores han leído el proceso de Landrú).

Francamente, al leer esos detalles se me erizan los pelos de la barba...

Como la hinchazón de la cara se ha corrido a estribor, parezco mesmamente un *huizayote*. Mirándome en el pedazo de vidrio sin azogue que ño Cleto guarda como recuerdo de su difunta, me encuentro cierto parecido con Luis Felipe—no mi apreciable colega de El Imparcial—sino el hijo de Felipe Igualdad, a quien los irreverentes revolucionarios del 48 llamaban "poire" con muchísima razón. Yo también tengo ahora cara de pera.

La señora Engracia me ha mandado varias cosillas pertenecientes al género "delicatessen"—Dios se lo ha de premiar—y además un poco de ropa. Diríase que ha sido hecha a mi medida si no fuera usada y ajena. Está limpia como el oro limpio. ¡Bienvenida sea y bendito sea Dios por haberme dado cuerpo de pobre! No extrañe usted que con tanta frecuencia miente ahora su Santo Nombre: es que no hay como la desgracia para acercarnos a El, y archisabido es que el camino del cielo está lleno de guijarros y erizado de espinas. Ya no me sorprenden las conversiones de última hora (En la única que no creo es en la de Talleyrand, porque era un tío demasiado inmoral,

muy cínico, y se me figura que murió mintiendo)...

El ama de llaves acompañaba a su remesa unos palotes, que una vez descifrados me han parecido más tiernos que los espárragos de Aranjuez. Copiaré el final, respetando la ortografía para que usted se enternezca más:

"Hayer comensé la nobena al Ceráfico señor San Fransisco no lo hei echo antes por que no la hayaba y pedí hotra a San Visente. Alcuérdese del gran Milagro que le conté la *noche del zusto;* tenga fe, yebe la cuenta y berá que a los nuebe diyas cavales se acavarán sus penas y lo beremos libre y contento por haquí. Tan vien ago la de San Calletano; no está de más.

Cuídese y enjáhuese con cáscaras de maquiligua y húntese esa mantequita que le mando. No haga caso del tufo. Sulla Engracia.

Se me olvidaba contarle que don Fulano echó a Casimiro causa la escandalada.—Vale".

Intrigado por lo de la ropa he sonsacado al señor Cleto y él me ha dado la clave contándome una historia que ha colmado la medida de mi tristeza y me hace más simpático al pobre Don Fulano, en quien comenzaba a ver un sér egoísta.

Ño Cleto habló más o menos así:

—El patrón fué casado con una señora muy buena, de Ilobasco. Tuvieron un hijo. La señora murió del segundo parto con todo y la cría, sin dar tiempo a que llegara el médico. ¡Qué desgra-



cia, señor! El niño Raulo quedó de un año. Las *niñas*—las hermanas del patrón—se lo pedían, pero él no lo quiso dar y sólo se los mandaba para las ferias, cuando íbamos a Sensunte o a San Miguel, o cuando le daban fríos y calenturas. Así se fué criando y fué creciendo...

Cuando tenía el niño como seis años, vino a la Hacienda la señora Engracia y ella le enseñó la cartilla. El muchachito era el mesmo diablo o la cola de Judas, pero todos lo queríamos (Ño Cleto calla un momento y se enjuga una lágrima)...

Desde chiquitillo le gustaba mucho andar a caballo, iba conmigo a todas partes, y por su gusto hubiera dormido sobre su *chiquirín*, al que cuidaba él solito. ¡Quién iba a decir lo que pasó después!

Yo digo que el mal estuvo en haberlo mandado al colegio tan pequeño, pero el patrón quería que el niño fuera abogado, como el abuelo... ¡Pero si no tenía necesidad, señor...! En fin, ahora ya no hay remedio (Otra pausa).

Los primeros años nada malo pasó, y el pobrecito venía en las vacaciones muy desmedrado, se conocía que pasaba hambres, pero aquí se reponía pronto, y pasaba mero contento, siempre con la escopeta al hombro, y por su cuenta yo no hubiera hecho otro oficio...

Cuando dijeron que se iba a graduar, fue el patrón allá, y después hubo aquí gran fiesta y vinieron las tías y mucho señorío...



Don Raulo entró a la Universalidá y entonces empezaron los disgustos...

El niño dió en gastar mucho, y sólo era pedir y vuelta a pedir..., inventando un día una cosa, y el otro otra. El patrón no es apretado, pero hizo averiguaciones y resultó que el niño no iba a clase; que se juntaba en el restorán de un tal Mercedes con unos perdidos que les dicen puetas y que escriben en los papeles contra nuestra religión (Creo que los excomulgó el señor Obispo)...

Por más que se hizo, el niño Raulo ya no tuvo compostura y se perdió de al tiro... Hubiera visto al patrón: partía el alma (Esa vez estuvo el pobre *chupando* más de un mes).

Avisó en los diarios que no pagaría las trampas de don Raulo, y lo desheredó ante el Juez, según dijeron entonces.

Un día apareció por aquí arrepentido (Hará como dos años). La señora de Verapaz que usté conoció hizo mucho, y el patrón lo perdonó, pero fué un demás.

Se portó bien como un mes; le mandaron hacer ropa, y trajo libros.

Una mañana ya no amaneció: faltaba la mula del patrón y mil pesos que tenía en la cómoda. Luego se supo que él se los había gastado con otros léperos en la feria de Cojutepeque, y desde entonces no se le ha vuelto a ver... Ahora dicen que anda por México...

Esa ropa que le manda la señora Engracia es la de él... Porque con usté serán de un porte y de una edá. Don Raulo anda en veinticuatro...

El patrón no quiso casarse otra vuelta, pero ha tenido varias mujeres. Por todo eso hay regados muchos hijos suyos, pero él no los reconoce. Hay quien cuenta que tiene veinte concubinas... Yo digo que son desageraciones: ¡ni que fuera gallo! Cuanti más que ya va pa los sesenta...

Es como lo que dicen de los presidentes: digo yo que han de ser *pitas*, o cosas de los *cumberos*... Porque da vergüenza, señor, pero usté no tiene idea de cómo abundan los alcahuetes...

Vea, cuando uno pasa de los cincuenta y tiene la mujer entera, apenas puede con la obligación... ¡A mí que no me cuenten historias...! Sólo que lo viera con mis ojos... Y quizá ni así.

(Estoy enteramente de acuerdo con ño Cleto.) ¿Y usted, don Arturo?

Por la tarde me ha dado un curso completo sobre el cultivo de la cebolla y de los ajos, que aquí en el volcán se dan muy bien, pero le haré gracia de ello: ya lo escribiré algún día en el Boletín.—*Corresponsal ambulante*.

Milagro "Venteado"

LOS INFIERNILLOS, octubre 14.—Hay días de color de rosa que se deslizan con encantadora placidez...

Dicen que algunos los ven azules (Cuestión del cristal famoso, digo yo)...

Bellísimo y tranquilo ha sido el de hoy... Me siento optimista, y tengo frío. Cansado de leer dejo el libro cuando pasa el tren de la mañana, y me dedico a la contemplación de la naturaleza, y en seguida a la de los "hermanos" *azacuanes*, que desde ayer están pasando en interminables falanges... Van al mar del Sur...

Admiro luego a ño Cleto en sus múltiples facultades. Este buen viejo me paga en confianza de buena ley la que yo he puesto en él, y ya no se recata de mí para dedicarse a su industria favorita: la fabricación de pólvora. Me dice que se acercan los mejores meses del año y que antes del primero de enero debe de entregar como 300 libras a los coheteros de los alrededores.

El azufre lo saca de los infiernillos; el carbón lo fabrica él, allá arriba, en la montaña, y el salitre lo extrae de un calichal que hay en una barranca próxima (Por supuesto, ni una palabra de esto, don Arturo. El patrón y ño Cleto se verían en líos con la Administración y hasta podrían sufrir vejámenes). Ahora empiezo a comprender por qué la apreciable comadre de Verapaz me aseguraba que esta finca era un verdadero "monopolio". ¿A que resulta que también hay *sacadera?*

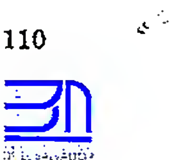
Yo ayudo en lo que puedo. Como la hinchazón de la cara me molesta aún, me limito a darle vueltas a un barril, sentado en un taburete (La fábrica está instalada en un rancho aparte, situado a unas cien varas de la casa).

Tengo una duda y quiero que ño Cleto me la disipe. Sucede que el "gran milagro" de San Francisco que la señora Engracia me refirió "la noche del *zusto*"—como ella le llama pudibunda—se me ha atragantado. Se lo pregunté a él en la seguridad de que no ha de engañarme, y me contesta así:

—Pues es tan cierto como que usté está *pavoneando* la pólvora.

¿A ver...? Diez días faltan para que se ajusten nueve años de la gran correntada que arruinó al pueblo. ¡Cabal! Pues en esos días sucedió todo...

La Lola Chiquillo se había casado un año antes con Rufino Durón, por mal nombre *Palojiote*, *matador* que tenía sus medios, pero muy bebedor



y busca pleitos. Creo que ni un mes le dió la miel a la muchacha...

Y comenzó el padecer de aquella pobre... Primero, regaños por todo, por nadas. Después fueron trompones, y a lo último, palos. Daba compasión la infeliz... De una gran arrastrada que le dió *Palojiote*, la Lola parió *fueretiempo* y se vido a la muerte.

Cuando se levantó—la pobre parecía un esqueleto—empezó a hacerle la novena al Santo Patrono de la Hacienda, para que se la llevara a ella o le quitara al malvado del marido: ¡allá que viera el Santo!

Pues señor, el día que finó el rezo, un buey *josco* cabo *cuto* que Rufino trajo esa mesma tarde de Jerusalén le hizo el servicio. Nadie vido cómo fué; hallaron a *Palojiote* todo golpeado, hecho un *ese homo*, dando las boquiadas... Tres días batalló por no irse al Infierno, porque era hombre duro... ¡Pero el Santo de la Hacienda había hecho justicia!

¿Creerá usted que la mujer lloró al hombre todavía? ¡Sí, señor...! ¡Le digo que se ven unas cosas...! La muy tal se jalaba el pelo y decía que ella tenía la culpa, y que se quería ir con él...

Por fortuna que con el trajín de los nueve días se distrajo y se consoló pronto.

Pero no se había acabado el rezo todavía cuando ya estaba otra vez la Lola con más penas que



antes... Dios se llevó a *Palojiote*, pero éste dejó tres astillas.

Porque tan malos como el muerto eran los tres hermanos y empezaron a atosigar a la viuda. Que si porque aquello estaba *porindiviso;* que si había un documento de Rufino con la firma de Manuel, registrado en Guadalupe, y que si esto y lo de más allá... Y no sólo fueron palabras sino que le quitaron el fierro, y *quemaron* unos animales, y también se querían llevar la madera que Rufino había juntado pa levantar la casa nueva... El Manuel dicen que la golpió.

No sabiendo de quién valerse—porque aquí no hay justicia contra los pícaros—vuelve la infeliz a pedirle al Santo, y le hace otra novena...

Pues, señor, ¡es cosa de maravillar! Dende la noche antes del último día del novenario se vino un aguaje que parecía el diluvio. Al otro día llovió tieso más de doce horas, lo mismo que el doce de junio de este año, o quizás más.

Rebalsó la barranca que rodea al pueblo de aquel lado, y cuando los *jiotes* se percataron, ya iban tragando lodo entre montones de piedras y árboles camino del Chorrerón, a dar a Jiboa y de allí al mar...

No quedó ni rastro de la casa: los tres perecieron. Yo no creo que haiga milagro más patente. Y digo que podrá haber Santos más santos que el de la Hacienda, ¡pero más arrechos, no!

Si yo no lo hubiera visto, ni lo creería ni se lo contaría a su merced...

Pues señor, la Lola se volvió a casar (Gallina que come huevo)...

Ella siguió en el negocio de la matazón y le iba bien.

En eso vino por aquí de Comandante un Teniente de la reserva, algo sazón ya, pero con los bigotes que parecían cachos de ixcanal... Enamoró a la Lola y la tonta se dejó engatuzar.

El hombre sacó pronto las uñas, pero no sé quien le contó lo del milagro—yo me *maliceyo* que fué picardía de la mujer—y ahora es un infeliz y un calzonazos...

En cuanto se desmanda tanto así—el señor Cleto me muestra la mitad de la yema del dedo índice derecho—la otra lo amenaza con la novena, y el hombre agacha la cabeza... ¡Le digo que es para dar risa...!

Yo sonrío y me quedo pensativo.

—Hay que creer, joven—termina ño Cleto en tono solemne, disponiéndose a guardar la obra ejecutada en el día, que negrea extendida sobre un cuero.

Yo *le doy una mano.*

No sé por qué, pero hoy me siento optimista. ¿Será la inocencia?—*Corresponsal ambulante.*



Captura y prisión de nuestro Corresponsal Ambulante*

Estuvimos dos días sin recibir noticias de nuestro Corresponsal ambulante, y ya empezábamos a inquietarnos cuando llegó a nuestras manos la tranquilizadora carta que publicamos a continuación:

El Chile, 16 de octubre de 1922.—Señor Director de El Imparcial.—San Salvador.

Muy señor mío: Después de pensarlo mucho me he decidido a ponerle estas líneas—porque el correo es persona de confianza,—con el objeto de comunicarle lo que le ha pasado a un joven que llegó ayer por la mañana; que capturaron en la tarde; y al que según dicen llevan por cordillera para San Vicente o a la Capital.

El referido joven llegó a mi casa, y como por dicha era día de mi santo, yo estaba algo provista y lo pude atender. Me pidió papel, tintero y un

(*)—Nota de la redacción de El Imparcial.



sobre. Escribiendo estaba cuando llegó la patrulla. El quiso huirse, pero no le dieron lugar porque eran muchos y habían rodeado la casa: luchó y sopapeó bien al Comisionado, de lo que todos nos alegramos, porque es hombre mal visto y odiado aquí.

Lo amarraron y ya se lo llevaban para San Pedro, cuando llegaron "unos montados" que dijeron que traían órdenes especiales, y el Comisionado tuvo que entregarlo, contra su gusto, porque su intención era vengarse de las trompadas, según se miraba.

Dicen que ese joven es un conspirador temible, *bolchevequi* o algo así; que antenoche, cuando fué la comisión a capturarlo al Volcán, del lado de Verapaz, donde estaba escondido, voló la casa con dinamita y que allí perecieron dos deteztives o cuilios. Otros dicen que él es el que mató a una mujer para robarle, más allá de Molineros, pero yo digo que no puede ser, porque parece muy educado y es muy simpático, y siendo un pícaro, pues no lo hubiera protegido el patrón de mi padrino Cleto.

Yo aquí lo hubiera escondido con gusto y él hubiera estado muy bien, porque yo soy viuda y tengo alguna comodidad, pero ya ve que la fatalidad lo dispuso de otro modo; hay otra vez será.

Por dicha tuve tiempo de esconder lo que estaba escribiendo, y como ya había puesto la dirección en la cubierta, dije que sería para usted, y pensé

que no hacía mal en mandárselo junto con esta noticia, por si le interesa y puede hacer algo por el pobre joven, que me ha simpatizado, y yo digo que no puede ser criminal.

Esta se la lleva una prima mía que va seguido a esa motivado a que tiene un asunto en 3ª instancia, que duró un año en la primera, dos en la segunda, y digo yo que ahora quizás van a ser tres.

El muchacho que venía con él, que es hijo de mi padrino, está con calentura y como asustado, hablando muchas tonterías y mentando a cada rato a la Siguanaba.

Por si el joven es algo suyo le digo que siento mucho lo que ha pasado y que aquí tiene una inútil servidora a la que puede mandar con toda confianza.

Con finos recuerdos para su apreciable familia se suscribe su atenta servidora.—*Teresa v. de Murillo.*

(Dispense la mala letra.)

Nota.—Seguramente hay un error judicial. Nosotros damos ya los pasos necesarios a fin de que se esclarezcan los hechos cuanto antes, para que recobre su libertad nuestro ambulante Corresponsal y pueda continuar en su provechosa y seria labor informativa por esos bellísimos lugares tan bien gobernados, que serían prósperos y ricos si no fuera la pícara crisis...

Mañana publicaremos la crónica que dejó sin terminar nuestro activo compañero.

¡Ojalá no vaya a ser esa su **obra póstuma**!

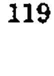


EL CHILE, octubre 15.—No sé cómo puedo escribirle después de lo ocurrido y de mi carrera en pelo por las escabrosas faldas del Chichontepec. Sin duda soy de la misma madera de Enrique Blount y Alcides Jolivet, los dos corresponsales que Julio Verne pintó en Miguel Strogoff, o de Ross, el yanqui que el año 64 telegrafiaba desde el mismo campo de batalla.

Casimiro, como los dioses ruines y de tres al cuarto, quiso saborear el placer de la venganza... A ponerse iba el sol cuando Chico se presentó de improviso, y todo asustado y jadeante me dijo así:

—Ya vienen... Dice el patrón que se vaya... pa Zacatecoluca... Yo le enseñaré el camino... Casimiro lo denunció... Dicen que ya es pulicía. Dése priesa...

Apenas tuve tiempo de coger mi sombrero, el cepillo de dientes y de echarme al bolsillo unos pañuelos y calcetines.





Abracé a ño Cleto—que por prudencia fue a esconderse para observar mejor—y a paso largo salí detrás de Chico. Pasamos junto a la fábrica de pólvora, y por una vereda empinada que conduce a la salitrera nos metimos al cafetal. El muchacho, ágil como una ardilla y ligero como un gamo, se ve obligado a esperarme cada cinco minutos. Parece que es él el perseguido, y que, cual otro Mercurio, tiene alas en los pies.

Pronto se hizo de noche. Después de una hora de caminar, yo no podía más, e hicimos alto. Me arrimé sin aliento a un árbol... La obscuridad era completa... Allá abajo se veían brillar las lucecitas del pueblo, y más lejos, otros grupos de inmóviles luciérnagas indicaban la situación de los diversos caseríos... En aquel momento vimos un resplandor fugaz por el lado de la finca, y segundos después escuchamos un trueno seco y corto.

—No nos detengamos mucho—dice Chico—parece que va a llover. A ver si logramos llegar a la molienda de mi tío Nacho. De allí hay buen camino para Guadalupe, pero dejaremos el pueblo a un lado, y seguiremos para la Laguneta...

Hay que procurar pasar antes que amanezca, pa llegar al Chile a buena hora... Allí vive la Teresa, una ahijada de mi *papa,* y ella lo esconderá hasta que el patrón lo mande sacar para *Virola...*

—Adelante, pues—dije yo disponiéndome a seguirlo.



Y vuelta a atravesar barrancos; a asirnos de chiribiscos y raíces; a emplear las uñas, los codos, las rodillas y hasta las narices...

Cuando ya no puedo más, hacemos otro alto. Tengo mucha sed y una hambre atroz...

—Adelantito hay un *chagüite*—me dice Chico. —Ya estamos cerquita de la molienda... Ahora no trabajan, pero debe de estar el guardián y nos ha de dar aunque seya una tortilla...

Nos ponemos de nuevo en marcha. Apago mi sed en el pequeño arroyo anunciado por mi guía, y al doblar un gran saliente del cerro, éste se detiene bruscamente:

—¡A güen!—dice sorprendido.—Ya están moliendo onde mi tío...

Efectivamente, como a unas dos cuadras se escucha la algazara y se distinguen las luces de una pequeña molienda... ¡Qué raro! Son como las diez de la noche y a esa hora no se suele trabajar... En fin, pronto hemos de llegar: ¡ale!

Encontramos una pequeña vereda, y por ella descendemos, casi contentos...

—A güen—exclama Chico parándose en seco nuevamente,—¡si allí no hay nada...!

Realmente, ya no se ve ni se oye nada. ¿Qué se hicieron las luces y el ruido?

Chico se acerca temblando, y me agarra de un brazo...

—Patrón—me dice,—tengo miedo (Los dientes le castañetean)...



—¿Pero qué es lo que te aflige, hombre? Habremos visto mal (Finjo una serenidad que estoy muy lejos de sentir)...

—Patrón; yo sé lo que le digo: allí hay espantos... ¡Brrrr...!

—¡Bah! No digas tonterías... Sigamos y veamos si hallamos algo de comer, que yo me estoy muriendo...

Chico tiembla como un azogado, y sin soltarse de mi brazo, echa a andar.

Pronto llegamos a la *galera* donde están los peroles... Tropiezo en un molde: silencio completo. Enciendo un fósforo y me convenzo de que allí no existe alma viviente... En el fondo de un perol hay empozada un poco de agua de lluvia... El trapiche duerme bajo su cubierta provisional de tejas, resguardado además por un cerco de canasto. Nos acercamos al rancho del guardián. Llamamos y no responde nadie...: la puerta está atada por fuera. Entramos: aquello también está solo. Veo un mísero candil de barro y lo enciendo. Busco ansioso y encuentro una tapa de dulce sobre una lata que cuelga de una travesía... Con el corvo de Chico lo parto en dos, y le doy la mitad... Lo veo más tranquilo y salimos comiendo. A pocos pasos se escucha el murmullo de un arroyo... Una espantosa carcajada estalla entonces en el fondo de la quebrada... A mí se me erizan los cabellos... Chico me abraza como un pulpo; creo que de buena gana se incrustaría en mí.

En aquel mismo instante sentimos sacudir con violencia las copas de los árboles y escuchamos una gritería infernal. No parece sino que andan sueltos millones de micos... En medio de la terrible algarabía se distinguen tremendas risotadas de mujer.

—La Siguanaba, patroncito—murmura Chico más muerto que vivo...

Yo siento que me restriegan con hielo la columna vertebral.

La algazara se aleja, quebrada arriba... y nosotros nos lanzamos, quebrada abajo, como alma que lleva el diablo...

No nos detuvimos sino cuando llegamos al camino que de Verapaz conduce a Guadalupe.

Allí nos damos cuenta de la situación y reflexionamos un minuto. Decidido el punto nos dirigimos hacia el último pueblo...

Llevo a Chico casi a rastras: lo siento tiritar. Por no quedarse solo, el infeliz hace esfuerzos inauditos, y anda, me sigue...

Atravesamos el pueblo sin más novedad que un saludo que otro en forma de ladrido...: no contestamos.

La noche es clara: próxima a *irse*, la luna alumbra tenuemente.

Sacando fuerzas de flaqueza trepamos la cuesta interminable, por en medio de inmensos frijolares, y llegamos a la Laguneta cuando clarea apenas por Oriente.

¿Pero es esto El Salvador o es Suiza? ¿Estaré soñando?

Aquello es hermosísimo, de una belleza incomparable...; pero no hay que detenerse... *¡Avanti!*

Divisamos las primeras casas de El Chile cuando el sol...

(Así termina la última carta de nuestro pobre *Corresponsal ambulante.*)



LA CARCEL, Lorenzana, octubre 22.—

"Apurar cielos pretendo,
Ya que me tratáis así,
Qué delito cometí
Contra vosotros naciendo;
Aunque si nací ya entiendo,
El delito cometido...
Bastante causa ha tenido
Vuestra justicia y rigor,
Pues el delito mayor
Del hombre es haber nacido..." (1)

No sabiendo por dónde empezar, creí oportuno hacerlo con una de las décimas del monólogo de Segismundo, versos que he recitado infinidad de veces durante los cinco interminables días que permanecí incomunicado.

---

(1)—Que me perdone Don Pedro, desde la Gloria, si por debilidad de mi memoria he alterado en algo su sonora décima.

¿Ha leído usted algo más vibrante que esa pintura del derecho del hombre al goce de la libertad, hecha en armoniosos versos y puesta en boca de un prisionero, por el magnífico Calderón de la Barca en su drama *La vida es sueño,* siglo y medio antes de la Revolución? Pues... ¿y el final? Esencia y resumen del hermosísimo monólogo, voy a trasladarlo de mi memoria al papel:

"¿Qué ley, justicia o razón,
Negar a los hombres sabe
Privilegio tan süave,
Excepción tan principal,
Que Dios le ha dado a un cristal,
a un pez, a un bruto y a un ave?

Verdad es que nada se adelanta con inútiles lamentaciones; que no hay que llorar sobre la leche derramada y que no debemos acoquinarnos por las picardías de la suerte, que es, al fin, una coquetuela irresponsable; mas cierto es también que cuando corre sangre en vez de horchata por nuestras venas, no es digno soportar sin enérgica protesta los atropellos de los fuertes ni los errores de la justicia. En fin, y sentada mi protesta, comunico a usted mis penas para que me pesen menos, y le digo que no mintió el que dijo: "Quien canta, su mal espanta." Por eso he canturriado tanto, maltratando sin piedad desde *Madame Butterfly* hasta *The Sheik,* y he recordado las can-

ciones que aprendí en mi infancia, inclusive el monótono arrurrú con que mi *nana* me dormía...

"Dormite niñito
Cabeza de ayote..."

(El dúo final de Aída y el miserere del Trovador, naturalmente, han hecho el gasto, después de la imprecación de Segismundo.)

Sentado lo que dejo dicho, ¿creerá usted que he renegado en grande porque otros infelices vecinos míos se permiten espantar sus penas por idéntico procedimiento? Bueno; pero es que no hay que extralimitarse, o dicho sea de modo más crudo, "no hay que jeringar".

Cerca de mi celda suena de 6 a.m. a 9 p.m. un guitarrillo, requinto o no sé qué, del que su dueño arranca valses primitivos—acaso la célula del vals,—mazurcas lánguidas o pasodobles misticos, todo *original* sin jerónimo de duda (La reja ha salvado al *tocaor* de una estrangulación fulminante: créalo).

Un clarinete que oigo más allá me convence de que si el divino arte de Euterpe domeña las fieras de la selva, no ha logrado aún vencer las pasiones de los hombres...

Se me figura que el preso es Pérez, el simpático Pérez de *La marcha de Cádiz*, y desearía comunicarme con él (Ahora caigo en que Pérez no tocaba el clarinete, y que otro lo *desempeñaba*,

como les pasa a algunos maridos y a ciertos gobernantes).

El músico ejecuta unas escalas y variaciones que se parecen al preludio de la graciosa polka-mazurka del maestro Valverde... Todo iría muy bien si al artista no se le ocurriera de vez en cuando—léase todos los días—recordar una de esas marchas fúnebres, típicas de la procesión del "Santo Entierro"...

Del otro lado escucho una guitarra. Sus graves sones acompañan la triste canción de un trovador prisionero, no en las doradas redes de Cupido, sino, ¡ay! en inmundo calabozo. ¿Será acaso un inocente como yo? ¡Pobrecillo...!

Un poco más lejos, por el mismo rumbo, un émulo de Sarasate rasca sin descanso las tripas de un violín de pacotilla. Suele tocar un schotis que según recuerdo machacaba diez horas diarias la chica de un hotelero en San Miguel, o si no, *se duerme*, repitiéndolo de manera inconsciente, en los primeros compases del *God save the King* (Antes era Queen: cuando sea *Jack* me avisa).

Yo le llamaré de hoy en adelante "Sálvese quien pueda".

Pues... ¿y un tío que toca el pito, ese terrible instrumento inventado por Pitágoras según Melitón González?

Este se bate con *El mango, La norteña* y *El trapiche.*

¡Qué *molienda,* Señor!



Nos obsequia también con la *Canción del General Regalado*—música de la Marsellesa,—la que oí cantar a un ciego en El Chile, una de cuyas estrofas dice:

"¿Dónde está el General Regalado?
¿Dónde está ese valiente escuadrón?
Los chapines ya van derrotados..."

¡Sí, sí...! Así se escribe la historia...

¿Pero es que en este pueblo todos son músicos, los presos inclusive?

Afortunadamente me queda lejos y logro *dominarlo* recitando aquéllo de:

"Nace el ave, y con las galas
que le dan belleza suma,
Apenas es flor de pluma
O ramillete con alas..."

Quisiera apartar de mí los recuerdos tristes; pero al contrario, me persigue el sonsonete de poesías lacrimógenas como ésta:

"Voy a morir, perdona si mi acento,
Vuele importuno a molestar tu oído."

Otro de los versos que recuerdo con frecuencia es el famoso *Yo pienso en tí*, y no porque me consuma de amor por Dulcinea alguna, sino porque

he dado en la flor de dormir poco por las noches —la maldita ley de las compensaciones—y ¡claro!,

"Las largas horas de la noche cuento..."

Pero vamos al grano. Voy a narrar lo ocurrido desde que salí de El Chile. Trataré de hacerlo con cierto método, adoptando desde luego el orden cronológico.

Llegué aquí el 16 por la noche, no reventado sino deshecho. Mi vía crucis, la descripción del Centurión y de la Guardia Pretoriana, se lo referiré a su tiempo. A Herodes, Pilatos, Anás y Caifás, no los conozco todavía—ni ganas,—pero todo se andará.

Al no más llegar me sumieron en estas honduras. Descubrí un petate, me enrollé sobre él como hacen los perros; improvisé con mis doloridos brazos una almohada, y dormí como un bendito... Veintidós años, siete leguas a pie y una conciencia tranquila...: diga usted que no hay mejor narcótico (Y puede omitir, si gusta, la tranquilidad de conciencia).

No crea usted que el Sér supremo me ha dejado de su mano...: alguien me protege. ¡Qué cierto es aquello de que "Dios aprieta, pero no ahoga"! Dígolo porque tres veces al día me arrojan un paquete por el *tragaluz*—esto diga usted que es puro tropo—y siempre hallo dentro panes con gallina, queso de mantequilla y hasta salchichón...

del *páis* (Hoy encontré también *matagusanos* y *tortitas de camote*).

Yo le preguntaba al tío que entra y sale con la tinaja y otros chismes, pero no se dignaba escucharme, que "no hay peor sordo que el que no quiere oír".

(Verdad es que a la puerta se quedaba, sin quitarnos el ojo, un cabo bigotudo, blandiendo un vergajo en la derecha mano.)

No quiero añadirle otros quebraderos a mi pobre cabeza haciendo hipótesis absurdas sobre quién puede ser mi protector misterioso... Por de pronto le he echado el ojo a Pilatos...

Peor para él si no resulta verdad.—*Corresponsal soterrado.*



sas de Alcalá y de Salamanca, y lo que es más cruel, que algunos de los que andando cuatro siglos sacarían menciones honoríficas en la modesta barraca que fundó D. Juan Lindo (1).

Según sus panegiristas, Teresa de Jesús es, después de la Madre de Dios, la santa más grande que triunfa en el Cielo.

Deseo "quedar bien" con su homónima del Chile, y al efecto exprimo mi memoria queriendo recordar los lindos versos que aprendí leyendo con frecuencia la vida de la Santa, libro que una hermana mía recibió de "premio" en el Sagrado Corazón. Desgraciadamente sólo recuerdo trozos sueltos, y algunos poco agradables *por mis circunstancias*, como aquel tan bello de...

"Ven muerte tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer de morir
No me vuelva a dar la vida..."

La verdad, en este punto no andamos de acuerdo la virgen de Avila y yo... Vano fué también mi esfuerzo por recordar la sutil explicación que la valiente Madre diera a los escabrosos versículos del Cantar de los Cantares, capaces de sonrojar a un conocido periodista, veterano en todo, y tan colorados como ciertas poesías naturalistas que se publican por ahí, sin duda de poetisas en celo,

(1)—Nuestra Universidad Nacional.

y quizás para hacer bajar los ojos a las solteras de más de cincuenta años.

(Del rubor se encarga la química.)

"¡Oh! Si El me besara,
con ósculos de su boca...!"

. . . .

"Mejores son tus pechos que el vino...!"

Me parece recordar que la santa Madre, enredada o perdida en este laberinto, concluía por advertir a sus hijas, las monjitas, que cuando buenamente no entendieran algo, no se cansasen, o les decía: "Mirad, hijas y no os hagáis las tontas, que ya bastante nos ha hecho el Señor".

¡Sabio consejo, por mi fe!

También es de ella esta verdad de a folio: "Cuando el Señor quiere darlo a entender, su Majestad lo hace sin trabajo nuestro." Así lo creí yo toda mi vida, y no otra cosa le digo a diario a un maestro carpintero que se ha empeñado en hacerme evangelista, o en que me caiga "la gracia divina", como él dice (El pobre se escandaliza porque yo le digo que prefiero sacarme la lotería).

Viendo a Teresa tan peripuesta por la doble fiesta—disimule la consonancia—ordenar a sus *esclavos* (2) como una reina, y hablar con tanto

(2)—No otra cosa son todavía nuestros criados y mozos de labranza.



aplomo de *huateras* y *desponjos*, creo hallarme en presencia de la mismísima Ceres.

Descendiendo en seguida del Olimpo al Chile, recuerdo estas palabras del Rey Sabio:

"Morena soy, más codiciable..." "No miréis en que soy morena, porque el sol me miró..." ¡Pero qué pillín era ese Rey *Chomón!*

A mí también me gusta el color de la canela...; quizá más que su olor.

Recuerdo que mi padre tarareaba este trocito de una zarzuela antiquísima:

"Si te gustan las rubias las hay de mi flor;
Si te gustan morenas son mucho mejor..."

¡*Content!*—decía yo, recordando al *Hombre que ríe* (Sólo que éste anteponía un *non* tremendo).

Se me hacía agua la boca, don Arturo. Tiene esa mujer un modo de mirar... y una sonrisa que ni la Gioconda...

No sabe usted cómo bendecía yo a Casimiro, y a los *cuilios*, y a Don Fulano por su ocurrencia de mandarme a este paraíso, situado como a mil quinientos metros de altura (centímetros más o pulgadas menos). ¿Por qué no me mandaría antes? ¡Oh! ¡Qué fresco tan agradable...! ¡Y cómo se debe dormir aquí de bien...! (Así pensaba yo, suspirando).

Al llegar no más me metí al cuerpo cuatro tamales de *güegüecho* legítimo, con las tazas corres-

pondientes de riquísimo café. Acto seguido acepté la hamaca que me brindó la diosa, y dormí de un tirón hasta las doce. ¡Ojalá nunca hubiera despertado...!

Honré como debía el suculento almuerzo, que tomamos en amor y compañía de una media docena de gaznápiros de ambos sexos, parientes de Teresa.

Un tío bizco—tío de verdad—me miraba no sólo torcidamente, sino de mala manera (No conocí a Judas, pero de seguro se le parecía). Se despidió el primero yéndose cabizbajo y gruñendo no sé qué (Pensé que no iría a nada bueno)...

Me dispuse a repetir la siesta, y contemplando la pequeña imagen de la Santa poetisa castellana; musitando aquello, suyo también,

"Vea quien quisiere
rosas y jazmines,
que si yo te viere
veré mil jardines",

caí en brazos de Morfeo y soñé cosas muy bellas de las dos Teresas...

Desperté como a las cuatro: ¡qué ajeno estaba de que la tempestad se cernía sobre mi cabeza...!

Obsequiáronme con un refresco estupendo, que parecía helado...

Luego pedí papel y tinta, y emborroné unas cuartillas para usted...

De repente, la Sulamita, o mejor dicho Teresa, entra lívida y me dice acongojada que vienen a prenderme...

Salto rápido por una ventana. ¡Mal rayo! (*¡La maisón est cernée!*) Estoy cogido.

No quiero empañar la placidez de esta crónica con el relato doloroso del final de un día que si amaneció entre nieblas, se había tornado esplendoroso, y creía yo, ¡mísero y triste!, que acabaría en la gloria o en su vecindario...

Prefiero conservar sólo el recuerdo de mis ilusiones perdidas, de esas

> "Hojas son, ¡ay!, desprendidas
> del árbol del corazón..."

como dijo el romántico Espronceda.—*Corresponsal soterrado.*

P.S.—Supongo que no descuidarán mi asunto, y que se dará la velada de "ordenanza" a beneficio mío, pues aunque la administración de justicia sea gratis, nadie sale de la cárcel sin dejarse unas cuantas tiras del pellejo entre las uñas de los acólitos de tan venerable señora... Mas para dejarlas, es preciso *tenerlas*.

Cierto es que escasean ya el valor cívico, el patriotismo, la honradez y otras antiguallas, pero confío en que no ha de pasar lo mismo con el "joven" y moderno *compañerismo*.

Por cordillera

LA CARCEL, Lorenzana, octubre 24.—Detesto el plagio en sus dos acepciones, y por eso no bautizo esta crónica con el mote de "Mi Calvario", aunque le corresponde de derecho. No es que yo pretenda ser original, pero entiendo que debemos procurarlo sin... caer en exageraciones. Imposible es, por demás, no parecerse a nadie en el estilo o en la manera de saludar; mas una coincidencia no es desdoro: un plagio sí...

(Para exordio me parece suficiente.)

¿En qué me quedé ayer? ¡Ah! Sí: en que me vi rodeado por el *auxilio* del Comisionado...

¡Qué fachas! Más parecían salteadores que agentes de la autoridad...

¡No lo pasarían bien si se toparan con Don Quijote...!

Yo, por no ser menos que Don Pedro de Alvarado, forcejeé con Tecum-Umán (Ignoro cómo se llama el bárbaro que me aporreó). Dichosamente no le dí muerte ni salí con descalabraduras de mayor monta: fué mi pobre indumentaria la que

hizo el gasto. Lo de siempre...; al chucho más flaco... etc.

Bien asegurado me condujeron a una galera con pretensiones de Ermita (Asegurado significa atado de pies y manos, con todas las vueltas que permiten los *mecates*, que son los mismos que sirven para la conducción de los voluntarios del Ejército).

El Comisionado sacó un envoltorio del bolsillo; extrajo un mugriento papelito, y posaba alternativamente su mirada sobre él y en mi linda cara. A cada confrontación hacía signos afirmativos con la cabeza. No le cupo duda: era yo el que buscaban. Uno de los sayones le dijo no sé qué al oído...

—¿*Cachetes* inflados...? Pues claro que los tiene soplados. ¿Para qué los querés más?—dijo el representante de la autoridad.

—Señor Alcalde, o lo que usted sea—dije yo,—esta hinchazón de la cara...

—¡Silencio!—me respondió aquel bárbaro.—Allá abajo decidirán...

En aquel momento se acercó al galope un grupo de jinetes (aunque puede que fuera sólo al trote).

—¡Aver! ¿Quién manda aquí?—preguntó con garbo el que parecía jefe.

—Yo soy el Comisionado de este Cantón—respondió humildemente mi aprehensor, al ver las carabinas.

—Pues yo tengo orden de hacerme cargo del reo—respondió el de a caballo.—¡A ver! ¡Ustedes!—añadió dirigiéndose a sus cinco compañeros.—Cojan las puntas del mecate, y ¡al camino!

La multitud de curiosos se apartó a un lado y empezó mi calvario (Y dále)...

Al pasar frente a su casa divisé a la Teresa llorando. Me dijo "adiós" con el pañuelo (Me pareció ver sonriendo en la puerta al tío de la fosca vista)...

Llegamos a Guadalupe bien entrada la noche. Mientras mis guardianes iban a sus quehaceres y necesidades, me *archivaron* en el calabozo del Cabildo, pero dejándome un centinela de vista. El Jefe dijo que iba a telefonear.

Volvió como a la hora, apestoso a zapotillo, y ordenó que me registraran.

Me quitaron todo, menos el cepillo de dientes. Protesté por el despojo del dinero.

—Cumplimos órdenes y somos muy cabales—dijo uno.—Allá puede usted reclamar. Son cuarenta y siete pesos un *rial*: ¿está conforme?

Yo me encogí de hombros, y supliqué que me dejaran un pañuelo (Dijeron que podía ahorcarme con él, y callé)...

Por imperiosa necesidad pedí que me soltaran los brazos. Discutieron un momento, examinaron la gruesa puerta de madera, y accedieron... ¡Qué feliz fuí!

Pedí agua.

—Aquí hay—dijo una pobre mujer alargando al través de la reja una jarrilla ahumada...

¡Señor mío Jesucristo! ¿Qué habría sido de Tí en tu calvario sin las pobres mujerucas? ¡Oh, la mujer...! Vale mil veces más que el hombre...! Y con ser nosotros tan viles y despreciables, las pobrecillas nos aman. ¡Por el amor de un hombre, son capaces de las cosas más sublimes y... también de las mayores ignominias!

Víctimas nuestras, para mí todas son santas. Pobres y ricas, jóvenes o viejas; blancas y negras, listas o bobitas, sabias e ignorantes, todas tienen un rinconcito en mi corazón (Y no lo decía porque estuviera en Rincóngrande, que así se llamaba antes el pueblo)...

Al amanecer me amarraron de nuevo y ¡en marcha!

Antes de llegar a Verapaz encontramos un piquete de caballería. El Oficial, un *politécnico*, es amigo mío: yo veo el cielo abierto...

En este pueblo me enchironan de nuevo, y mientras, recados vienen y recados van... El teléfono funciona que da gusto...

Escucho voces femeninas que suplican a mis guardianes... ¡Ellas! ¡Siempre éllas...!

Miro y veo a la comadre y a su hija, la de la musa o lira muda, que llorosas imploran permiso para darme de comer...

Un oficial se impone y da la orden. Me sueltan de nuevo y puedo satisfacer al estómago ruin y

miserable, causa única de que haya tanto sinvergüenza por el mundo...

Mientras yo como, la poetisa, por medio de la telegrafía sin hilos—el alfabeto de las manos—me cuenta que su padrino está en salvo (Palabra de honor que me alegro).

Me obsequian en seguida con un vaso de cerveza que me sabe a gloria (La emoción me embarga y no puedo dar las gracias).

No sé qué esperamos: el teléfono suena siempre... Algunos jinetes caracolean en la plaza. Veo más tropa, policías, guardias, ¡la mar! Rodeando el Cabildo hay como dos mil personas (1).

A eso de las tres nos ponemos en marcha.

Cerca de Tepetitán—¡maldito pueblo!—se arma una tremolina de los diablos. Se oyen gritos y todo el mundo corre, huye de algo...

—La artillería...—pienso yo (Lo mismo ocurre siempre en las maniobras y en los combates).

—¡A-pár-ten-sé—grita uno con voz estentórea, —que vienen los toros con rabia...!

(1)—No crean que exagero. Cuando penetraron a mi casa los esbirros, para capturarme, a fines de mayo de ese mismo año, hallábame tranquilamente ayudando a mi hijo pequeño a resolver un problema.

Yo esperaba el atropello y no opuse resistencia.

¡Pero qué aparato de fuerza, Señor! La manzana rodeada de policías, con tres armas cada uno (Entonces no había monitores).

Luego tropa en las esquinas y un batallón en la plazuela... ¡Movilización completa!

Al recordarlo, siento más vergüenza por el país y por ellos que por mí.



Me cogen en peso y me encaraman a un bordo. Desde allí veo desfilar unos animales flacos, desfallecidos, y quizás mal educados porque sacaban la lengua.

Adelante y atrás iban unos individuos tocando sendos tambores. Otro, vestido de payaso, que me recordó a nuestro viejo Chichimeco, lleva en la mano derecha una enorme alcuza en forma de aceitera de trapiche, y de vez en cuando les echa unas gotas de cierto líquido dentro de las orejas. En la izquierda empuña una dulzaina. Después he sabido que era láudano o un bálsamo cuya fórmula dió el Mago de Tilarán o de no sé dónde —fórmula de seguro robada a Debayle—y que, como Votán, viene de Oriente y desembarcó en La Unión.

Los pobres animalitos, llevando cada uno colgado del pescuezo en vez de cencerro un cartón en que se lee "B A R" (2), nos miran pidiendo misericordia. ¡Qué bar-bar-i-dad!

Vienen a patita desde la vecina Insula de Usulután, porque en el ferrocarril se negaron a dar-

(2)—¡Los toros con rabia...! Uno de los mil y tantos episodios ridículos de nuestra historia, provocado por nuestros eternos sabios...

Un Gobernador diagnosticó rabia en un animalito que tal vez se debatía con un tábano en la oreja, y al teléfono: a alarmar a todo el Gobierno y a dar qué hablar a los periodistas, que se pirran por esos asuntos (Interesan y no comprometen)...

El sabio Director de Agricultura en aquella dichosa administración, cuyas eran las iniciales B A R que los

miserable, causa única de que haya tanto sinvergüenza por el mundo...

Mientras yo como, la poetisa, por medio de la telegrafía sin hilos—el alfabeto de las manos—me cuenta que su padrino está en salvo (Palabra de honor que me alegro).

Me obsequian en seguida con un vaso de cerveza que me sabe a gloria (La emoción me embarga y no puedo dar las gracias).

No sé qué esperamos: el teléfono suena siempre... Algunos jinetes caracolean en la plaza. Veo más tropa, policías, guardias, ¡la mar! Rodeando el Cabildo hay como dos mil personas (1).

A eso de las tres nos ponemos en marcha.

Cerca de Tepetitán—¡maldito pueblo!—se arma una tremolina de los diablos. Se oyen gritos y todo el mundo corre, huye de algo...

—La artillería...—pienso yo (Lo mismo ocurre siempre en las maniobras y en los combates).

—¡A-pár-ten-sé—grita uno con voz estentórea, —que vienen los toros con rabia...!

---

(1)—No crean que exagero. Cuando penetraron a mi casa los esbirros, para capturarme, a fines de mayo de ese mismo año, hallábame tranquilamente ayudando a mi hijo pequeño a resolver un problema.

Yo esperaba el atropello y no opuse resistencia.

¡Pero qué aparato de fuerza, Señor! La manzana rodeada de policías, con tres armas cada uno (Entonces no había monitores).

Luego tropa en las esquinas y un batallón en la plazuela... ¡Movilización completa!

Al recordarlo, siento más vergüenza por el país y por ellos que por mí.

—¡Viva el pre...—gritó un entusiasta; pero no concluyó porque le taparon la boca. Ignoro si el *viva* era para mí, o si al ver aquel aparato me habían hecho el altísimo honor de tomarme por otro, o... el pelo.

—El es...

—No es él...

—Te digo que es el del "duro falso"...

—Te apuesto que es Z...

¡Ay! Así llegué aquí, don Arturo.—*Corresponsal soterrado.*

—Aló... ¿Quién habla?—preguntó éste acudiendo en el acto.

—De aquí del Ministerio de Gobernación... Es para decirle que los toros con rabia acaban de llegar, y se ha dado orden para que los lleven a la casa de usted...

—Pe... ¡pero eso no es posible! Mi casa es muy pequeña, no tiene traspatio y... no puede ser.

—Yo no tengo que ver: le comunico la orden que me han dado, y nada más...

—¿Pero no sería mejor mandarlos a... al rastro?

—Yo no sé nada: haga usted lo que quiera...

Y al par que éste soltaba el teléfono, soltaban todos la carcajada...

No recuerdo la suite de esta chucanada...

Y la historia se repite...

Con motivo de la reciente epidemia de cerdos que según dicen resultó un falso, parece que algunas autoridades demasiado celosas dispusieron el fusilamiento en masa de los de la vista baja en algunos lugares del país...

"Muerto el chucho se acabó la rabia", pensaron de seguro nuestros inteligentes funcionarios...



Primer interrogatorio

LA CARCEL, Lorenzana, octubre 25.—Meditando estaba sobre la vanidad de las glorias de este mundo, y pensando alguna que otra herejía de los hombres, especie mil veces menos noble que la de los perros y más cruel que la de sus primos los lobos, cuando la puerta se abrió, y una voz, en tono seco e imperativo, me dijo:

—*Salí, vos.*

Me puse los zapatos—que por higiene me había quitado—y empecé a atarme las pitas...

—*¡A priesa!*—me gritó el cernícalo ya mencionado.

Lo seguí callado. Subimos la escalera. La luz me ofendía, y quizás hice un gesto cómico, porque la media docena de corchetes que debía escoltarme se soltó en risotadas.

Temí que atravesáramos parte de la ciudad, mas afortunadamente no salí del mismo edificio. Digo afortunadamente, porque aunque no seamos



criminales, ofende la estúpida curiosidad del vulgo... Yo no he amado nunca la popularidad, y no sé por qué se me figura que es un gusto peculiar de los ambiciosos o de los imbéciles (Si soy imbécil, seré una excepción).

Me condujeron a un cuarto sobre cuya puerta había un rótulo fresco que decía: *"Juzgado Especial Extraordinario." "Horas de audiencia: de 1 a 4 p. m."*

(Parece que debido al notable aumento de la criminalidad producida por el ferrocarril y *la baja de la renta de licores*, los juzgados se recargaron de trabajo y los empleados empezaron a sufrir de *surmenage*).

El Juez especial es un tipo extraño, a pesar de tener estatura regular, y todo regular, menos el pelo que tira a *curunco*, y la voz que suena como flauta. La edad es indefinible: yo le calculo más de treinta años y menos de setenta (Trataré de verle un colmillo).

El hombrecito me mira de reojo y continúa impávido viendo al Secretario coser con una lezna un expediente del grueso de la Biblia. ¡Diablo! ¿Será el mío?

Cuando le *roncó* la gana, dió media vuelta en la silla y me hizo señas de que me acercara (Tiene fama de ser un gran criminalista y gallero eminente).

Me miró largo rato sin desplegar los labios: yo estaba impacientísimo. ¿Irá a hipnotizarme este

tío?, pensaba yo. Me tranquilicé al verle bostezar...

Al fin se dignó romper el silencio, y en tono displicente, como si hablara consigo mismo, me preguntó cómo me llamaba.

Le dije mi nombre...

Después de una pausa más que regular, añadió animándose:

—Es intúil que mienta: lo sabemos todo.

Me hizo sonreír la petulancia de aquel Salomón en tomatada.

—Me llamo como acabo de decirle—insistí yo.

—¡Miente usted! Usted es el doctor X (El chacalincito se exaltaba)... Además, ya lo confesó en el Chile, en el momento de su captura.

—Dispénseme, señor, pero [illegible] no he dicho semejante falsedad. Comprendí entonces ,eso sí, que el Comisionado se había equivocado, pero su error me favorecía por el momento, pues supongo que hay interés en conservar la vida de ese señor, y así la mía correría menos riesgo...

—Su filiación coincide exactamente con la del doctor X... Estatura regular; nariz, regular; boca, regular, etc; señas particulares: tiene los *cachetes* soplados (Yo sonrío).

—Efectivamente, señor Juez, ese fué el motivo del error. El día de mi captura yo estaba algo hinchado de la cara...; pero ahora ya ve usted: no tengo nada...

—¿Y quién me asegura que por medio de masajes u otros procedimientos—porque dicen que

usted es hombre de mañas y recursos—no ha logrado rebajarse los cachetes?

—¡Señor Juez, por Dios! Usted debe comprender que eso es imposible...

—¡Hum! Qué sé yo... ¡La ciencia ha adelantado mucho, y usted dicen que es *nigromántico...!*

—Gracias... Ignoro si lo será el doctor X...; en cuanto a mí, le aseguro que no sé con qué se come eso... Además, el doctor X... tiene más de cuarenta años, y yo veintidós.

—¿Y el doctor Fausto? ¿Usted cree que yo no estoy al corriente de todo eso, y de los trabajos de Carrel, y de las maravillas que han logrado con las glándulas de mico? (Sic.)

Me sonrío de nuevo, pero siento unas tentaciones terribles de retorcerle la glándula a aquel mico-león...

—Y si usted no es el doctor X..., ¿quién es usted y por qué trató de huir?

—Ya se lo dije antes; yo soy Mengánez, un infeliz corresponsal meritorio, sin más emolumentos que una tarjeta para poder admirar a la eminente trágica e inmensa actriz doña Virginia. Y ni eso aproveché, pues por venir a averiguar si el chapulín del cantón Guancín era o no el mismo que asoló el imperio de los Faraones, me veo en este trance.

—¿Pero quién lo ha mandado a usted?

—Don Arturo Reyes: pregúntele...

—¿Y por qué trataba usted de huir, en el Chile...?

—Porque ví que iban a capturarme.

—Pero un inocente nada debe temer de la justicia...

—En teoría, tal vez; pero en la práctica es muy diferente...

—¡Tenga presente que está delante del Juez!

—No lo olvido ni un momento...

—También hay fuertes presunciones de que sea usted el asesino de la Inocente Tórtola...

—¡Cómo! ¿Asesino yo? Señor Juez, preferiría ser el doctor X...

—Sí...; ya voy comprendiendo... ¿Sería usted "el joven del duro falso"?

—No comprendo una palabra, señor Juez...

—Ya... ya haremos que comprenda. Ahora sírvase decirme qué circunstancias lo han traído por aquí; en qué fecha llegó; por qué se encontraba usted en el Chile y a dónde se dirigía...

Yo me desenredaba como podía, pero sin duda se me fué la mano... El hombrecillo se puso como un pimiento, y exclamó echando lumbre:

—¡Tenga presente que está usted ante el Juez, en el Palacio de Themis!

Paseo la vista por aquel cuarto destartalado y se me encoge el corazón... Yo no creo que Themis haya cruzado el charco todavía (Y hace muy bien)... Aquí—si viene algún día,—la *inscriben* en el acto donde ustedes saben...



—¿Y por qué trataba usted de huir, en el Chile...?

—Porque vi que iban a capturarme.

—Pero un inocente nada debe temer de la justicia...

—En teoría, tal vez; pero en la práctica es muy diferente...

—¡Tenga presente que está delante del Juez!

—No lo olvido ni un momento...

—También hay fuertes presunciones de que sea usted el asesino de la Inocente Tórtola...

—¡Cómo! ¿Asesino yo? Señor Juez, preferiría ser el doctor X...

—Sí...; ya voy comprendiendo... ¿Sería usted "el joven del duro falso"?

—No comprendo una palabra, señor Juez...

—Ya... ya haremos que comprenda. Ahora sírvase decirme qué circunstancias lo han traído por aquí; en qué fecha llegó; por qué se encontraba usted en el Chile y a dónde se dirigía...

Yo me desenredaba como podía, pero sin duda se me fué la mano... El hombrecillo se puso como un pimiento, y exclamó echando lumbre:

—¡Tenga presente que está usted ante el Juez, en el Palacio de Themis!

Paseo la vista por aquel cuarto destartalado y se me encoge el corazón... Yo no creo que Themis haya cruzado el charco todavía (Y hace muy bien)... Aquí—si viene algún día,—la *inscriben* en el acto donde ustedes saben...



—Señor, no creo haberle faltado; la seguridad de hallarme ante un gran criminalista me inspira confianza y me da ánimos...

El señor Juez sonríe mostrándome la dentadura más desaseada que he visto en mi vida...

—Veremos...; veremos...

Y le ordena al Secretario que señale el veintitrés para continuar este interrogatorio y escribir mi declaración, y que ordene por telégrafo al Museo de no sé qué, para que remitan "inmediatamente" el dictamen pericial que se solicitó en tal fecha.

—Vea que el telegrama sea "fuerte". Con esos señores sabios hay que obrar duro...

Y por ahora basta (Esto último lo digo yo)...—*Corresponsal soterrado.*

Nota.—Apure lo de la velada, y vea que no gasten mucho. Recuerde que es mi única esperanza.

Ofrecimientos profesionales

LA CARCEL, Lorenzana, 26.—Mi incomunicación era sin duda relativa y no rezaba con ciertos seres privilegiados, pues antes de levantárseme empecé a recibir cartas. Todas traían un sello con un volcán en medio, echando humo que se las pela... Mi primera impresión fué de extrañeza, porque a mí jamás me han fiado en París-Volcán, y creí que de esa casa era la carta que ví primero.

Antes de abrirlas quería reconocer la letra. ¿Iría al fin a descorrerse el velo tras el que se oculta mi protector o protectora misteriosa? Porque yo me inclino a creer que pertenece al género femenino, o en todo caso al común de dos (Quiero decir que bien pudiera ser un matrimonio).

Rompo el primer sobre: extraigo y desdoblo el pliego. Leo el membrete: "Correspondencia particular del Dr. Rufino Rufiánez." ¡Me quedo enterado!

"Correspondencia particular"... De seguro que este señor debe tener un elevado cargo y por consiguiente mucha correspondencia... *oficial.* No sé quién es... No conozco a nadie aquí; ni la ciudad siquiera, a excepción de *sus bajos.*

Sigo leyendo (Voy a resumir porque si no se haría esto interminable). El señor Rufiánez me ofrece sus servicios profesionales, insistiendo mucho en "sus buenas relaciones" y en su "situación política", etc. Me asegura mi libertad inmediata por la módica suma de *cinco mil colones* (!!). Me da un síncope del que vuelvo sin el auxilio de nadie.

Rasgo otro sobre de los de sello con volcancito fumador... "Correspondencia particular", etc. *"Dedicado exclusivamente a su profesión".* Firma la carta "Numa P. Gavilánez", con zeta.

Me quedo un rato meditabundo. ¿Entonces hay personas que ejercen su profesión? ¿Y algunas *exclusivamente?* ¿Y por qué no he de ejercer yo la mía, la más noble de todas—un verdadero sacerdocio—aunque no produce más que una entrada de *choto* al teatro y tres sustos diarios, uno después de cada comida?

El señor de Gavilánez no pica tan alto como su colega Rufiánez. Tampoco me dice que haya sido *esto* o lo de más allá, ni que tenga amistades en el Olimpo, pero lo mismo que los amigos de Don Fulano—los que conocí el 4 de octubre—me confiesa que es *chivo* montonero, que tiene algunas

agarraderas regulares, y que es casi seguro que el año próximo lo hagan Secretario. Me pide sólo mil pesos y garantiza libertarme antes de tres días...

Busco en vano una carta de usted o de Don Fulano: todas tienen volcán-infiernillo...

Abro otra. Está escrita a mano y el papel es de oficio, y tal vez *oficial*. El Doctor Gallo Ronquete —así se llama el proponente—me aconseja que no me deje engatuzar por ciertos abogados de relumbrón y de mucha bambolla que sólo saben cobrar caro y aumentar las dificultades para hacerse de méritos y subir la cuenta; que él ha estudiado mi asunto y que lo ve claro como el agua que por trescientos colones—cien adelantados y doscientos al salir, firmando antes el correspondiente *quedan*—me sacará a flote a lo más tardar en una semana. En significativa postdata me advierte que estaría perdido si pusiera mi asunto en manos de unos señores S. N., F. R. L., A. G. y otros, porque si es verdad que son jóvenes inteligentes y honrados, aquí no les dan "ni agua".

Pasaré por alto otras misivas, volcánicas también, que dicen más o menos lo mismo, pero no dejaré de copiarle la más original de todas ellas. Venía sin sobre y sin volcán, doblada y pegada con un pedazo de barquillo. Las letras son gordas y la tinta verde... Mi nombre parece un gusano peludo.

No sin trabajo desdoblo aquel *oficio* y leo lo siguiente:

"Querido hijito: no sabés con la pena que estamos *ésta* y yo dende que supimos que te trajeron amarrado, acusándote de tres crímenes diseminados, pero Dios sabe lo que hace porque aquí estoy yo que revolveré el mundo o armaré otra Troya con tal de sacarte con bien. Soy tu tío, primito carnal de tu abuela que esté en gloria, hijos de dos hermanos, y aunque pobre, nunca por mi culpa cayó mancha en la familia, que fueron los de la rama rica los que afrentaron el apellido (1).

No soy abogado, ni siquiera he sido diputado, porque me estimo y nunca quise; pero soy Procurador titulado y en todo el distrito de arriba nadie me alza el gallo, y asunto que yo cojo en estas manos pecadoras, se gana. Estarés curioso de saber el porqué, y no te quiero hacer penar: pues todo el ite está en que *ésta* fué *chichigua* de don L... (ya sabés; el que de veras manda y es el que quita y pone).

No te voy a ganar mucho, tanto porque sos mi sangre como porque ya sé que sólo pisto falso te dejaron esos pícaros, pero treinta pesos digo yo que onde no los vas a conseguir, cuanti más que hei oido decir que van a dar una gran velada en tu beneficio para la procuración de fondos.

(1)—Usted comprenderá que por razones de familia no puedo decirle el apellido; así es que lo de Zalea es **pseudónimo.**—Vale.



No voy a verte porque me están componiendo los zapatos, y mi compadre se enfermó con la influencia, pero los ha ofrecido mañana para el almuerzo.

Con ésta te mando un poco de incienso para zahumerio, porque ya sé como es eso, que pa las elecciones pasadas me tuvieron cinco días y si no legalizo mi situación con *ésta,* pues no me sacan. Me lo dió el sacristán que es mi compadre también.

Conque decidite y mañana voy por la respuesta, y un día aquí, otro allá para hablarle a don L..., y dos de tren, como me llamo Pedro que para la feria de los Santos ya te he sacado afuera.

Saludes te manda *ésta*. No te las doy de la demás familia porque por dicha somos solitos, que no hace más que dos años que nos hemos juntado y ya era tarde.

Te saluda y te abraza tu tío que te estima.—*Pedro H. Zalea*".

No sé... El corazón me dice que no me fíe de este tío y que me embarque con el señor Ronquete, el de las trescientas bambas... Ahora, si usted no cree que la velada dé para ese gasto, me defenderé solo. Deme noticias. Su fiel.—*Corresponsal soterrado.*



Dictamen pericial

LA CARCEL, Lorenzana, octubre 27.—El Juez se convenció al fin, no sé si para mi fortuna o por mi desgracia, de que no soy el Doctor X... ni el Coronel Z...

No ha sido triunfo mío, y como no me gusta engalanarme con laureles ajenos, le contaré lo sucedido, que se reduce en dos palabras a que la Policía le comunicó al Juez el día mismo de la segunda audiencia, que el Doctor X... está en Tegucigalpa y el Coronel Z... en Esquipulas, no sé si *pagando* una *visita*.

El hombrecillo se rascó la cabeza durante largo rato después de haber leído la nota policíaca, pero no renunció a la comedia que tenía preparada.

—Que entren esos señores—le dijo al *avefría* del secretario.

El pájaro aludido introdujo a dos enmascarados envueltos en *chivas* (Yo creí que eran los famosos *macho-ratones* de que me hablaba mi abuela).

—¿Juráis decir verdad, etc., etc...?—les preguntó el Juez hablando en *sí bemol*.

—Sí juramos—respondieron los máscaras, también con voz de falsete.

—¿Conocen ustedes al reo?—continuó el Juez.

—Sí, señor—contestaron los miserables, hablando como las máscaras de Recoletos en Carnaval.

—Digan su nombre, pues...

—Fulano de Tal (Uno de aquellos bandidos pronunció mi nombre).

—Eso no basta—insistió el Juez;—necesito señas particulares, *inconfundibles*.

—Tiene una cicatriz en la nalga izquierda—afirmó el otro canalla.

Como usted comprenderá, los enmascarados por fuerza deben ser *amigos* íntimos... ¡Vivir para ver! ¡Qué horrible desengaño, don Arturo...!

Para mayor ignominia, mi verdugo, es decir, el representante de la Justicia, me ordenó que me bajara los pantalones...

—No hay necesidad, señor Juez—repliqué temblando de indignación.—¡Confieso que tengo esa cicatriz!

—Eso no basta—añadió con su calma habitual el sacerdote de Themis.—Necesito verla.

Con movimiento rápido rasgué mi pantalón en la parte correspondiente. El implacable leguleyo se caló los anteojos, se acercó, observó minuciosamente, y como Santo Tomás, quiso meter el dedo...

Vea, don Arturo: ¡no sé cómo ese hombre tiene las muelas en su sitio! ¡Qué humillación, Dios mío!

Y no hubo remedio: cerré los ojos y me dejé hacer cosquillas con una uña larga y enlutada.

Ordenó el Juez a las máscaras que se retiraran, y en seguida se encaró conmigo.

—¿De modo que usted es "el joven del duro falso"...?

—Yo soy Fulano de Tal, señor Juez: ni menos ni más.

—Vea; esos aires debió dejárselos por el volcán..., porque no le sientan bien a un reo acusado de tres horribles delitos: primero, del asesinato de una pobre meretriz, para robarla; segundo, de haber volado con dinamita a los agentes de la autoridad que fueron a prenderlo, y de haberlos quemado después, rociándolos con un líquido infernal; y, tercero, de expender moneda falsa...

—Señor Juez, yo no he cometido ninguno de esos delitos: ¡soy inocente!

En aquel momento un cartero entró y le entregó una nota. El Juez, con la parsimonia de costumbre, requirió de nuevo los quevedos, examinó el sello—que no le dijo gran cosa—y luego rompió el sobre con la uña que sin duda le sirve para todo...

Desdobló el oficio y se puso a leer... Yo hubiera querido hacerlo en su rostro, pero aquella cara era de palo, y no se ofenda usted, don Arturo (1).



Terminada la lectura se echó de codos sobre la mesa, y se largó con el pensamiento, para Babia, de seguro. De vez en cuando volvía y echaba una mirada furtiva al oficio que extendido había sobre la mesa... Yo me comía las uñas de impaciencia... El hombrecillo, quizás compadecido, sin decirme una palabra me alargó el papel que cogí emocionado.

Permítame una ligera digresión.

Recordará usted que el Juzgado remitió para su "análisis" en el "Conservatorio de Química" de una Institución que no es precisamente la "Rockefeller", los huesos, un zapato viejo y una cuenta *perteneciente* a la occisa.

También creo haberle referido que antes de ayer puso el Juez otro telegrama o nota muy enérgica, a imitación de las de Wilson, reclamando el dictamen pericial. Pues bien. *¡Eureka!;* ya está aquí. El esperado documento es el papel que el Juez tuvo la bondad de darme a leer...

Copiaré parte de la pieza, porque vale la pena. Dice así:

---

(1)—Poco antes de estos sucesos, cierto abogado, escritor de ingenio, publicó unas semblanzas de los periodistas que escribían en los distintos diarios—tres de cada uno—y de Arturo Reyes escribió esto:

"Contra todo cura malo,
escribe duro, muy duro,
poniendo cara de palo,
Don Arturo."

Por este motivo hice la salvedad.—(Nota de 1932).



"En San Salvador..., etc... El infrascrito *Sufsecretario* de este Laboratorio, etc., *certifica*: que habiéndose recibido para su examen... etc., y hallándose actualmente con el trancazo ,y por otra parte, no habiéndosele pagado ni un recibo va para dos años al Químico Dr. H...; item por ausencia del Secretario de este Eztituto que hace tres años está con licencia empleado en un Banco de San Miguel; Yo, el que le sigue en categoría parabajo, o sea el Sufsecretario del mizmo, en vista de la priesa que manifiesta el Juez especial de Lorenzana, alvirtiendo que su última nota es bastante irrespetuosa e indizna de un compañero; *solegnemente declaro, bajo la fe de juramento*: Que he examinado los restos fósiles remitidos por el Juzgado referido y que no son del mastodonte ni de persona humana, sino de ternera los huesos de la canilla; y que la taba resultó ser de venado, por cierto bastante jugada y *de paso culera*: que el frazmento de calavera, examinado por mí en compañía de mi asesor el jardinero de la casa, paró en que es un pedazo de ayote en dulce mal *lambido*. Del zapato digo que es bayunco, y que por lo tanto no puede haber sido *elaborado* en esta Capital, sino más bien en Suchitoto, y por lo que respecta a la cuenta de vidrio, pues tanto el jardinero como yo declaramos que es *cuenta* porque eso salta a la vista y además tiene un hoyo. —Derechos, ₡5.00.—Juro.—*Juan V. Trola*".

Hay una rúbrica que parece el plano del laberinto de Creta, y un sello todo borroso y mal pintado (A una legua se nota que no es hecho en la fábrica de sellos de hule "Rafael Reyes").

El Juez se ha quedado como lelo: puede que no piense en nada...

Yo, lo confieso, vislumbro una esperanza...— *Corresponsal soterrado.*

Acabo de leer en el envoltorio de un sandwich que se verificó antier la velada y que produjo más de mil pesos.

¡Alabado sea Dios y que El ayude siempre y recompense a mis generosos compañeros...!

¡Este es uno de los mejores días de mi vida...!

(Me levantaron en la misma fecha la incomunicación)



Todo es según el color...

LA CARCEL, Lorenzana, octubre 28.—Desde el día en que perdí las inapreciables y dulcísimas *ventajas* del régimen de los reos políticos—me admira que un hombre del talento de Caillaux las reclamara para él—me he rozado un poco con mis pobres compañeros de infortunio.

He notado que tratándose de mí, ellos se han dividido en dos bandos principales, pues no tengo en cuenta a los indiferentes, esos cuyas almas mezquinas merecieron el desprecio del divino autor de la *Divina Comedia*, y merecen el mio para que más les duela (1).

Los unos me miran con simpatía, considerándome como "colega", y hasta me sonríen... Son los

---

(1)—Suele haber un grupo mixto o intermedio, en el que forman los tinterillos, borrachines, tahures, matones o especialistas en testamentos póstumos; los defraudadores del Fisco y estafadores de alto vuelo; pero ahora no hay ninguno detenido. Me dicen que han sido puestos en libertad, de O.S., para ingresar en el P.N.D., que necesita de ellos para asegurarse el triunfo en las próximas elecciones.

asesinos y los procesados por lesiones (Forman también parte de este grupo dos o tres sátiros).

Los otros no disimulan su desdén por mí llegando hasta el límite de la grosería, pues algunos pasaron de la raya en su empeño de probar, si no su superioridad, al menos un menor grado de corrupción... Y es que las ideas sobre moral, la propiedad o el derecho a la vida, no son las mismas dentro de la cárcel que en el Mercado o en el Casino, para no poner más que dos ejemplos. Ya lo dijo Nietzsche: "Hay una moral de amos y una moral de esclavos".

Un *honrado* asesino me decía ayer, después de ofrecerme un pedazo de toronja:

—Vea, *compañero*—yo me tragué esto junto con la toronja:—*nosotros* podremos ofuscarnos a veces, ver rojo en ocasiones y en esos momentos matar, derramar la sangre del prójimo; pero nunca... ¡jamás!—el hombre se exaltaba—¡óigalo bien!, me he quedado con un real ajeno... ¡No! ¡Antes la muerte...! ¿Robar? ¡Qué asco; qué ignominia! (Yo aprobaba con signos de cabeza...) El prosiguió:—Yo podré matar a diez o a veinte; mujeres, niños o ancianos... *¡No importa...!*; pero meter la mano en el bolsillo ajeno o en las arcas nacionales... ¡No!: me moriría de vergüenza...!

Me despedí cortesmente de mi "colega" estrechando su noble mano, y me acerqué con disimulo a un grupo del bando opuesto. Saqué del bolsillo

unos cuadernillos de la Historia del Emperador Carlo-Magno, única lectura que ha podido procurarme el carcelero, y me coloqué en un sitio al cual llega tenue claridad y donde se puede leer de 10 a.m. a 3 p.m. Callaron...

Uno de ellos—sin duda el más digno—rompió el fuego lanzando el siguiente *volado*:

—Quemar a una infeliz... ¡Eso clama al cielo! ¿Robar un peso falso? ¡Ja, ja, ja! (Ríen todos).

—A mí—dijo otro—sólo de pensar que un día pudiera derramar una gota de sangre, me da *vágüido*.

—Cuando en mi casa iban a matar una gallina —añadió un tercero—yo salía corriendo...

—Nunca he tenido valor de entrar al Rastro—agregó un procesado por la enésima estafa...

—Robar no es pecado—observó el primero (El de la carcajada).

—Moisés cambió el orden de los Mandamientos —afirmó un ex-tesorero o secretario municipal, que según dice él se halla en desgracia únicamente por *desafecto*.

—El que los discurrió primero—continuó—fué un chino llamado Confucio, una reata de años antes que Moisés, diciendo: "el primero no matar".

—Y también está probado que el séptimo mandamiento es una falsificación—interrumpió un pobre añilero que el año anterior había introdu-



cido unas piedrecitas dentro de un *pucho* de *tinta baja*, a fin de llamar menos la atención del comprador.—Lo inventó Moisés porque los judíos se habían vuelto *meros mañosos*, y ya no se podía vivir...

¡Cómo se ilustra uno en la cárcel!—pensaba yo.—No sería malo que todos los *ciudadanos* pasaran aquí una temporadita...

—Y Nuestro Señor—anotó otro que había sido sacristán—anuló con hechos la ley antigua. Cuando cogió el racimo de uvas y un apóstol *metido* —que nunca faltan esos tipos—le dijo que la viña era ajena: ¿qué contestó el Maestro? "Pero yo tengo hambre:—dijo el pobrecito. ¡Palabras sublimes, señores! Nosotros estamos aquí porque ya no hay cristianos verdaderos... Está bueno que se castigue a los malversadores, a esos que roban millones sin necesidad, y que acabarán al fin por vender la patria...; a esos insaciables que si tienen un millón quieren dos, y cuando llegan a los dos quieren los cuatro...; a esos que le roban a la patria—es decir, ¡a todos!—porque ella es nuestra madre y nosotros somos sus hijos... Esos merecen castigo, y ¡muy duro!

Pero el que coge sólo lo necesario para matar el hambre de los hijos inocentes, o para la medicina de la mujer baldada, o...—pongo por caso— pa regalarle una *soguilla* a la muchacha a quien *miguelea*...; ése hace muy bien, ¡qué carape!



¡Sí, señores! No me acuerdo si fué un francés o un alemán el que gritó a las *fauces* del mundo: ¡la propiedad es un robo! Ese hombre, aunque haiga sido un hereje, digo yo que era un verdadero cristiano...

Los del grupo de amigos de lo ajeno se retiraron profundamente conmovidos, y yo me quedé meditando.

En los casinos y centros de cultura he oído discusiones parecidas sobre un tema similar: el juego.

Quien, por ejemplo, opina que el juego *más decente* es el *chivo*. "Se divierte uno sin esforzar la inteligencia... Entra o se va a la hora que quiere..." (2)

Cada cual *pone* lo que *puede* y nadie le obliga a subir, como en la *poca*...

Es rápido, limpio y expedito, ventaja inapreciable en estos tiempos del *time is money*. En fin... es un juego de señoritas.

Veamos en cambio la *poca* (póker)...

¿Cuánto tiempo se pierde sólo en barajar y en dar las cartas? Además; ¿hay algo más feo que eso del envite, sobre todo entre caballeros o amigos? ¿Pues y el *bluff*? Eso es robar...: no debiera admitirse.

¿Y qué diré del tresillo o del bridge, que el *chele* Nicolás puso de moda?

---

(2)—Si, cuando no hay un **llorón** que de rodillas implora el desquite.



¡Jesús! La muerte para hacer cada jugada, y luego los pleitos. (A mí no me gustan...) "¿Para qué diablos quería usted el punto?" o "¿quién no atraviesa allí el basto?" Que "si me endoso o que yo sé lo que hago". "Pero si yo salgo pidiendo bazas es porque he robado la espada, y su deber era cedérmela"...

Y así toda una tarde... ¡Oh, no!

En cambio, en el chivo no hay discusiones ni regaños. ¿Que echó usted un par de cincos? *Jala* usted, y "pónganse, caballeros". ¿Que echó usted cuatros? Pues... paga y entrega el *cuchumbo*. Todo muy correcto, decentísimo... Claro que el que se calienta se expone; pero el que sabe conservar su serenidad nada tiene que temer: sólo la mala suerte.

En cuanto al ajedrez, sírvanse dispensarme, pero a mí me parece un juego insulso... ¿Qué interés podrá tener una partida en la que sólo se cruza el amor propio? *Eso*, francamente, ya no se cotiza en estos tiempos...

Yo sostengo que no hay como "las muelas de la santa" y moriré en mi ley...

Así creo que hablaba Zorrapastro...

Alguien me tocó en el hombro, volviéndome a la realidad... Era el carcelero: la hora de "la conciencia y del pensar profundo" se acercaba...

Y me *encerré* a recitar lo de

"Nace el pez que no respira
Aborto de ovas y lamas...
Y apenas bajel de escamas
Sobre las ondas se mira..."

Corresponsal soterrado

Nota.—Cerrada ésta recibo el siguiente telegrama: "*Exito velada, colosal. Concurrencia, selecta. Ejecutantes, fenomenales. Producto bruto:* ₡944.87. *Remitimos cuentas correo; saldo entregarálo honorable casa turca "Thoma y Daka". Felicidades.—La Comisión.*"

No me he muerto, don Arturo, porque nadie se muere de dicha.—Vale.





Novelería estúpida

LA CARCEL, Lorenzana, octubre 28.—Nunca me hicieron gracia esos anuncios en que Juan Pérez o Pedro López, avisan a sus amistades y al respetable público que con motivo de "haber aparecido" otro individuo "de su mismo nombre y apellido", en lo sucesivo se firmarán Juan de Jesús Pérez o Pedro Regalado López.

Lo gracioso del cuento está en que nunca se sabe cuál de los Pedros o de los Juanes es el que pone el anuncio, y además esos señores no suelen ser conocidos sino en su casa, cuando la tienen.

En otras partes también se publican avisos parecidos, pero dicen más o menos así: "Leonardo Pérez García, Conductor de Trenes de la Compañía Cual, casado con Fulana de Tal, domiciliado en la calle del Oso, número tantos, pone en conocimiento del público que nada tiene que ver con el individuo del mismo nombre y apellido que aparece complicado en el robo con escalamiento del Banco Universal de Barcelona". Y nada más.

Cuando la comunidad de nombres y apellidos puede causar confusiones molestas y frecuentes, o en el caso de los hijos de Landrú, tristísimo por cierto, entonces se recurre al cambio de nombre, pero no por sí y ante sí, sino con permiso de la autoridad, para lo cual se acude al Ministerio de Justicia, puesto que se trata nada menos que de la alteración de una de las piezas que sirven para establecer el estado civil de las personas.

Aquí las cosas van más de prisa; nadie se para en barras, y cada uno se llama como más le agrada o le conviene (Así se explica la gran abundancia de tíos y sobrinos de que gozamos por aquí).

Sí; se comprende que no es nada agradable llamarse lo mismo que un individuo procesado, o como en mi caso, acusado de repugnante asesinato y detenido ya; pero aún lo es menos ser homónimo de un reo prófugo, parecerse a un conspirador o tener una filiación aproximada. Este inconveniente es aquí frecuentísimo, ya que todos los salvadoreños, quizás como descendientes de Atlacatl, parecemos hechos en el mismo molde. Todos somos *ladinos*—los indios pasaron a la historia—y todos tenemos estatura regular, nariz regular, boca regular—hay honrosas excepciones—pelo negro, etc., etc. y "señas particulares, ninguna", aunque tengamos en la punta de la nariz una verruga más grande que la de Marco Tulio Cicerón. Conozco otra excepción—la de los *cachetes soplados*, que motivó mi captura—pero

se explica porque se trataba de un político y esos son los bichos más peligrosos en concepto de nuestros paternales gobiernos.

Aquí me han contado una historia que ilustra esta disquisición, y se la voy a referir porque tiene alguna gracia: ocurrió hace medio siglo...

El único Juez que teníamos entonces—¡oh tiempos dichosos!—había emplazado al reo ausente Pedro Pérez, acusado como yo de horrible asesinato. Un día recibió el Juez un telegrama de San Miguel en que le comunicaban que Pedro Pérez estaba detenido y a su disposición. El Juez ordenó que se lo remitieran con grillos y *demás* seguridades. ¡Me imagino el viaje del infeliz asesino! Atravesado en un macho trotón; sujetos los pies y las manos, seguido a distancia por su pobre mujer, a quien sólo le permitirían darle de vez en cuando un sorbo de agua o un pedazo de tortilla...

Pues ¿y las bromitas de los soldados? Que si al llegar al Rodeo vamos a fusilar a éste hijo de tal... Que no; que en Chinameca... Que si en Mercedes, en Lempa o en los Curuncos...

En fin, que el calvario de aquel desgraciado duró ¡cuarenta y ocho mortales horas...!

Llega a San Vicente y lo llevan al Juzgado: le entregan al Juez la nota de remisión y éste sale a ver al reo.

—¡Pero este hombre no es el prófugo!—exclama el representante de la Ley, decepcionado...



—¿Verdad que no, señor?—dijo a su vez el infeliz, tirándose del macho y cayendo de rodillas...

El tal Pedro Pérez era un honrado *achín* ambulante (Por lo visto resulta peligroso eso de *ambular*).

El pobre hombre era acreedor a una indemnización, pero él se dió por muy contento—¡ya lo creo!—con que le quitaran la barra de grillos y lo pusieran en libertad... ¡La señora Justicia, después de un desaguisado semejante, se queda tan fresca...!

Todo esto lo escribo a propósito de dos avisos que he visto hoy, en que dos Men...gánez o mentecatos hacen saber al público "en general", que ellos no son yo, y que en lo sucesivo se añadirán una H el primero y una M el segundo. Buen provecho: no conozco a ninguno de esos imbéciles.

Le ruego insertar en El Imparcial el siguiente anuncio:

"El presunto asesino de la Inocente Tórtola, detenido actualmente en el soterráneo de Lorenzana, pone en conocimiento del respetable público que no tiene absolutamente nada que ver con los individuos de su mismo nombre y apellido, de los cuales se distingue en que él es gacetillero y ellos por lo visto no tienen oficio conocido, y se distinguirán en lo sucesivo en que el uno se pondrá una H al final y el otro una M en su sitio.

Advierte, además, que si sale con bien de ésta, continuará haciéndose llamar como antes; en caso contrario, ya le darán un número en la Penitenciaría Central".

Sí, don Arturo: libertad no habrá por aquí, pero lo que es *libertades*... ¡vaya!

(Hoy esperaba darle los cien colones anticipados al doctor Ronquete, y él *los esperaba* con más deseos que yo. No he recibido las cuentas ni tengo noticias de los señores "Thoma y Daka".)—*Corresponsal soterrado.*





El beneficio de todos

LA CARCEL, Lorenzana, octubre 29.—Estoy bufando (Es probable que me oiga usted desde allí). Y si no, ya me oirán otros. ¿Háse visto burla igual...? Ayer le comuniqué el telegrama que había recibido. Pues bien; a pesar de ser domingo, hoy estuvo aquí el abogado y le ofrecí "darle sin falta", mañana mismo, los cien colones adelantados y le firmé—fíjese bien—¡le *firmé* un *quedan* por 200 colones!

Media hora después recibo las cuentas, ¡las dichosas cuentas que venían por correo y que han tardado tanto! ¡Ojalá fueran de plomo y grandes como naranjas para lastrar con ellas las cabezas de los que se portan de modo tan indigno y hacen escarnio de un infeliz prisionero! ¿Dónde está el compañerismo? ¡Estoy perdido...! Jamás he visto; nunca oí hablar de una burla semejante. ¿Las de Tenorio y Mejía? ¡Pamema...!

(Serénese antes de leer y hágalo con calma, porque está usted muy gordo y podría pasarle algo.)



La *comisión*—¡siempre el anónimo!—la comisión de... bandoleros que organizó la veladita, me telegrafió que el producto *bruto* ascendía a ₡994.87, y que ya me situaban el saldo por medio de la honorable casa turca "Thoma y Daka".

¿Sabe usted, don Arturo, a cuánto asciende el *saldo* que debía servir para sufragar los gastos de mi defensa, véstirme de nuevo—una muda nada más,—darle una propina al carcelero, que al fin resultó buena persona y no tiene pelo de sordo, y pagar los numerosos sandwiches y comiditas formales que me manda mi desconocida protectora, pues nadie me quita de la cabeza que es una hembra, sin duda, ¿porque me acuerdo de Pranzzini? ¡Pásmese usted! *Asciende*—no vaya a desnucarse—a la fabulosa suma de *tres colones cincuenta centavos...!*

¡Oh! ¡Los miserables...! Figúrese usted que en mis ilusiones había llegado a creer que podría obsequiarle a la viuda de El Chile una Santa Teresa de bulto que he visto en una librería, frente al Mercado.

¿Que cómo puede ser eso, piensa usted? Pues lea esas cuentas...

Yo no soy el Católico Fernando de Aragón, pero esos pillos sin duda son descendientes de un Gran Capitán de... bandidos. Y no retiro nada de lo dicho.

Reza así el papelito—porque es un inmundo papelito, sí señor—que huele a whisky y a rincón del "Café Nacional".

"Cuentas de la velada a beneficio" (!!), etc. Abreviaré.

Producto *bruto* (bruto de mí)... ₡944.87.

Gastos (¡Dénse gusto...!):

Arrendamiento del teatro (Veo que ya no hay filantropía), ₡50.00. Licencia (Maldita sea la...), ₡25.00. Alumbrado eléctrico (Siempre la Vampiro Company), ₡75.00. *Gratificación* a los empleados (¿Y por qué no a sus mamaítas?), ₡45.00. Programas (¿Y para qué sirve la Imprenta Nacional?), ₡15.00. Invitaciones, boletos, etc. (¿Qué será esta tecétera?), ₡22.50. Correo (¿Quién se habrá quedado con las estampillas?), ₡2.50. Telegramas (De seguro que no ha llegado ni uno), ₡8.62. Alquiler y transporte de un piano (Ida y vuelta), a V. M. C., ₡20. Automóviles (¿Pero es que han ido a la China esos bohemios a traer Flores de Té?), ₡122.00. Cuenta de Hane's (¡Cómo se han hartado a mis costillas!), ₡98.75. Tocador, perfumería, etc. (Y dale con las etcéteras...), ₡30.00. Mujeres del id. (¡Todo sea por Dios!), ₡7.00. Orquesta (Rebaja del 25%). ¡Esta sí que es gorda! ¿No le parece que lo menos a que tengo derecho es a la rebaja íntegra de los músicos? ¿Qué se han hecho esos cincuenta colones? ¿De modo que si ellos cobran *cabal*, yo hubiera quedado debiendo? ¡Ah, no! ¡Esto no puede quedar

así...! ₡150.00 (1). Botones y emblemas (¿Y por qué no uñas también?), ₡10.00. Flores para las señoritas que galantemente han tomado parte, etc... (Y sandwiches también: ¡adiós mis flores!), ₡50.00. Licores y *chibolas* para los *caballeros* que galantemente han tomado, etc., etc. (¿Es decir que mi desgracia ha servido para fomentar el vicio a ciertos borrachines?), ₡24.25.

Cuentas pagadas a los acreedores del beneficiado (!!!).

¿Pero ha visto usted un abuso parecido? Estoy procesado, injustamente por cierto, ¡pero no estoy concursado! Dígame con la mano puesta sobre el corazón si no tengo derecho a liarme a bofetadas o de matar como perros a los escribidores indignos y falsos sacerdotes de... ¿cómo se llama la Musa de la Prensa, don Arturo? ¿Y no ha llovido fuego sobre esa Sodoma, o mejor dicho, *Gomorra?*

Lea, y acompáñeme en el sentimiento...

A P. Hernández, por un traje de palm-beach, con documento (!!!), ₡60.00. A la Negra Catarina, por mes quince días de *mantención* (sic), ₡60.00. A la Trini, por refrescos variados, ₡1.50. Cuenta de la "Librería Mundial", ₡7.50. A Felipe J., por dos pares de borceguíes y remuda de taco-

(1)—En la última Fiesta de Caridad celebrada a fines de diciembre, resultó un défict de $9.00, a cargo de la Beneficencia Pública.

¡Para que me tachen de exagerado.—(Nota de enero de 1933.)



nes (Nunca creí esto de Felipe...), ₡28.00. Suscripción de *La Palabra* (septiembre). Esto, en conciencia, debía pagarlo usted. Ya sabe lo que... quiero decir, C1.25. Por un billete de la lotería, al cuto de la carretilla, ₡5.00. Vales del Hispano (¡Y D. Luis es amigo de mi padre...!), ₡11.50. Por dos meses de pieza, la tercera parte (¡Pero si hace un mes que salí de allí y otro duerme en mi tijera!), ₡20. *Saldo a favor del beneficiado* (¡Soy millonario!), ₡3.50. Total, S. E. u O.: ₡994.87.— *La Comisión.*

Como usted ve, no falta ni un centavo. ¡Qué exactitud...! ¡Qué meticulosidad...! ¡Cuánta honradez...! Dan ganas de llorar...

Yo no puedo conformarme, don Arturo, y le voy a pedir un favor: háblese con su tocayo el señor Lara y hágale ver esta injusticia... Procure tocarle la cuerda sensible... El ha sido siempre muy abierto y generoso, y a mí me permite entrar al teatro cuando no tengo cómo pagar, lo que sucede con harta frecuencia, por no decir siempre... Si me devolvieran esos cincuenta colones, se aliviaría un poco mi situación...

Mi número de la lotería es el 606; pero está en poder del Juez, junto con cuarenta y siete colones doce centavos: todo mi capital.

Sin noticias de la honorable casa "Thoma y Daka".

Renuncia para siempre a ser otra vez "beneficiado" y confía en sus gestiones, su afectísimo.—*Corresponsal soterrado.*

P.S.—Conste que no protesto por lo que se gastó en flores y perfumes para las bellas y distinguidas señoritas que tomaron parte en la velada —aunque el perfume no era necesario,—que ellas se merecen eso y mucho más...: ¡ya lo creo!



El comandante, la tía y el juez

LA CARCEL, Lorenzana, octubre 29.—Fué tal mi indignación está mañana que no me aguanté, y ya vió usted cómo invertí el orden natural, hablándole de la velada antes de tiempo. La verdad es que *era* lo que más me interesaba por el momento.

Desde que entré *en el goce* del régimen de los reos comunes, mi protectora incógnita ha hecho alarde de generosidad. No sólo me manda unas comiditas capaces de resucitar a un muerto, servidas en una batea nuevecita, cubierta con nívea y bordada servilleta, sino que desde el primer día me envió ropa—dos mudas de blanca interior y un *ambo* de dril de cáñamo casi nuevo, como no lo soñé nunca.—La ropa me queda pintiparada. ¿Será del hijo de Don Fulano y andará en esto la mano de la señora Engracia? Todo puede ser... Por la tarde me pidieron la ropa sucia. No hay que hacer: tengo una madre providente en Lorenzana.

Cuando llegué al Juzgado, el día de la tercera audiencia, el Juez examinaba con atención exquisita unos huevos de gallina que envueltos en algodón sacaba de una caja... Mientras observaba uno al trasluz, le habló así al Secretario:

—Vaya un momento allí enfrente—creí que lo mandaba a la farmacia a prestar un microscopio, una balanza de precisión o a traer algún reactivo—y dígale al señor Comandante que tenga la bondad de *prestarme* un momento al reo Garrote.

—Este debe ser el sátiro de Ixtepeque—pensé yo—que por su calidad de Comandante de Cutenampa, *goza del fuero de guerra* y vive muy *arrecho* en el cuartel, mientras su víctima—hablo de mí—se pudre en este sumidero...

No me equivoqué. Momentos después entraba dicho animal con la misma cara de idiota, limpio sí, con la camisa azuleja, sin duda por habérsele ido la mano en la dosis de *sacatinta* a la señora comandanta.

—Acérquense—nos dijo el Juez, hablando esta vez en *la menor*. Se encaró luego con el militar, y le preguntó:—¿Conoce usted a este señor?

El interpelado me miró estúpidamente, y en seguida hizo signos de negación con la cabeza (Tiene este bruto cierto aire con Robinsón)...

—¿Y usted lo conoce a él?—me preguntó el Juez en seguida.



—¡Sí, señor!—repuse alzando la voz.—Este hombre, tomándome por una mujer, quiso abusar de mí la tarde del 28 de septiembre, en Ixtepeque...

El infeliz abrió una boca de a cuarta...

—No me conoce—proseguí—porque estoy barbado, y esa tarde yo llevaba puesto el traje que le compré a la infeliz asesinada. Este señor me condujo por la fuerza a una casucha apartada; allí pretendió *seducirme*, y tuvo la audacia de darme el famoso duro falso, que según parece pertenecía a la muerta... Como yo no lo cogiera, él me lo echó dentro de la camisa...

Yo creí que iban a saltársele los ojos al pobre comandante...

—¿Y usted que dice a eso?—le preguntó el Juez.—Usted negaba que hubiera estado con la muerta esa tarde, y ya ve lo que dice el señor...

—Bueno... es verdad que yo *miguelié* a una, que ha resultado ser *uno*, puesto que el señor dice que era él...; pero de la muerta no sé nada, ni la vide nunca...

—¿Es cierto que usted le dió al señor el peso falso?

—Eso no lo niego; pero yo no sabía que era falso...

—¿Y cómo tenía usted ese peso? ¿Dónde lo había usted cogido?

—Pues yo digo que quizás me lo dieron en el pago de una media hanega de maíz que vendí la

víspera... Un peso falso lo tiene cualquiera, y uno... pues no los bota. Claro que procura pasarlos, así como se *los meten* a uno. Yo no lo hei hecho...

Pero, bueno—prosiguió después de recapacitar un momento y de expeler medio litro en un solo escupitajo,—si el señor venía vestido de mujer, y los trapos eran de la difunta, pues está visto que él es el *matador*...

(Aquella bestia no era tan bestia.)

Le ordenó el Juez al "pájaro triste" que sacara la ropa recogida en la finca de los Infiernillos, y yo reconocí en el acto los trapitos que *estrenó* la Inés el día de San Francisco, y que en mala hora adquirí. Por cierto que están hecho trizas (De seguro que en ello anduvo la mano celosa de Casimiro)...

—Esa es la ropa—dijo el comandante:—conozco las *naguas* y el rebozo...

No sé si fuí demasiado lejos en mis declaraciones, y tal vez me perjudiqué; mas de todos modos había que explicar cómo se hallaba la ropa de la muerta en los Infiernillos, y la boleta número 15873 que encontraron en el cuarto de Don Fulano, para el cual hay orden de captura, tanto por este hallazgo como por lo de la explosión en la finca Bellavista, de cuyas resultas murieron tres *cuilios* y quedó gravemente golpeado Casimiro, que se halla en el Hospital según parece.

(Lo menos que yo puedo hacer es salvar el honor de mi protector, y a ello estoy dispuesto aunque me cueste la pelleja).

El Juez, luego que se hubo rascado la cabeza largo rato, me preguntó:

—¿Quiere usted explicar por qué tenía esa ropa en su poder?

—Señor, días pasados le dije a usted todo, y ahora me ratifico. Este traje se lo compré a una muchacha desconocida que encontré en la barbería de Molineros, y me separé de ella en seguida. Momentos después hallé un sitio aparente y me cambié de ropa. Como a las cinco tuve la desdicha de tropezar con este señor, que empezó a enamorarme y valido de su *elevada* posición oficial, quiso abusar... El me dió el duro falso que tanta bulla ha metido, y él no lo niega, como usted lo ha visto.

—Vea que entre la tía de la muerta—le dijo el Juez al Secretario, que daba grandes cabezadas de sueño.

Entró una vieja sesentona y amojamada, en cuya cara de zorra se leían de corrido multitud de picardías.

La mujer me reconoció en el acto, aunque no me había visto nunca. Le supliqué al Juez que le preguntara si podría reconocer el peso falso que tenía la Inocente. El accedió, y al mostrárselo juró ella por su salvación y por sus hijos, que aquél y no otro era el peso de la muerta; que re-

cordaba muy bien que era del año 93, y que Colón tenía un *aruño en la nariz* (Esto lo dijo después de examinar la moneda)... El Comandante pone una cara de aflicción que da risa. Yo finjo impavidez...

El Juez, con el belfo inferior cogido entre el pulgar y el índice de la mano derecha, se dedica a contar las telarañas del techo. El gran criminalista nunca se vió en otra más gorda.

Yo me atreví a objetar que después del dictamen pericial no podía afirmarse que la Inocente hubiera muerto. ¿Y sabe usted lo que me respondió este So...lón? ¡Que ahora a nosotros nos toca *probar* que "la muerta vive"...! ¡Estoy lucido!

Y se suspendió la audiencia.

El Comandante se fue a *gozar* del "fuero de guerra" y yo volví a esta cueva, a cultivar amistades nuevas entre mis distinguidos compañeros. —*Corresponsal soterrado.*

Los anónimos, la carta y mi tío

LA CARCEL, Lorenzana, octubre 30.—Una de las calamidades que más nos afligen es el uso y abuso del anónimo. Este flagelo está relacionado con la pérdida del valor cívico, mal que a su vez tuvo origen en la tiranía perpetua en que vivimos (1).

El anónimo, arma de los cobardes, se ha hecho de uso muy corriente, sin duda porque ya lo vamos siendo todos (Cobardes: no corrientes, a menos que se trate de Diego Corrientes).

Nadie firma lo que escribe... si no son versos anodinos o cuando la prosa es para ensalzar a algún mequetrefe en candelero.

Hubo tiempos, desde luego más felices, en que no se conocía por aquí el anónimo. Mi padre refe-

---

(1)—**Vivimos** es pretérito perfecto, pero no respondo, porque en gramática calzo los mismos puntos que en historia. Puede que no sea muy perfecto... ni tan pretérito.



ría que esta calamidad, como la peste y alguna todavía peor, nos vino del "cercano oriente", allá por el año 80 (No quiero precisar más: basta con que me comprendan algunos)...

Toco este tema porque para estos papelitos inmundos no hay lugar inaccesible; ni la cárcel. Otras cosas se perderán en el correo, pero los anónimos, como la muerte, llegan siempre.

Los he recibido desde que me comunicaron de nuevo con el mundo... Los primeros obedecían a móviles egoístas... En uno de ellos me aconsejaban ponerme en manos de Fulánez, y en otro me decían que "cuidado me ponía en tan inexpertas manos". En éste, que fué Menganez quien mangoneó más en el malhadado asunto de la velada, y en aquéste que Zutano "se menea" para que me den una amolada de las buenas. Total, nada.

Dos recibí ayer tarde. El desconocido autor del primero de ellos me llama ignorante, pues dice que Colón nada tuvo que ver con doña Marina —lo siento por Colón,—y que quien cometió este pecado—el que entre paréntesis no tengo derecho de absolver—fué Hernán Cortés, el inmortal conquistador del Imperio de Moctezuma.

Me inclino respetuoso ante la verdad histórica —si fuera verdad *aritmética* me inclinaría también—y confieso mis escasos conocimientos en Historia Patria, advirtiendo que incluyo en ésta la de España; pero no dejaré pasar la ocasión—que por eso la cojo por los cabellos—de abogar

para que se establezcan bibliotecas en las prisiones. El costo de cien o doscientos volúmenes escogidos por alguien que lo entienda—me parece que el maestro Masferrer lo tiene ya hecho—no arruinaría a la nación y ello sería de grandísimo provecho para los pocos presos que sabemos leer.

En el segundo anónimo, que también vino por correo, de la capital, un incógnito enemigo me llena de improperios. Que soy un esto y un aquello; que ojalá me tengan aquí toda la vida; que todo lo que escribo es una lata, y que a él—al *autor*—le sirve de narcótico, etc., etc.

De mi padre sólo conservo un cuadrito sin valor comercial. Se trata de un grabado en colores cuyo asunto es la fábula de La Fontaine "El Molinero, el asno y su hijo". La moraleja es que no podemos contentar a todo el mundo... ¡De cuánto me ha servido ya!

Al referir mi odisea pintando de paso algunas de nuestras costumbres, no creo haber ofendido *particularmente* a nadie, y juzgo gran simpleza darse por aludido en tales casos; pero más tonto me parece leer cosas desagradables cuando nadie ni nada nos obliga. Es el caso de "el que por su gusto muere"...

Yo tengo por costumbre, antes de leer algo, averiguar quién lo ha escrito, pues en mi "*índice* particular" figuran muchísimos autores. Antes me dejaría desollar que leer una novela de la señora

Invernizzio, pero nunca se me ocurrió escribirle para que lo sepa. ¡Valiente cosa le importaría a élla!

Creo que este anonimista se queja de vicio... ¿Hay algo más sencillo que no leer mis insulseces? Que "él no quiere ver mi firma", dice... ¿Hay algo más fácil que suprimir la suscripción, o no pedir el periódico si lo lee de gorra? Tiempo hace ya que no compro ni leo los dos diarios que me parecían "latas" e "inmorales" por dedicarse a la tarea de engañar al público *disfrazando* la verdad; mas no se me había ocurrido contarlo, y a ellos menos; es hoy la primera vez que lo digo, por culpa de mi "valiente enemigo".

¿Qué más quiere si mis crónicas le sirven de narcótico? Entre gastar diez centavos diarios en adalina o en luminal, y cinco en El Imparcial, donde siempre hallará algo que sea de su gusto; que le provocará el sueño sin perjudicarle los riñones, y cuyo papel puede sacarlo además de algún aprieto, yo creo que no hay que titubear...

Padecí en una época de insomnio y de apuros económicos a un tiempo, cosa por lo demás muy lógica, y me curé radicalmente leyendo una Economía Política que me prestó un amigo. Es decir, curé del insomnio solamente, que de los *ahogos* económicos ya ve que sigo peor (Doy gustoso la receta)...

Dando por concluido el enojoso tema, le cuento que recibí y leí lleno de agrado una carta de Don

Fulano. Me refiere mi buen amigo que ya arregló sus dificultades; que ha dejado el escondite y que mañana sale para su finca. Está agradecido por lo que declaré y que alejó de él toda sospecha. Quedaba el asunto de la pólvora—dice—pero Casimiro declaró *la verdad* poco antes de morir (¡Dios lo haya perdonado!).

Declaró que él había advertido a los *cuilios* que no entraran con candela ni fumando al rancho de la pólvora, pero que no le hicieron caso porque *andaban bolos*, y que diciéndolo estaba cuando se produjo la explosión; que no recuerda más sino que otro día lo recogieron (Una viga le fracturó la columna vertebral). *Añadió* que el negocito de la pólvora era cosa que ño Cleto hacía a escondidas del patrón. ¡Qué *bueno* era Casimiro...!

Me refiere Don Fulano—y esto explica ciertas palabras del Juez—que dos de los detectives, los más borrachos de seguro, ardieron como terrones de azufre, y que cuando se practicó la inspección, de uno de ellos todavía quedaban los pies.

Para consolarme sin duda, agrega mi protector que un cuñado suyo, que lo es a su vez del tío de una prima de la esposa de un Subsecretario *de verdad*, logró arreglarle su asunto, y que confía en que yo también he de salir bien, puesto que el luminoso dictamen pericial deja sin fundamento el cargo principal.

Lo malo es que la tía de la Inocente, que ya había aceptado la herencia—la mitad de una casa y



de un terreno—se ha mostrado parte civil, acusándonos al Comandante y a mí de mil barbaridades—de estupro inclusive—y le ha dado el poder a... ¿a quién se figura usted, don Arturo? A don Pedro Zalea, ¡a mi tío!

Verdad es que este tío lo es de todo el mundo. El día que llegó a la cárcel por mi contestación, todos los reos le gritaban: "buenos días, pariente", o "venga acá, tiíto de mis entretelas..." Porque estos pobres muchachos tienen un humor envidiable. ¡Dichosos! ¡Que Dios se los conserve...!

Cuando le dije a don Pedro que Ronquete iba a ser mi defensor, fué cosa digna de oírse y de verse... Lo primero que hizo fué "desconocerme". Blandiendo en la diestra un macizo garrote y en la siniestra un enorme pañuelo colorado; con el *cumbo* echado hacia atrás, aquel hombrecillo se me figuraba Marat, si Marat hubiera usado *chapeau melón*.

—¡Nos veremos!—me gritaba echando chispas de sus ojillos de víbora...

Y me echó en cara lo del incienso...

¿Por qué *dolerá* tanto *malgastar el incienso*, don Arturo...?—*Corresponsal soterrado.*

LA CARCEL, Lorenzana, octubre 30.—Cervantes dijo de la cárcel que es un lugar "donde toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitación"...

Y eso que tanto él como el inmortal autor de la *Celestina*, Fernando de Rojas, pudieron escribir novelas y comedias cuando estaban presos... ¡Dichosos! Aquí, se ve uno y se desea para escribir cuatro letras.

Respecto al trato, mejor es no hablar de ello, que tres siglos después, en ciertas *democracias* que gastan muchos quintales de pólvora y consumen miles de botellas en celebración de su "cumpleaños", viven los reos en condiciones tales que si resucitaran las víctimas de la Inquisición o de la Bastilla, exclamarían al vernos, imitando a Rosaura:



"Sólo diré que a esta parte,
Hoy el cielo me ha guiado
Para haberme consolado,
Si consuelo puede ser
Del que es desdichado, ver
Otro que es más desdichado..."

Permítame que vuelva esta hoja triste para contarle "confidencialmente" un caso *grave*.

Hace días que llamaba mi atención un preso raro. Es un tipo que se halla en la plenitud de la vida... Permanece alejado de la bulla; cuando habla no lo hace con más de uno, y baja la voz. Si está solo parece que soñara...

Hoy, cuando terminé de escribir mi anterior y me disponía a distraerme un rato con las aventuras de los Doce Pares de Francia, se acercó a mí dicho sujeto; se sentó a mi lado sin decir palabra y me alargó un papel. Lo miré sin cogerlo pues me pareció que era una boleta de empeño, de esas que llevan impresas al respaldo las *generosas* condiciones de los prestamistas.

—No tengo ni un real—le dije (Creí que me la ofrecía en venta).

—Haga el favor de leer—repuso muy atento.

Leí. Era la circular de los fundadores de un *nuevo partido*—recordé sin querer a los que gustan de cambiar de nombre—y resultó que los que yo creía artículos del Reglamento de las casas de



Préstamos eran nada menos que *el credo* del flamante organismo (1).

Sin decir oxte ni moxte lo devolví a mi interlocutor (La política no me atrae y no creo en ningún credo: para mí, credo y mentira son sinónimos).

El hombrecito me hizo disimuladamente cosquillas en la mano derecha: yo comprendí que era una señal y que este individuo está afiliado en alguna sociedad secreta... Decidí ser muy prudente (Detesto los secretos y siempre amé la luz meridiana y a las chicas guapas).

—Vea, joven—me dijo aquel sujeto:—es una lástima que no sea usted de los nuestros... Sólo en la juventud hay fe y entusiasmo, amor y generosidad, que son las palancas que servirán para volver el mundo del revés... Permítame una pregunta: ¿le gusta a usted la política?

—Me da asco...

—¡Magnífico...! No esperaba menos, pues leo en sus ojos la nobleza; conozco que hay en usted ideales—al menos en embrión y en terreno propicio—porque usted ama la verdad... Usted está aquí por un error...; pero saldrá muy pronto: mañana quizás...

Me descubriré ante usted sin ningún temor: yo soy un propagandista de las nuevas ideas... Siem-

(1)—En aquella época comenzó la propaganda comunista en El Salvador.



bro para que cosechen los que vienen detrás...; me sacrifico para que los que ahora nacen sean menos esclavos...

¡No...! No me mire usted con lástima, que no estoy chiflado, como creen muchos cretinos... ¡Claro! Ellos son incapaces de comprender que se trabaje sin provecho inmediato; que se siembre para cosechar tarde o nunca... ¡Por eso ellos ya no siembran ni bálsamo! Y sin embargo, los muy imbéciles se creen "cristianos"... ¿Qué otra cosa hizo Cristo, aquel hombre que se volvió inmenso por su amor al prójimo, y del cual han hecho un dios cómodo y hasta ridículo todos esos miserables podridos de egoísmo?

Predicar la fraternidad de los hombres; luchar por la justicia, sacando ante todo a la mujer de la esclavitud en que gemía, para hacer de ella nuestro igual...

Abominar de los farsantes y de los hipócritas; fustigar a los usurpadores del poder divino; a los explotadores sin conciencia; a los que monopolizan las riquezas...

El consolaba a los tristes, daba consejos al necesitado, y comunicó a sus adeptos la fe en una vida mejor, fortaleciendo su esperanza... Y por último murió gloriosamente por sus altísimos ideales...

Entre nosotros también ha hallado imitadores... ¡Cuántos mártires tenemos ya!

Rechazó la mano que Pilatos le tendía... ¿Qué habría sido de la obra de Jesús si El no muere en el madero infamante? ¡No quedaría de ella nada...! Cierto es que apenas queda... muy poco.

Nosotros somos los nuevos cristianos... Como los "iniciados" primitivos, nos ocultamos, vivimos a salto de mata, perseguidos como perros...

También somos pescadores: llevamos la red al hombro...

¡Qué tiempos aquellos! Jesús predicó durante tres años lo que veinte siglos después los gobiernos capitalistas llaman "doctrinas subversivas"...

Y los romanos le dejaron tranquilo. Es que entonces existía la libertad del pensamiento: no había aparecido aún ese monstruo llamado Fanatismo.

Joven: el mundo marcha, pero muy despacio y a veces hacia atrás... Los neo-cristianos, como hace veinte siglos, no huímos de un Nerón, sino de miles de ellos...

¡No importa! Nosotros tenemos un arma prodigiosa: ¡la prensa!... Su empuje es irresistible y su poder inmenso...

¡Sea usted de los nuestros! Huya de la política... Esa es el arma de los explotadores... Al pueblo no debe importarle que el tirano se llame Emperador o Presidente; o el amo Pedro o Juan: para él lo mismo da... Dejemos que se desenreden ellos solos. Nada de elecciones ni de representantes... ¡Farsa, farsa y sólo farsa...!

No es la forma de gobierno la que deseamos cambiar, sino algo más hondo: las bases de la sociedad, del edificio entero que amenaza desplomarse... No queremos nuevas leyes o *ratoneras*, sino justicia seca...

Yo no opino por la destrucción del mundo actual, porque ahora renacería más contrahecho... y habría que empezar de nuevo. La hora ha de llegar; se acerca ya: esperemos.

Los maestros podrían hacer mucho, pero—¡triste es confesarlo!—algunos son esclavos..., y esclavos *conformes*, que *dejaron de ser hombres*...

Tengamos fe... y sobre todo paciencia, porque de nuestra siembra, si acaso veremos las primeras briznas...

Este hombre no es un loco, don Arturo.

Como se acerca la hora del encierro, le pregunto por qué está en esta cueva.

Sonríe y me dice:

—Pues que ya le dije a usted lo esencial, no le ocultaré lo nimio...

Yo me hago encarcelar en todas partes... Desde México hasta aquí, ninguna ciudad me negó albergue en sus prisiones. ¡Oh! No hay que cometer delitos: basta con simples faltas de policía. En Cojutepeque rompí un farol municipal, y me tuvieron diez días guardado. En un lugar cuyo nombre no quiero recordar, canté la "Cara Sucia" y no sólo me llevaron a la cárcel, sino que antes me molieron a palos... ¡Gajes del oficio...!

Aquí usé un medio un tanto cómico: me reí en las barbas de un señor que se enfunda en una levita muy larga, y él se encargó de abrirme las puertas de este Alcázar... Creo que saldré mañana: si algo se le ofrece...

Nos interrumpió la llegada de mi almuerzo...— *Corresponsal soterrado.*



¡Eureka! ¡Milagro! ¡Albricias!

LA CARCEL, Lorenzana, octubre 31.—Estoy tan contento que de seguro barbarizaré más que de costumbre, y no será remoto que exclame como Monsieur Prudhomme, el célebre personaje de Monnier—no confundirlo con el del chocolate, que sólo usa una ene:—"Este sable es el día más hermoso de mi vida." Porque el de ayer fué para mí un día glorioso, al menos desde las dos y media de la tarde en adelante. Oígame, digo: lea usted.

Llegué al Juzgado, como nunca, triste, por completo perdida la moral (Me está saliendo en verso, ¡voto a tal!)... Ronquete me había avisado el mismo día que estaba ronquísimo, con una influenza horrorosa y que tenía cama para algunos días... Me alegré porque aplazaba así el momento de contarle el ridículo resultado de la velada, pero lo sentía también, porque sin el auxilio de alguien presentía que iba a dejar aquí los huesos. Al pensar que para salir libre había de probar que *un muerto vive*, me daban ganas de llorar.



Presa de profundo desaliento escuchaba la melíflua voz del Juez como quien oye llover, y acompañaba al Secretario en dar cabezadas... Respondía a todo de manera maquinal, y se me daba una higa de Garrote, de la tía y hasta del tío de *su abuela,* que escribía a saber qué zanganadas sobre una mesa retorcida y coja que está pidiendo yoduro... con lastimeros crujidos.

Allá de higos a brevas, entre bostezo y bostezo, lanzaba yo miradas lánguidas a través de la reja del balcón, envidiando ora a un zopilote que revoloteaba ingrávido cerca de las nubes, ora a un granujilla que se dirigía sin ganas a la escuela prolongando voluntario su camino...

De repente veo a una muchacha que se arregla una media retorciéndose ligera el barulé y mostrando una pantorrilla torneada muy bien hecha. Me da un vuelco el corazón y la sangre golpetea en mis sienes. ¡Cosas de la edad! ¡Está ya tan lejana la noche del sábado famoso...!

Mis ojos debieron ser los de una sierpe, y mis miradas potentes como las de Onofroff, porque la muchacha, cual si la hubiese llamado, volvió la cabeza y me miró... Lancé un grito, titubeé un segundo y me abalancé al balcón...

El Juez se digna sorprenderse dejando por un momento su pachorra; el secretario abre los ojos; Zalea, con la péñola en alto semeja un director de orquesta, y la zorra de la tía frunce el entrecejo, la trompa y la nariz: parece de hule.

—¡Es élla! ¡Es la Inocente! ¡La *muerta*, señor Juez...!—exclamo yo.

Se acercaron todos a mirar... La muchacha, sorprendida, se aleja a buen paso y dobla la esquina hacia el poniente...

Yo me vuelvo hacia el Juez y le suplico, le ruego por todos los santos, cuya festividad conmemora mañana la Santa Iglesia y celebra este pueblo piadoso, que dé la orden de seguirla, de capturarla, de traerla en seguida—de los pelos si es preciso—para que termine de una vez mi horrible pesadilla, porque era ella; yo estaba seguro, sí...

El Juez se deja caer sobre la silla, derrengado por la emoción o el excepcional esfuerzo; inclina a un lado la cabeza, y empieza a marimbear con toda calma una mazurka en el borde de la mesa.

—Señor Juez—dice a su vez la tía, acercándose y haciendo genuflexiones,—mi apoderado el *doctor* Zalea aquí presente—el nombrado hace una reverencia—y yo, como parte en este juicio, protestamos de la aptitús del acusado, indisna de las circunstancias y de un lugar tan serio. Yo no creo que esta comedia merezca que la justicia se distraiga del camino recto... Mi sobrina, que esté en gloria, está bien muerta—la vulpeja finge que se enjuga una lágrima—y yo no permito que se juegue con su santa memoria (Al decir esto hacía pucheros)...

—Mi poderdanta ha hablado como el Rey Salomón—añadió don Pedro, solemnísimo.



El Juez, ante la gravedad del caso, acudió según su costumbre a inspirarse en el techo, recontando las numerosas telarañas.

Pero la noticia se había extendido como un reguero de pólvora.

Del Juzgado "especial" pasó al vecino, en momentos que ensayaban una ópera; de allí pasó a la guardia; de la guardia a la plaza y de la plaza a toda la ciudad, que en vísperas de feria se hallaba alborotada.

—¡Milagro! ¡Milagro!—empezaron a gritar.

(Parece que aquí hay muchos creyentes.)

Se formaron grupos numerosos. El Comandante hizo cerrar a toda prisa la *muralla*, que así creo lalman al zaguán en la jerga militar.

Media hora después traían a la Tórtola en peso. La muchacha forcejeaba y repartía pescozones. Como es muy regular, se conoce que menudeaban los pellizcos.

Yo diera cualquier cosa por que usted hubiera visto a la tía y al procurador Zalea. ¡Créame que valía la pena!

—Grandísima sinvergüenza—le dijo la tía a la Inocente, apretando los puños y mostrando dos colmillos que de pura pereza no se han fugado todavía,—ya ves en qué enredos nos has puesto con tus cosas...!

—Usted es la enredadora, vieja tramposa y bruja—respondió la briosa sobrina;—usted, que



debía estar pudriéndose en "la casa nueva" (1). ¿Con qué derecho ha vendido mis cosas? ¿Por qué inventó que me habían matado?

Le confieso que le dí a esa muchacha un abrazo como no se lo he dado a nadie en mi vida (No olvide que soy soltero)...

—Señor Juez—dije yo teniendo de una mano a la ex-difunta, como en la apoteosis del Tenorio:—ya que la verdad brilla hoy esplendorosa para suerte mía, me parece que tengo derecho a ser puesto en libertad inmediatamente...

—Poco a poco, señor mío—me respondió el criminalista insigne con su calma habitual.—Tenga paciencia, que aún quedan muchos trámites que llenar... Activaré el asunto. Yo creo que dentro de un mes o quizás antes... si da usted fianza, podrá salir...

¡Qué cuesta a veces no ahorcar a ciertas personas!

—¡La libertad! ¡Que lo saquen...! ¡La libertad!—gritaban mil voces en la plaza (Aquella gente sin duda me tomaba por Barrabás)...

El Juez ordenó que me bajaran de nuevo y se largó a consultar con Pilatos, con Caifás y con el Archipámpano de no sé donde...

¡Mi gozo en un pozo! Estoy temblando, pues acabo de recordar esta inoportuna anécdota.

(1)—Durante muchos años, en San Salvador se designaba la Cárcel de Mujeres con el nombre de "casa nueva".

"Hace tres siglos fué ahorcada en Cremona (Italia), una mujer acusada del asesinato de su marido. Ella negaba, pero sometida al tormento, confesó.

Pocos días después de ejecutada apareció el marido, que había tenido necesidad de hacer un viaje secreto. El desgraciado, ya que no podía resucitar a su esposa deseaba rehabilitarla; pero los jueces que la habían condenado le trataron de impostor, y lo procesaron, porque su muerte *estaba probada plenamente* con la confesión de la autora del crimen. El desventurado tuvo que huír, pues los señores jueces, por no confesar su error, se hallaban dispuestos a cometer un nuevo asesinato".

¿Qué va a ser de mí...?—*Corresponsal soterrado.*

P.S.—Hace un momento recibí un papelito que dice así: "El milagro es Patente; recuerde que el 13 empesé la nobena y como no huvo resultado la repetí el 22, asi es que ayer hacabé y aparesió la muerta. Dé las gracias al Ceráfico San Francisco. Dicen que hoy lo sacarán de ese infezto lugar. Véngase derecho detrás del Santuario, donde hay una lora en el palo de una sombra. Lo espera sulla Engracia".

¡Oh! ¡Cuántas cosas explicadas en un *chiffón de papier...!*—Vale.

LORENZANA, Día de Todos los Santos.—Parece que ante la actitud del *populacho*—se le llama así cuando protesta y *pueblo* cuando aplaude—las autoridades se reunieron a toda prisa presididas por Pilatos y decidieron mi inmediata libertad—28 de febrero, ¡bendito seas! (1)—sin hacer caso de las sesudas observaciones del señor Juez especial, que volvía por los fueros de la rutina—de la Justicia decía él—y se aferraba a los trámites ordinarios. Suerte que en nuestro maravilloso país el Ejecutivo manda, al contrario de

---

(1)—El 28 de febrero del año en curso ocurrió una tumultuosa manifestación de protesta por el Decreto que declaraba desmonetizada la plata. Hubo varios muertos cuyos cadáveres fueron paseados el día 1º de marzo frente a la casa de la familia del señor Presidente. Fué aquello tan imponente, que la Policía dejó hacer...

Afligidísimos los señores del Gobierno, derogaron el Decreto, y fueron... más allá de la ley: acordaron que no sólo se recibirían todas las monedas de plata, sino también las de plomo, estaño y otros metales.



lo que pasa en la atrasada Europa. ¡Boca abajo, *chivos* y curiales! Lo único que Pilatos le concedió al Juez fué prestarle su *huacal* para que se lavara las manos (Falta le hacía)...

Con sus manos lavadas llegó al Juzgado el gran criminalista y puso de su puño y letra un auto de sobreseimiento que hubiera causado la envidia de muchos magistrados que yo conozco. Empezaba así: "*Considerando*: que la interfecta Inocente Tórtola no ha sido asesinada, lo que me consta de vista y de oídas por haberse presentado en esta fecha la propia interesada, etc..."

Me llamó en seguida; hizo que el Secretario me entregara mi dinero y mis papeles, los que guardé sin mirarlos; pero el Juez me obligó a revisarlos para que firmara el correspondiente recibo... y devolviera además el "resguardo" respectivo.

¡Pero esta es la tierra del milagro, don Arturo! ¿Creerá usted que el billete de la lotería ha cambiado de número? ¡En vez del 606 me topé con el 914! Usted dirá que viene a ser lo mismo (Igual cosa pensé yo)... ¡Con tal que al mío no le haya tocado el gordo...!

En cuanto al dinero la transformación era total. De los nueve billetes de cinco colones, cuatro resultaron del Banco Nacional y cinco chapines: las dos bambas se habían vuelto falsas, completamente *chocas*, contagiadas de falsedad por los testigos y de ceguera... quizás por el Juez. Sólo el real de níquel era el mismo. No me dí por aludido—

¡me acordé de los pícaros trámites...!—y firmé ese recibo y todo lo que quisieron...

Cinco minutos después, al pisar los umbrales de la casa de Tócame Roque donde se alberga el falso ídolo de Themis, recibí la ovación más estupenda que he recibido en mi vida. En confianza, es la única... Guárdeme el secreto (Creo que he batido el *record* que detentaba nuestro Embajador en Ubeda).

El pueblo soberano aplaudió y me vitoreó (Por eso le llamo pueblo, y... soberano)...

Mi intención era irme de allí a la casa de la lora, pasando antes por donde "Thoma y Daka", pero el hombre propone y Dios dispone. En la puerta de la Cárcel, o de las Casas Consistoriales—esto suena mejor,—me esperaba un negro distinguido y elegante. Esto basta para que usted comprenda que no forma parte de la famosa "cuerada de negros vicentinos". No; éste es un negro auténtico, *gentleman* por contera, ciudadano yanqui. Vestía un redingote gris, chistera del mismo color y guantes id. id. Se descubrió atento y haciendo una graciosa reverencia me habló así:

—Good morning, dear sir (Seguiré en español para mayor comodidad)... Jimmy Thomson tiene el honor de saludarlo y viene a proponerle un brillante negocio. ¿Querría usted venir un momento al Hotel conmigo...?

Yo le indiqué que antes deseaba cortarme el pelo y afeitarme, pensando que encontraría quien

lo hiciera por 25 pesos de Guatemala, pero él me dijo:

—Oh; my barber will shave you perfectly...

Acepté, y minutos después Mr. Thomson y yo estábamos en íntimo *téte-a-téte.*

El simpático negro, que exhibía algunos fenómenos en la feria, me propuso una contrata para exhibirme también en su barraca, ofreciéndome veinticinco colones diarios, y el gasto del Hotel. Añadió que la Tórtola había aceptado ya.

La necesidad tiene cara de chucho, don Arturo. Me hice de rogar un poco, hablé de un pequeño adelanto, y convinimos por fin en que formaría parte de su *troupe* por quince dólares diarios, pagados diaria y anticipadamente (No sé por qué se me ha puesto que el día menos pensado amaneceremos con el papel moneda)...

Otro negro (Tommy) me peló y me afeitó dejándome guapísimo. Con barba postiza me condujeron a la barraca, y me instalé al lado de la Inocente, que entre paréntesis está muy guapita también, con su poquito de química y su mucho de *chongos*...

(La barba era sólo para cruzar las calles y no perder clientes. Todos los fenómenos hacen lo mismo).

Al Comandante de Cutenampa no le permitieron exhibirse las autoridades superiores, ignoro si porque ya se han exhibido muchos, o por celos o por el afán laudable de mantener siempre altos

los prestigios de nuestro Ejército (Es muy probable que alguna de las órdenes generales *importantes* lo prohiba). Porque no sé si usted sabe que también hay órdenes... *¡pché...!* que no valen un comino...

Este negro empresario está haciendo *pisto*... Todo el mundo viene a admirarnos... Se ve que ésta es gente muy sencilla: los más nos miran callados y respetuosos... ¡Figúrese! ¡Nada menos que una *resucitada...!*

Algunos, más atrevidos—supongo que de Apastepeque, pues dicen que allí todos son tinterillos—se atreven a hablarnos, nos hacen preguntas a veces capciosas, nos dan la mano y también uno que otro puro.

Un fenómeno vecino mío que tiene dos cabezas, está admiradísimo. Dice que en el "Cercano Oriente" la cosa era al revés: el público les pedía puros a los fenómenos. Yo le he obsequiado los míos... ¡El pobre se fuma dos a la vez...!

La Inocente ha recibido ya muchas *proposiciones*. Un viejo, que según dicen es dueño de la mitad del cerro de Siguatepeque, le ha hablado de casamiento, pero la ex-difunta quizá tiene otros proyectos...

Hoy me explicó su misteriosa desaparición... ¡La cosa más tonta, don Arturo...! Un coronel, "revolucionario" hondureño, le habló media hora después que yo le compré la ropa; le hizo formal propuesta, dándole en el acto como *arrhes, gage*

o prenda—¡qué mal ando hoy de español!—parte de los fondos de la revolución en forma de una reluciente doble águila de cuarenta colones, y la Tórtola no titubeó... Un mes anduvo por esas *jururneras*... Llegó hasta La Esperanza... Cayeron en una emboscada: ella logró escapar y no ha sabido más de su Coronel (Yo me temo que a estas horas sea *viuda*)... Llegó aquí antes de ayer... ¡Cuando pienso que esta muchacha pudo haber muerto, o quedarse por allá...! ¡Imagínese!

Me cuenta que *su amigo* le había ofrecido que si triunfaba la revolución, la nombraría Directora de la Escuela del pueblo donde él mandara.

—¿Pero eres tú maestra?—le pregunto yo.

—Sólo un año me faltaba en la "*Menagere Nº 3*" cuando *m[illegible]ó* el Director General...

¡Qué infamia...! La muchacha es inteligente, y se ve que sabe. ¡Viera cuántas propiedades le ha descubierto al número 15873, el de la famosa boleta! Es divisible por 3, por 11, por 13 y por 37 (Ella dice que tiene 16 factores). Multiplicándolo por 7, el producto es 111,111 y claro que para que dé sólo cincos hay que multiplicarlo por 35, y si quiere usted sólo nueves, como los añileros, lo multiplica por 63... ¡Pobre muchacha!

Nos interrumpen los terribles gruñidos de "Sam", el chimpancé, que se ha declarado mi enemigo, no sé si porque me cela con la Inocente o a causa de la maldita popularidad, que todo pudiera ser: he conocido otros animales así.

He visto a muchos conocidos, entre ellos a la comadre de Verapaz y a su hija la poetisa. Lloraron de gusto. La joven, llena de rubor, me deslizó un papelito. Son unos versos que empiezan así:

¡Libertad! ¡Libertad! Resucitaste,
Rompiendo fiera las cadenas duras...

(Esta chiquilla tiene verdadera manía por la libertad. Yo que la madre la ataría corto.)

Sólo don Isidro no ha venido y tampoco he visto a Tere, la de El Chile.

(La feria pésima, aunque digan lo contrario los otros corresponsales). — *Corresponsal libérrimo.*

P.S.—Hoy a las 11 a.m. ocurrió una tragedia en los soportales de la plaza. Yo iba disfrazado a almorzar y ví por pura casualidad... Mañana le contaré.

¡Ríase usted de las *garantías* que ofrecen ciertas autoridades para las ferias!—Vale.







LORENZANA, noviembre 2 (Día de los Fieles Difuntos).—*Carta-telegrama.* — Escríbole volando, cuatro líneas, pues saldremos dentro de una hora.

Contratado $200 oro mensuales, comida, *soda water & whisky* a discreción, *as interpreter and secretary Mr. Hass, chief* "Ash, Haas & Co.", de Omaha.

Desprendido negro Thomson dióme sólo veinte colones níquel.

Protectora incógnita es Barbarita Azucena, Hija de María y sobrina Engracia, tímida cual paloma, negra y muruchа como cierto... *privado.* Total: ni azucena ni bárbara.

Tía y sobrina rechazaron pago servicios: gracias.

Honorable casa turca "Thoma y Daka", quebrada (Dejo los ₡3.50 para los pobres).

Ayer díjele ví tragedia portal. Rectifico: mentí. No ví nada; no sé nada. Ignoro quién calum-

nióme y chismeóme Policía. Dicen búscanme declare no ví nada.

Confiésolo faz mundo, mas no cogeránme: antes suicidaréme aunque pierda derecho honores militares.

Mister Haas *senior*, multimillonario yanqui, viene busca tesoro maya ocultó Lempira, y también *chupar with friends* (Con amigos).

Cobíjame bandera estrellada. Este trapo estréllanse bajáes, sátrapas y *cuilios*.

Mistress Haas, gran corpulencia, pechuga exuberante, antigua ecuyére, carnes duras, algo loca.

Miss Hass... divina, encantadora, loca rematada. Gainsborough *never* pintó *such a young lady*.

Mr. Haas Jr., coronel, *twenty years only*, simpatiquísimo muchacho.

Creo porvenir asegurado con cuatro Haases.

Formamos caravana cuarenta personas entre gringos, negros, chinos y arrieros guanacos. Con patacho pasamos ochenta, sin contar elefante, camellos, perros policías, autos y aviones.

Contentísimo.

Ignoro exactamente do vamos. Sólo sé buscamos aventuras países misterio en pos ciencia y *business*...

Geólogo, geógrafo y arqueólogo expedición es Herr Prof. H. H. H. Wissmann Lager-Beer (V. V.S.O.P.), hijo célebre explorador Africa, primo



Carlos Wiesser, *adjunct Y.U.* (YU no significa usted", sino Yale's University).

Distintivo lleva candado ojal solapa.

Gran americanista, descubrió Votán desayunábase huevos quetzal. Pretende descubrir ruinas "Ciudad de las 13 serpientes" (Precaución compré trece frascos curarina).

Encarecíle Atilio venga nosotros (Telegrafiámosle proposición).

Sabio Wissmann cree montañas Opatoro hállase célebre "Toro de Opalo" de los mayas.

Remontaremos río Torola. Profesor opina cerrito orilla divísase toro famoso. Fúndase mayas eran muy maulas, y Gran Sacerdote, lana como todos mismo oficio, objeto despistar bautizó en francés montículo llamándole *Taureau-lá*, "torolá", que significa "el toro está allá".

Wissmann sabe mucho.

Pienso aprovechar asimilándome algo, y si vuelvo patrios lares, presentaré Gobierno proyecto suprimir terremotos sin necesidad desaguarnos.

Parece visitaremos República Azacualpa (1).

¡Tierra mirífica, sueño de muchos...!

Si cruzamos ese encantador país gentes *laboriosas* y cuna grandes estadistas, generales, polí-

(1)—Azacualpa, pueblo famoso ladrones, queda al occidente, en un Estado vecino, pero yo agárrome "licencias geográficas" y póngolo lado opuesto.

¿Qué más licencia que el adjudicarnos 12,000 kilómetros cuadrados de tierras, sólo en el papel, y falsear así las bases de nuestra estadística?



ticos, financieros, ministros y administradores probos, enviaré sustanciosas crónicas si no muero en la demanda, hay correos y no violan correspondencia.

Probablemente *you will not have news from me* antes de dos meses.

Supe don Arturito dió teatro gratis. ¡Ya decía yo! Gracias y que dispense (Regresaré sólo arreglar cuentas *La Comisión*). *¡I will learn boxing before...!*

Ronquete murió anoche olor santidad y... suciedad.

Como era tacaño, malas lenguas dicen escogió ese día economizarse dobles.

Si herederos pretenden cobrar *quedan* firmado por mí, mándelos aquí. Mejor niegue firma: está hecha zurda.

Comienzo ser "práctico".

Suplícole recoger tijera caso Albino háyase olvidado: dúdolo.

¡All right! Recuerdos familia y compañeros redacción...

Una súplica borde misterio... o tumba: no métase política. Aléjese comités y *bebités* (2).

(2)—Poco antes de la inauguración de la estatua del General Gerardo Barrios, el General Figueroa mandó darles **de alta**, para los efectos del sueldo, a los veteranos del 63, los que por cierto, en vez de disminuir, aumentaban todos los años, como pasó en los Estados Unidos con los idem de la guerra de secesión.

Desde el día de la inauguración se instalaron—los nuestros—en una glorieta del Parque, y se dedicaron a



Conserve independencia, tesoro inapreciable, aunque no pueda *empeñarse.*

Créame: "está oscuro y huele a queso" (3).

¡A happy new year!

¡Adiós!

Lo abraza su siempre fiel—*Ex-corresponsal ambulante.*

P.S.—Esta la escribí para enviarla como carta-telegrama y aligerarme un poco de níquel, pero uno *que sabe* me dijo que "mejor no", y se la mando con Quique Armas, que acompañó a los Haases hasta aquí.

Finests regards to anonymists...—Vale.

---

beber. Hubo que llevárselos poco menos que a la fuerza y darles de baja. Entonces fué cuando dijo Luis Lagos que se habían constituído en **bebité.**—(Nota de 1932.)

---

(3)—Mi consejo era más que justificado. Poco después ocurrió en San Salvador la matanza del 25 de diciembre, hecho inaudito que será eterno baldón para los que lo concibieron y ejecutaron.



Explicación

A manera de epílogo

La última crónica que con el título de *La caravana pintoresca* fué enviada desde Mapulaca, por correo, no llegó a su destino.

Ocho años después nos la entregó un Director de Correos, apreciado amigo nuestro.

En dicha correspondencia se describe la salida de Lorenzana; el baño de la bella Miss Constance en la laguna de Apastepeque, espectáculo maravilloso que hizo exclamar emocionado al pobre corresponsal:

"¡Oh, tú, de la onda inmaculado lirio!"

La llegada a Sensunte; el hallazgo que el Teólogo Reverendo Doctor Isaac Jessurum hizo allí de individuos de raza hebrea mestizos de lenca; la descripción de una "entrada de cerdos" a beneficio de Santa Bárbara; la *rifa* de la persona del párroco, Padre Angelito; y, por último, la llegada

al Ixcatal, en la confluencia del Torola con el río Lempa.

Como dicha crónica no fué publicada en su oportunidad en El Imparcial, no nos creemos con derecho a incluirla en este libro, y la reservamos para que sirva de primer capítulo del volumen donde se narran las truculentas e inverosímiles aventuras de la *troupe* Ash, Haas & Co. en los países absurdos del Istmo maravilloso.

La publicación de aquél depende del favor del público, pero ante todo de que Dios nos dé vida y humor.

Amén.

San Salvador, enero 12 de 1933.



Don Juan Ramón Uriarte, ilustre literato y pensador, dictó hace año y medio en nuestra Universidad una bella conferencia sobre "El Humorismo en El Salvador", la que no fué publicada por su repentino viaje a México, donde desempeña brillantemente nuestra representación diplomática.

A ruego nuestro tuvo la gentileza de enviarnos copia de los párrafos de su discurso que particularmente nos atañen; pero no llegaron sino cuando la impresión de este libro tocaba a su fin, siendo esa la razón de que no ocupen el sitio de preferencia que merecen.

Sirvan estas líneas de explicación al lector, y de excusa para el bondadoso y querido amigo Uriarte.

T. P. M.





T. P. Mechín y sus libros

(Párrafos de un estudio sobre José María Peralta y el humorismo en El Salvador.)

Ingeniero de la Academia Militar de Guadalajara en la cual mozamente supo honrar la patria chica ante la patria madre, construye aquí, con limpias manos y con ficción de artista, edificios nacionales que los terremotos respetan y que son ornamento de nuestra capital; hombre de Estado, en la Secretaría de la Guerra laboró ardorosamente por hacer realidad el pensamiento de que, la cabeza está hecha para pensar, pero que debe estar pronta a llevar el casco si quiere pensar libremente, y sus patrióticos empeños perduran en el progreso del Ejército nacional; diplomático que se impuso simpáticamente en su adorada España por su prestancia y sus largos talentos, colocando, con tino, todo protocolo al margen de su paso airoso; político, en quien habla y acciona el ciudadano auténtico, de conciencia torturada por escrúpulos sutiles, y que por ellos dejó pasar conscientemente la calvísima ocasión de escalar el Poder...

Es mucho. Sólo intento estudiar, compendiadamente, a su alter ego: al humorista que ha logrado hacer su seudónimo cariñosamente familiar entre nosotros, y que en Hispanoamérica conquista espontáneos prestigios.

Me imagino ver a labios extranjeros articular el nombre de T. P. Mechín. Y al pronunciarlo, no sería extraño que alguien se interrogase, in petto, qué significa esa palabra teñida de sabor indígena.

Es un pececillo, no de los mares, sino de nuestras humildes aguas mediterráneas. Sabroso como la prosa de su ilustre homónimo. Y como éste, difícil de pescar. Porque a T. P. Mechín no han logrado pillarle ni con las redes de la politiquería ni con el sebo de las ambiciones.

Ese fué el nombre de pluma, seleccionado por el maestro de nuestro periodismo festivo, Luis Lagos y Lagos, para armar caballero de la santa ironía a Peralta, su afín por la sangre y el ingenio, cuando José María comenzaba a figarizar en periódicos de aquel recordado escritor que se ausentó de la vida sin coronar la obra que se esperaba de su alma y cerebro.

Muy interesante sería, aplicando a José María Peralta, la explicación psicológica, moteada de filosofías, del por qué los pensadores buscan en los nombres de guerra algo como el resonador que usaban los actores romanos, no para ocultarse por miedo de las iras más o menos violentas que sus sátiras provocan, sino más que todo por el misterioso anhelo de vivir otra personalidad que, impuesta sugestivamente, termina por orientar o, al menos, por dar significación a la propia existencia.

¿No son acaso los seudónimos impulsos con que se pretende conquistar el otro yo que quisiéramos ser, ya que vivimos en el mañana incierto más que en el pasado cierto y que en el presente escurridizo?

El humorista, como el poeta, nace. Verdad en máxima parte. La ironía potencial de José María Peralta afloró a sus labios durante sus ocho años juveniles de contacto inmediato con el ingenio español. Después, el trato familiar, por intermedio de los libros, con humoristas franceses; sus viajes por Europa y sobre todo su terco amor a la tierriña que ha querido, con su pluma, limpiarla de malandrines y embellecerla con ideales,



forjaron su estilo que se encuentra ahora en deliciosa madurez.

T. P. Mechín es autor de cuatro libros que marcan la evolución de su personalidad. Burla burlando y Brochazos, los primeros cronológicamente, circunscriben la primera etapa. En ellos es la risa el arma de Peralta. Se explica. Nuestro egregio amigo se hallaba entonces en plenitud de vida. La risa sana supone la fuerza sana; y quien se siente fuerte por su energía moral, al ser excitado por lo ridículo y perverso, lanza su burla como una protesta fustigadora.

En esos dos volúmenes, selección de artículos y crónicas, el principal mérito, para mí, de nuestro autor, es no permitir que su burla degenere en chiste. Desventuradamente no puede decirse lo mismo de su ironía, que a veces brota de su estilo como sangriento petardo.

A esa época de T. P. Mechín, podríamos denominarla del epigramismo que caracteriza a los escritores de sentimientos egoístas y mezquinos. Peralta sale de ella victorioso, gallardo. Al leer aquellos libros suyos, se olvidan las críticas hirientes como las espinas ante los matices y aromas de los pensiles.

Su tercer libro precisa el segundo ciclo de su evolución: Doctor Gonorreitigorrea. Es una obra que Peralta tuvo el acierto de no querer hacerla novela, ni siquiera cuento; plantas que no se dan bien en las ubertas tierras de lengua castellana.

En Doctor Gonorreitigorrea la risa de T. P. Mechín hiere todavía, pero ya comienza a no ser el factor fundamental del sentimiento del ridículo. La simpatía intenta reemplazarla. Se va tornando en alada sonrisa.

Con su reciente comedia, de actualidad perdurable, Candidato, se abre la tercera y definitiva época de su vida de escritor pensarosamente risueño.

Candidato es una obra más para ser leída que para desarrollarla en las tablas. Es lógico. Las obras escritas para el teatro por los intelectuales contemporáneos, son mejor meditadas que vistas. Porque el teatro es otra manifestación literaria en transformación integral. Y

mientras no se realiza, aquel género que imperó cuando aún no había surgido la prensa, se va con sus tramoyas, sus tesis, su apuntador.

Sin embargo, Candidato podría representarse con éxito (*), porque su autor lo ha escrito, no sabemos si intencionalmente, con la movible claridad de ciertas aguas marinas, en las que se mira a los negrezuelos lanzarse a caza de la moneda arrojada, pero que más allá del cristalino campo visual se halla la profundidad impenetrable desde a bordo. Es decir, que la pieza de Peralta presenta planos de penetración: para el ojo malicioso del vulgo, a quien hay que darle gusto aunque no lo pague, y para la mirada escudriñadora de la inteligencia que prefiere conversar a solas con el texto.

En esta comedia, la pluma de T. P. Mechín, siempre noble y castiza, se convierte en maravilloso pincel de nuestro ambiente. El regionalismo de Peralta es vital. No se halla tanto en la perfecta asimilación que hace del lenguaje familiar de nuestro pueblo. Tan no se encuentra en los modismos, que muchas veces sus personajes interpolan en su pintoresco idioma expresiones de acre sabor español. Peralta ha penetrado en la psicología de nuestros seres y cosas. Captar estados del alma y expresarlos en su parla propia, es el verdadero regionalismo.

En Candidato el sentimiento del ridículo hunde sus vivas raíces en la simpatía humana, en la tristeza que nos causa el mal que hacen tan torpemente los hombres; en la indulgencia para la incomprensión y en la compasión para las mentecateces y vanidades. Es el humorismo, que si ya no puede libertar ni dignificar al hombre o la sociedad, emancipa, por lo menos, el arte. Y esto es algo, mucho, porque tras la libertad del sentimiento vendrá la libertad de la vida.

Juan Ramón URIARTE

(*) Fué representada con general aplauso, el día 3 de de septiembre de 1932, por la Compañía de la eminente actriz mexicana, María Teresa Montoya, en el Teatro Nacional de San Salvador.



Achín: Buhonero.
Achercholado: Decaído, triste.
Ayote: Calabaza de comer.
Azacuanes: Aves de paso.

Bamba: Moneda de un peso. Un duro.
Batidor: Cacharro para hervir líquidos.
Bayunco: Cursi, tímido, paleto.
Bolo: Borracho.

Cachete: Carrillo (Hacer un). Hacer un servicio.
Camote: Batata.
Colón: Unidad monetaria (antiguo peso).
Conqué: Condumio.
Coyota (mula): Color de coyote: leonado.
Cuche: Cerdo.
Cuchumbo: Cubilete del juego de dados.
Cuétanos: Gusanos grandes.
Cuilio: Agente de Policía. De **cuiliote**, palmito comestible muy amargo.
Cumbero: Adulador; pelotillero.
Cumbo: Sombrero hongo; recipiente esférico o cilíndrico; vagoneta.
Curunco: Hormiga de cabeza roja; pelirrojo.
Cusuco: Armadillo.
Cuto: Que le falta un cuerno, un pie, mano, etc.

CHacalín: Camarón pequeño.
Chacuatete: Ortóptero que daña los cafetos.
Chagüite: Arroyo pequeño.
Chaparro: Aguardiente de contrabando.
Cheje: Pájaro carpintero, pequeño. Eslabón para hacer lumbre.
Chele: Rubio, blanco, gringo.
Chelear: Blanquear: dar de cal.
Chicharra: Cigarra.
Chiche: Teta. Fácil.
Chichigua: Ama de cría.
China: Ama seca; aya.
Chiquirín: Caballito.

Chiva: Manta de lana; mentira.
Chivo: Juego de dados; diputado.
Choco: Ciego; tuerto.
Choquera: Ceguera.
Choto (de): Gratis.
Chucán: Bromista.
Chucanada: Broma ordinaria.
Chumpe: Pavo común (chompipe).
Chupar: Beber hasta embriagarse.
Chuspa: Estuche de cuero; bolsa pequeña.

Desponjo: Terreno preparado para la siembra.

Embustera: Melindrosa.
Esquipulas: Santuario célebre de Guatemala, cerca de las fronteras de El Salvador y Honduras. Romería famosa y concurrida el 15 de enero.

Galera: Cobertizo; tejavana.
Guanaco: Natural de El Salvador.
Guaro: Aguardiente de caña.
Güegüecho: Pavo común.

Huacal: Cuenco (Generalmente se fabrican con la fruta del morro, jícaro o cutuco).
Huatera: Sembrado de maíz, tupido, para pasto.
Huizayote: Fruta acuosa, agradable como verdura (Huiz-ayote significa: ayote con espinas).

Ixtacayote: Piojos de las gallinas y las palomas.

Jila: Flor del árbol llamado jilo o chilo. Son como una linda borla de pasamanería. Las hay de color de púrpura y blancas.
Jiluda: Mechuda, mal peinada.

Ladino: Criollo; mestizo de blanco y de indio.

Maleta: Lío de ropas.
Matate: Red para trasportar el maíz en mazorcas.
Mataguzano: Dulce hecho con cáscaras de naranja.
Mecate: Cuerda, lazo.
Metido: Entrometido.
Miguelear: Cortejar; enamorar.

Nana: Mamá; aya.
Nixtamal: Maíz cocido, listo para molerlo.
Nixtamalero: Se le llama así al lucero de la mañana, porque el nixtamal se cuece en la madrugada.

Palo de pitos: Arbol de cuyas flores se hacen pitos. Son comestibles, y producen sueño, lo mismo que las hojas.
Pijije: Bella palmípeda de la América Central.
Pitas: Mentiras; exageraciones.
Pucuyo: Avecilla nocturna. Vuela como las golondrinas, cuando se ha puesto el sol.



Pucho: Bolsa con añil. Puñado.

Sacadera: Fábrica clandestina de aguardiente.

Siguanaba: Uno de los duendes populares. Se supone que es una mujer que vaga por la noche y se baña en los ríos.

Tanate: Lío de ropas.

Telengues: Cachivaches.

Tetunte: Trozo de tierra endurecido.

Tiliche: Trasto.

Trozo: Cepo (Generalmente se destinaba a los ebrios escandalosos).

Tunco: Cerdo.

Tunquero: Negociante en marranos.

Virola: Se llama así a la ciudad de La Paz (Zacatecoluca) y viroleños a sus habitantes.

Volado: Indirecta; truco.

Zacapín: Caballericero.

Zacate: Gramíneas forrajeras.

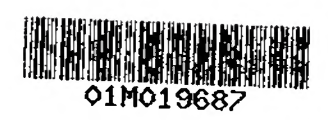
Zacatear: Dar el pienso.

Zope o zopilote: Especie de cuervo (gallinazo).

Zope (hacer): Vómito de los borrachos.






01M019687

